

GORGIAS.

ARGUMENTO.

Igual al *Fedon* por la fuerza y elevacion moral de las ideas, por el vigor de la dialéctica y por la feliz aplicacion de la mitología, el *Gorgias* es inferior á aquel en cuanto al interés dramático. Sócrates tambien desempeña aquí el primer papel, pero en una situacion enteramente distinta. En cuanto á sus adversarios, Gorgias de Leoncio, Pólux de Agrigento y Callicles de Atenas, están léjos de inspirar la misma simpatía que los fieles discípulos de Sócrates en el *Fedon*. No debe esperarse, por consiguiente, una composicion tan animada y tan viva como la de aquel diálogo; aunque no por eso deja de ser el *Gorgias* una de las obras más preciosas de Platon.

Su asunto no anuncia desde luego toda su importancia filosófica; es la Retórica. Pero Platon, segun su costumbre, agranda y eleva el objeto, y con motivo del exámen que hace de lo que es realmente la Retórica y de lo que debe de ser, se ve conducido á consideraciones superiores sobre lo justo y lo injusto, lo bello y lo feo, considerados en sí mismos; despues sobre el castigo y la impunidad; y por último sobre el bien, no sólo el que importa en los discursos del orador, sino el relativo á la vida. De estas alturas á que le lleva la indagacion de los principios que presiden al arte de persuadir, sabe descender sin esfuerzo para hacer la aplicacion de estas verdades generales á todos los estados y á todas las acciones de la vida. Y despues de haber establecido, en nombre de la razon, su doctrina moral,

invoca el apoyo de las tradiciones de los pueblos, transmitidas de siglo en siglo, bajo la forma de un mito, todo con un sentido no ménos profundo que el del *Fedon*. Tal es el plan general; y hé aquí el desarrollo de la discusion.

Sócrates y Querefon encuentran delante de su casa á Callicles, que tenia de huéspedes á Gorgias y á Pólux, y que les ofrecia presentarlos á estos dos extranjeros; y efectivamente en su casa tiene lugar la conversacion. Las primeras palabras que se cruzan entre Pólux y Querefon y el exordio declamatorio de Pólux forman el preámbulo de la discusion, que no se empeña realmente hasta el momento en que Sócrates sabe directamente de Gorgias lo que es y lo que enseña. Gorgias es retórico y enseña la Retórica. ¿Cuál es el objeto de la Retórica? Los discursos, ¿Toda especie de discursos, como los que pueden hacer, á propósito de su arte el médico ó el maestro de gimnasia? No, sino todos los discursos, que sin estar mezclados con ningun hecho determinado, tienen por único fin el persuadir. La persuasion es, por lo tanto, el objeto de la Retórica. Pero ¿cabe aún preguntar qué especie de persuasion? Porque todas las ciencias intentan persuadir. La persuasion que procura la Retórica, se refiere á lo justo y á lo injusto. Eso no es todavía bastante; es preciso saber aún, si el orador se dirige á gentes instruidas, cuya persuasion ha de estar fundada en la ciencia, ó á ignorantes, cuya persuasion descansa sólo en la creencia, y si debe instruir al persuadir ó solamente persuadir; porque si no se propone instruir á nadie, él mismo no tiene necesidad de ser instruido. Pero si no es instruido, no podrá consultársele sobre la justicia ó injusticia de una causa; y entónces ¿de qué sirve la Retórica?

Gorgias no se rinde á este primer ataque. Sostiene, que la Retórica es por excelencia el arte de persuadir, en el sentido de que proporciona los medios de hacer prevalecer su opinion en todas las cosas, en pró ó en contra de

todos. Puede usarse de ella bien ó mal; pero si el orador hace un mal uso, no es á la Retórica y sí á él á quien es preciso culpar. Vana sutileza que no le libra de las objeciones de Sócrates. En efecto; es preciso elegir. Ó la Retórica, extraña á la ciencia y á la verdad, se limita á hacer creer á la multitud ignorante, que toda cosa es verdadera ó falsa, justa ó injusta, bella ó fea segun la necesidad del momento, y en este caso es un arte pérfido é inmoral; ó la Retórica se inspira en la verdad, la propaga y persuade con ella. Hé aquí el punto decisivo.

Supongamos al orador instruido. Conociendo la justicia y la verdad, él mismo es justo, incapaz de hacer nada contra su carácter, es decir, de inculcar nunca la injusticia, la falsedad, la fealdad, y ejerce un arte profundamente moral, del que es imposible hacer mal uso. Esta es la Retórica segun Sócrates, pero no segun Gorgias y Pólux; es lo que debe ser, pero no lo que es realmente. Porque tal como los retóricos la practican, no es un arte; es una rutina, sin otro objeto que proporcionar un entretenimiento y un placer. Semejante Retórica es una de esas prácticas degradadas, que aconseja la adulacion, y que se han deslizado entre las artes verdaderas ocupando su lugar. Hay en efecto ciencias, que tienen por objeto la educacion y el perfeccionamiento del alma y del cuerpo; la política y la legislacion en el órden moral; la medicina y la gimnasia en el órden fisico. Estas son artes saludables, que la adulacion, que acaricia todos los vicios de la naturaleza humana, ha sustituido con remedos funestos para la salud del alma y del cuerpo, con la cocina á la medicina, con el tocador á la gimnasia, con la sofística á la legislacion, y á la política, en fin, la Retórica. Es preciso, por lo tanto, tomarla como es, es decir, como una rutina, porque no descansando en ningun conocimiento de la naturaleza de las cosas de que se trata, no puede dar razon de nada, y no tiene otro fin que el placer. El orador

que la ejerce, no es sino un adulator miserable, que sólo merece el desprecio.

Más atrevido que Gorgias, cuya circunspeccion retrocedió delante de la tésis explícita del interés personal, Pólux declara que la fuerza de la Retórica consiste en el poder que da al orador de hacer lo que quiere. ¿Pero qué significa hacer lo que se quiere? Al parecer es querer lo que es ventajoso, porque no hay nadie que no prefiera su provecho á todo lo demás. Mas es preciso convenir en que, para un hombre desprovisto del sentido de discernir el bien del mal, no es un gran poder el de hacer aquello que le es ventajoso. Es, por lo tanto, necesario que el orador esté dotado ante todo de buen sentido, y áun admitido esto, no está probado que haga aquello que quiere. Por lo ménos no es esto lo que sucede habitualmente. El orador, semejante en esto á todos los hombres, haciendo aquello que hace de ordinario, no hace lo que quiere, puesto que no quiere lo que hace, sino aquello en vista de lo que hace lo que hace. Es como un enfermo que toma una bebida amarga, no porque quiera tomarla, sino porque quiere recobrar la salud. La salud, es decir, en general su bien; hé aquí lo que cada uno quiere verdaderamente. Luego si el orador quiere su bien, al hacer lo que hace todos los dias, hace aquello que quiere; sino, nó. Y en este caso no hay semejante poder. Por ejemplo: ¿se dirá que el orador hace lo que quiere, cuando hace desenterrar ó morir arbitrariamente á un ciudadano? No, porque hace lo que es más contrario á su bien, es decir, una injusticia. Luego no es poderoso, ni tampoco más feliz que Arquelaos, usurpador del trono de Macedonia, ni más que el mismo gran rey de Persia, aunque pase porque hace todo lo que quiere; porque en el mundo sólo es dichoso el hombre que vive sin remordimientos, el hombre de bien. Quizá nó es esta la opinion de la muchedumbre ignorante, pero es la del hombre de buen sentido. Y no basta decir

que el hombre injusto no es dichoso; es preciso penetrarse también de esta verdad: que hay un hombre más desgraciado aún, que es el que comete la injusticia impunemente. No hay mayor desgracia para un culpable, cualquiera que él sea, que escapar al castigo; ni hay para él un beneficio más grande que sufrir la pena que ha merecido.

Sócrates insiste con energía en esta idea: que es más malo y más feo cometer una injusticia que ser víctima de ella; é insiste en nombre de la identidad de naturaleza del Mal y de lo Feo, de lo Bello y del Bien. ¿Qué es lo que hace que una cosa sea bella? Ó el placer ó la utilidad, ó el placer y la utilidad á la par. ¿Y de dónde procede la fealdad de una cosa? Del dolor ó del mal, ó del dolor y del mal á la vez. Por consiguiente, una cosa es más bella que otra en cuanto procura ó más placer ó más bien, ó más bien y más placer; una cosa es más fea que otra, á causa del mayor dolor ó del mayor mal, ó del mayor dolor y del mayor mal á la vez. Apliquemos estas premisas á la injusticia cometida y á la injusticia recibida. Es evidente que es ménos doloroso cometerla que sufrirla. Por consiguiente, no es ni sólo á causa del dolor, ni á causa del mal y del dolor juntos, por lo que la injusticia cometida sobrepuja á la injusticia recibida. Resta, pues, que esto se verifique á causa del mal. Pero puesto que en principio el mal es inseparable de lo feo, necesariamente es más feo cometer que sufrir la injusticia, en tanto aquello es un mal mayor.

¿Y cuál es la consecuencia á que venimos á parar? Que á causa del amor al bien y del horror al mal, natural en todos los hombres, no hay uno solo, á no estar privado de buen sentido, que no prefiera sufrir la injusticia á ser injusto. Esta conclusion, preciosa en sí misma, se hace más aún por el apoyo que da á la siguiente: «el mayor mal de los males es no ser castigado cuando se ha merecido serlo». Sócrates se complace en sentar, sobre las

pruebas más sólidas, este esfuerzo supremo de su dialéctica. Es evidente, en efecto, que sufrir la pena y ser justamente castigado son una misma cosa. Lo que es justo en sí es bello; lo que es bello es bueno y útil. La utilidad del castigo proviene de su justicia. ¿Pero qué utilidad? La misma que en otro sentido el hierro y el fuego procuran á un enfermo, cuando se ha puesto en manos del cirujano y ha recobrado la salud. Pero la ventaja que nace del castigo está por cima de ésta, y es tan superior como lo es el alma respecto del cuerpo; consiste en librarse de una enfermedad moral, de la mayor de las enfermedades: de la injusticia. ¿Es posible desconocer que es un bien infinito recobrar la salud del alma, si se ha perdido? Y entónces, ¿cómo se niega que la impunidad hace del hombre injusto el más desgraciado de los hombres, puesto que le obliga á sufrir el peor de los males, y sin remedio?

Mediante un retroceso repentino, pero muy lógico, al principal objeto de la conversacion, Sócrates señala aquí á la Retórica su verdadero objeto, de acuerdo con los principios que ha puesto en evidencia. Debe ser el arte de acusarse á sí mismo y de acusar igualmente á sus parientes, á sus amigos; el arte saludable de traer sobre su cabeza y sobre todos aquellos que ama el soberano remedio de las enfermedades del alma, el justo castigo. El mayor mal que puede hacer al que le ejerce, la más cruel venganza que pueda poner en su poder contra sus enemigos es el convertirse en arte de disimular la injusticia, de sustraer un culpable á la pena y de forzarle á vivir presa de un mal que devora su alma.

El silencio de Gorgias y de Pólux es la mejor confesion de que nada hay que responder á esta refutacion de la Retórica, desprovista del principio moral, ó lo que es lo mismo, sometida al interés, tal como ellos la habian presentado. Pero Platon no ha querido dejar en la sombra

argumentos de otra naturaleza contra la Retórica fundada en la justicia; argumentos débiles, pero que no habrían dejado de tener apariencia de razón, si no hubieran sido directamente refutados. Estos son los que pone en boca de Calicles.

Calicles responde que Sócrates acaba de exponer en verdad la opinión de los filósofos, pero no la de los políticos. Trata ligera y desdeñosamente á la filosofía, estudio muy bueno para formar el espíritu de los jóvenes, pero perfectamente inaplicable por lo demás á la sociedad. En política es preciso resolverse á estar en contradicción con ella y por tanto consigo mismo, si se piensa como ella; porque una cosa es la teoría, y otra la práctica. Si en lugar del punto de vista de la ley en que Sócrates se ha colocado, mira la cuestión desde el punto de vista de la naturaleza, se llega á conclusiones diametralmente opuestas. Es un hecho reconocido, por ejemplo, que los hombres tienen por más deshonesto recibir una injusticia que cometerla; porque en aquel caso se ve uno tratado como esclavo y humillado delante del que es más fuerte que él. Los débiles, incapaces de defenderse solos, han inventado las leyes y las han puesto sobre la naturaleza. Pero ¿quién es el que se deja engañar por estas leyes? A pesar de la filosofía y á pesar de la legislación, en toda sociedad el más fuerte es el que desempeña el mejor papel. Se descubre en estos razonamientos la eterna pretensión de aquellos, para quienes los principios no son nada, la experiencia todo, y que se llaman positivos. Su tesis está de intento presentada aquí en toda su crudeza.

— ¿Qué responde Sócrates? Precisa, por lo pronto, el sentido de la frase *el más fuerte*: que quiere decir el más poderoso y el mejor, según Calicles. Pero en la sociedad el más fuerte es el mayor número, porque es el más poderoso; y el mayor número es el pueblo, que es el que hace las leyes, y si hace leyes contra la injusticia, es

porque cree que es un mal mayor cometerla que sufrirla. De suerte que la ley está en perfecto acuerdo con la naturaleza sobre este punto, y la tesis del positivismo queda refutada.

— Callicles vuelve sobre sí para dar á la expresion *más fuerte* el sentido de *mejor* solamente. El mejor es el que debe mandar á los demás, porque es el más sabio, y en este concepto el más á propósito de todos. ¿Pero en que es el más á propósito de todos? ¿Es por razon de alimentos, de bebidas, de vestidos? No, no es por eso. Es preciso que Callicles dé á su pensamiento un nuevo grado de precision, y manifieste claramente lo que entiende por el más sabio: y dice que es el que tiene mayor habilidad y más valor para alcanzar el poder; más claro aún, es el hombre absolutamente dueño de realizar sus deseos, de saciar sus pasiones sin trabas ni miramientos. Hé aquí el héroe de la Retórica positiva, el más fuerte, el mejor, el más sabio, el más hábil, el más valiente, el más dichoso de todos los hombres. Todo lo que no es conforme con este ideal del poder oratorio, no es más que una necedad ridícula y una convencion contraria á la naturaleza.

Pero las objeciones se suceden con increíble profusion en boca de Sócrates. Si la felicidad consiste en satisfacer los deseos, cuanto más deseos tenga uno, tanto más dichoso será; de donde se sigue que el mayor grado de felicidad será el ser toda la vida presa del hambre, de la sed y de vivos y extremos comezones, con tal que pueda uno perpétuamente comer, beber y rascarse; consecuencia ridícula, pero lógica. En segundo lugar, la teoría no tiende nada ménos que á identificar el placer con el bien; y nada más falso. El signo de la identidad entre dos cosas es su coexistencia en un mismo objeto, como el signo de su diferencia esencial es la necesidad de existir en alguna parte la una sin la otra. ¿No es cierto que un placer no

existe, sino á condicion de que la necesidad que satisface continúe subsistiendo, como la sed respecto del placer de apagarla? ¿Y la necesidad no es el dolor? Se sigue de aquí, que el dolor y el placer existen al mismo tiempo, ya en el cuerpo, ya en el alma. Pero si el placer es el bien, el dolor es el mal; de suerte que es preciso admitir que el bien y el mal pueden encontrarse juntos en un mismo sujeto, mientras que en realidad lo contrario es lo verdadero, puesto que el mal y el bien se excluyen esencialmente el uno al otro.

En fin, la pretendida identidad del placer y del bien destruye toda diferencia moral entre los hombres. Puesto que todos son llamados á gozar en la misma medida de los mismos placeres y de los mismos dolores, tambien son todos por el mismo título igualmente buenos é igualmente malos; ó más bien, los más sensuales, los más entregados á toda clase de placeres, son sólo por esto mejores que los hombres moderados y que los sabios.

Y no se crea eludir esta consecuencia detestable, haciendo, como Callicles, una distincion entre los placeres. Por lo pronto es una concesion impropcedente, y además es un arma contra la misma teoría; porque si lo que se quiere decir es que hay placeres útiles, que conviene disfrutar, y otros dañosos, de los que conviene huir, se destruiria la identidad del placer y del bien. El que esto dijera vendria á conceder, á pesar suyo, que no es el placer el que es preciso buscar con la mira del bien, sino el bien con la mira del placer. Pero esta indagacion exige reflexion, habilidad, todo un arte, en una palabra, que tiene el bien por fin. Siendo esto así, todas las artes que no tienen por fin más que el placer; el arte del tocador de flauta, el del tocador de lira, el arte mismo del poeta, que compone ditirambos, tragedias ó comedias, tan pronto como se proponen más bien entretener que instruir, son más dañosos que útiles. Á este género pertenece la Retórica, cuando

sólo se propone halagar el oído ó la opinion. Esto es lo que hace que el número de los aduladores sea tan grande, y tan raro el de los verdaderos oradores. Puede decirse sin temor que Temístocles, Milciades, Pericles mismo, no son dignos de este nombre, puesto que, léjos de instruir al pueblo, le han dejado, segun su propia confesion, más indócil y más corrompido que lo habian encontrado.

Callicles, en vista de esta vigorosa argumentacion, guardó á su vez silencio; y entónces, dueño ya Sócrates del terreno, se completa con lo que él solo dice el resto del diálogo. Concluyó con fuerza contra su último adversario, haciéndole ver que léjos de depender la felicidad del hombre de la libre satisfaccion de sus pasiones, es la moderacion el único resorte para conseguirla. La intemperancia arroja en su alma el desórden y el desarreglo, mientras que la templanza establece el órden y la regla, y con ellos la paz interior. El hombre moderado, esclavo voluntario de su deber para con los dioses y para con sus semejantes, se guarda de todo exceso; es justo, es sabio, es valiente, y, por lo mismo, dichoso. Hé aquí el modelo del orador, el cual no es verdaderamente grande sino á causa del bien que puede hacer al pueblo, aconsejándole la justicia. La justicia es la regla de toda su vida privada y pública; porque lo que un hombre de tales condiciones teme más, no es el verse acusado, condenado, conducido á la muerte, sino el cometer una injusticia. Su único cuidado consiste en poner su alma al abrigo de toda falta hasta el momento en que se sentirá dispuesto á comparecer ante los jueces que le esperan.

En apoyo de estos principios, que no son contradichos, Sócrates apela á mayor abundamiento á la tradicion popular, sobre el repartimiento que se hizo del universo entre los hijos de Saturno, Júpiter, Neptuno y Pluton, y del establecimiento en los infiernos de los tres jueces supremos Minos, Eaco y Radamanto. Estos están encarga-

dos de decidir sin apelacion del destino de las almas del justo y del malo, segun hayan vivido ; pura fábula, si se quiere, como dice Sócrates, pero fábula que debe creerse mientras no se encuentre otra cosa mejor. Pero los que no tienen nada de fabuloso son los principios, que la tradicion representa y que proceden de la razon, este guia que el sabio sigue con preferencia á cualquiera otro.

GORGIAS

6

DE LA RETÓRICA.

CALLICLES.—SÓCRATES.—QUEREFON.—GORGIAS.
PÓLUX.

CALLICLES.

Dícese comunmente, Sócrates, que á la guerra y al combate es donde es preciso llegar así, tarde.

SÓCRATES.

¿Es que, como suele decirse, hemos llegado despues de la fiesta, y por tanto demasiado tarde?

CALLICLES.

Sí, y despues de una magnífica fiesta. Porque Gorgias, hace apenas un momento, estaba diciéndonos muchas y muy bellas cosas.

SÓCRATES.

Querefón ha sido la causa de nuestro retraso, Callicles, obligándonos á detenernos en la plaza.

QUEREFON.

No hay nada perdido, Sócrates; porque en todo caso yo lo remediaré. Gorgias es mi amigo, y si quieres, repetirá ahora mismo lo que haya dicho; y si lo prefieres, quedará aplazado para otra vez.

CALLICLES.

¡Pero qué! Querefón, ¿desea Sócrates oír á Gorgias?

QUEREFÓN.

Precisamente hemos venido á eso.

CALLICLES.

Pero cuando quiera que querrais venir á mi casa, en la que Gorgias se hospeda, él os expondrá su doctrina.

SÓCRATES.

Gracias, Callicles; pero ¿Gorgias estará de humor para conversar con nosotros? Querría saber de él cuál es la virtud del arte que profesa, lo que promete y lo que enseña. Por lo demás, podrá hacer, como dices, la exposicion de su doctrina en otra ocasion.

CALLICLES.

Nada más fácil que interrogarle á él mismo, Sócrates; porque precisamente es este uno de los puntos que acaba de tratar delante de nosotros. Decia hace poco á los que se hallaban presentes, que podian preguntarle sobre la materia que quisieran, porque estaba dispuesto á satisfacerles sobre cualquier punto.

SÓCRATES.

Vaya una cosa magnífica. Querefón, interrógale.

QUEREFÓN.

¿Qué le preguntaré?

SÓCRATES.

Lo que él es.

QUEREFÓN.

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES.

Por ejemplo; si su oficio consistiera en hacer zapatos, te responderia que es zapatero; ¿comprendes mi pensamiento?

QUEREFÓN.

Le comprendo y voy á interrogarle. Dime, ¿es cierto segun dice Callicles, que estás dispuesto á responder á cuantas cuestiones te propongan?

GORGIAS.

Sí, Querefon; así lo manifesté hace un momento; y ahora añado que desde hace muchos años, nadie me ha presentado cuestión alguna que fuese nueva para mí.

QUEREFON.

En ese caso tendrás mucha facilidad en responder á todo, Gorgias.

GORGIAS.

No tienes más, Querefon, que hacer la prueba por tí mismo.

PÓLUX.

Seguramente. Pero si lo crees conveniente, Querefon, haz el ensayo en mí, porque Gorgias me parece que está fatigado, como que acaba de discurrir sobre muchas cosas.

QUEREFON.

¡Pero qué! Pólux: ¿te lisonjeas de responder mejor que Gorgias?

PÓLUX.

¿Qué importa, con tal que te responda bastante bien?

QUEREFON.

Nada importa. Responde, pues, ya que así lo quieres.

PÓLUX.

Interroga.

QUEREFON.

Es lo que voy á hacer. Si Gorgias fuese hábil en el mismo arte que su hermano Herodico, ¿qué nombre le dariamos y con razon? El mismo que á Herodico; ¿no es así?

PÓLUX.

Sin duda.

QUEREFON.

Tendriamos motivo para llamarle médico.

PÓLUX.

Sí.

QUEREFON.

Y si fuese versado en el mismo arte que Aristofon, hijo de Áglaofon, ó que su hermano (1), ¿con qué nombre debería llamársele?

PÓLUX.

Con el nombre de pintor, evidentemente.

QUEREFON.

Puesto que es hábil en un cierto arte, ¿qué nombre corresponde darle?

PÓLUX.

Entre los hombres, Querefon, hay muchas artes, cuyo descubrimiento se debe á la experiencia; porque la experiencia hace que nuestra vida marche segun las reglas del arte, y la inexperiencia que marche al azar. Los unos están versados en un arte, los otros en otro, cada cual á su manera; las mejores artes son el patrimonio de los mejores artistas. Gorgias es de este número, y el arte que él posee es el más precioso de todos.

SÓCRATES.

Me parece, Gorgias, que Pólux está habituado á discurrir, pero no cumple la palabra que dió á Querefon.

GORGIAS.

¿Por qué, Sócrates?

SÓCRATES.

Porque no responde, á mi parecer, á lo que se le pregunta.

GORGIAS.

Si te parece mejor, pregúntale tú mismo.

SÓCRATES.

No; pero si quisieras responder, te preguntaria á tí con más gusto, tanto más cuanto que por lo que Pólux acaba de decir, me parece evidente que se ha aplicado más á lo que se llama la Retórica que al arte de conversar.

(1) Polignoto, pintor y estatuario.

PÓLUX.

¿Por qué razon, Sócrates?

SÓCRATES.

Por la razon, Pólux, de que habiéndote preguntado Querefon en qué arte es hábil Gorgias, haces el elogio de su arte, como si alguno lo despreciara, y no dices qué arte es.

PÓLUX.

¿No he respondido que era el más bello de todos los artes?

SÓCRATES.

Convengo en ello; pero nadie te interroga sobre la cualidad del arte de Gorgias; sólo se te pregunta qué arte es, y con qué nombre debe llamarse á Gorgias. Querefon te ha puesto en camino por medio de ejemplos, y al principio respondiste bien y en pocas palabras. Dínos, en igual forma, qué arte profesa Gorgias y qué nombre conviene darle. Ó más bien, Gorgias, dínos tú mismo con qué nombre hemos de llamarte y qué arte profesas.

GORGIAS.

La Retórica, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Luego es preciso llamarte retórico?

GORGIAS.

Y buen retórico, Sócrates, si quieres llamarme *lo que me glorío de ser*, sirviéndome de la expresion de Homero (1).

SÓCRATES.

Consiento en ello.

GORGIAS.

Pues bien, llámame de ese modo.

SÓCRATES.

¿Diremos que eres capaz de enseñar este arte á los demás?

(1) *Iliada*, lib. I, v. 91.

GORGIAS.

Precisamente esa es mi profesion, no sólo aquí, sino en todas partes.

SÓCRATES.

¿Preferirias, Gorgias, continuar, ya interrogando, ya respondiendo, como estamos haciendo ahora, y dejar para otra ocasion los discursos largos, tales como el que Pólux habia ya comenzado? Por favor, mantente en tu promesa y limitate á responder brevemente á cada pregunta.

GORGIAS.

Sócrates, hay respuestas que exigen precisamente alguna extension. Procuraré, sin embargo, que sean lo más lacónicas que sea posible; porque una de las cosas de que yo me jacto es de que no hay nadie que me gane á decir las cosas en ménos palabras.

SÓCRATES.

Eso es lo que aquí conviene, Gorgias. Muestra hoy tu precision, y otro dia nos darás pruebas de tu afluencia.

GORGIAS.

Te daré gusto; y convendrás en que nunca has oido á ninguno, que se explique con más laconismo que yo.

SÓCRATES.

Puesto que te alabas de ser hábil en la Retórica, y que te consideras capaz de enseñar este arte á otro, dime cuál es su objeto; que lo tendrá, á manera que el arte del tejedor tiene por objeto las telas. ¿No es así?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Y la música, la composicion de los cantos.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¡Por Juno! Me admiran tus respuestas; no es posible darlas más lacónicas.

GORGIAS.

Me creo, Sócrates, hábil en este género.

SÓCRATES.

Con razon lo dices. Respóndeme, te lo suplico, del mismo modo respecto de la Retórica, y dime cuál es su objeto.

GORGIAS.

Los discursos.

SÓCRATES.

¿Qué discursos, Gorgias? ¿Los que tienen por oficio explicar á los enfermos el régimen que deben observar para restablecerse?

GORGIAS.

No.

SÓCRATES.

La Retórica, ¿no tiene por objeto toda especie de discursos?

GORGIAS.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Sin embargo, ella enseña á hablar.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Pero la Retórica, ¿no enseña igualmente á pensar sobre los mismos objetos, sobre que enseña á hablar?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Pero la medicina, que acabamos de poner por ejemplo, ¿no nos pone en estado de pensar y hablar acerca de los enfermos?

GORGIAS.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Segun eso la medicina, al parecer, tiene tambien por objeto los discursos.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿Los que conciernen á las enfermedades?

GORGIAS.

Seguramente.

SÓCRATES.

La gimnasia, ¿no tiene igualmente por objeto los discursos, relativos á la buena ó mala disposicion del cuerpo?

GORGIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Y lo mismo sucede, Gorgias, con las demás artes; cada una de ellas tiene por objeto los discursos relativos al objeto sobre que versan.

GORGIAS.

Parece que sí.

SÓCRATES.

¿Por qué no llamas Retórica á las demás artes, que tienen tambien por objeto los discursos, puesto que das este nombre á un arte, cuyo asunto son los discursos?

GORGIAS.

Porque todas las demás artes, Sócrates, sólo se ocupan de obras mecánicas, obras de mano y otras producciones semejantes; mientras que la Retórica no produce ninguna obra manual, sino que todo su efecto, toda su virtud, está en los discursos. Hé aquí por qué digo, que el objeto de la Retórica son los discursos; y sostengo que, al decir esto, digo verdad.

SÓCRATES.

Creo comprender lo que quieres designar por este arte:

pero lo veré más claro luego. Respóndeme: hay artes; ¿no es así?

GORGIAS.

Si.

SÓCRATES.

Entre las artes hay unas que consisten, á mi parecer, principalmente en la accion y necesitan pocos discursos; algunas, ninguno; como que pueden ejercerse en el silencio, como la pintura, la escultura y otras muchas. Tales son, á mi parecer, las artes, que segun dices, no tienen ninguna relacion con la Retórica.

GORGIAS.

Adivinas perfectamente mi pensamiento, Sócrates.

SÓCRATES.

Hay, por el contrario, otras artes, que ejecutan todo lo que es de su competencia por medio del discurso, y no tienen, por otra parte, ninguna ó casi ninguna necesidad de la accion. Tales son la aritmética, el arte de calcular, la geometría, el juego de dados y otras muchas, algunas de las cuales requieren tanto, y la mayor parte más, la palabra que la accion, como que toda su fuerza y efecto que causa descansa en los discursos. Me parece que, segun tú, entre éstas se encuentra la Retórica.

GORGIAS.

Es la verdad.

SÓCRATES.

Creo, sin embargo, que no es tu intencion dar el nombre de Retórica á ninguna de estas artes; á no ser que como dijiste ántes en palabras terminantes que la Retórica es un arte, cuya virtud descansa por entero en el discurso, alguno quiera, jugando con las palabras, sacar esta conclusion: Gorgias, das el nombre de Retórica á la aritmética. Pero no creo que des este nombre ni á la aritmética, ni á la geometría.

GORGIAS.

No te engañas, Sócrates, é interpretas mi pensamiento como debe hacerse.

SÓCRATES.

Adelante, termina tu respuesta á mi pregunta. Puesto que la Retórica es una de las artes que se sirven mucho del discurso, y que otras muchas están en el mismo caso, trata de decirme bajo qué punto de vista consiste todo el valor de la Retórica en el discurso. Si alguno me preguntase, con respecto á una de las artes que acabo de nombrar: Sócrates, ¿qué es la numeracion? yo le responderia, como tú hiciste há poco, que es una de las artes cuyo valor todo consiste en el discurso. Si me preguntase de nuevo: ¿con relacion á qué? yo le diria, que es con relacion al conocimiento del par y del impar, para saber cuántas unidades hay en el uno y en el otro. En igual forma, si me preguntase: ¿qué entiendes por el arte de calcular? le diria que es igualmente una de las artes cuya fuerza consiste por entero en el discurso. Y si continuase preguntando: ¿con relacion á qué? yo le responderia, como hacen los que recogen los votos en las asambleas del pueblo, que el arte de calcular es comun en todo lo demás con la numeracion, puesto que tiene el mismo objeto, á saber, el par y el impar; pero con la diferencia de que el arte de calcular considera la relacion que tienen el par y el impar entre sí, respecto de la cantidad. Si se me interrogase tambien sobre la astronomía, y despues de haber respondido igualmente que es un arte que lleva á cabo mediante el discurso todo lo que es de su competencia, se me preguntase: Sócrates, ¿á qué se refieren los discursos de la astronomía? diria que se refieren al movimiento de los astros, del sol y de la luna, y que explican en qué proporcion están la velocidad de su respectivos movimientos.

GORGIAS.

Responderias muy bien, Sócrates.

SÓCRATES.

Respóndeme tú lo mismo, Gorgias. La Retórica es una de estas artes que llevan á cabo todo su cometido mediante el discurso, ¿no es así?

GORGIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Dime, pues, ¿cuál es el objeto á que se refieren estos discursos de que hace uso la Retórica?

GORGIAS.

Tiene por asunto los más grandes de todos los negocios humanos, Sócrates, y los más importantes.

SÓCRATES.

Lo que dices, Gorgias, es una cosa controvertida y sobre la que no hay aún nada decidido; porque yo creo que habrás oído en los banquetes la cancion en la que, haciendo los convidados una enumeracion de los bienes de la vida, dicen que el primero es la salud, el segundo la belleza, y el tercero la riqueza adquirida sin injusticia, como dice el autor de la cancion (1).

GORGIAS.

Lo he oído, pero ¿á qué fin dices esto?

SÓCRATES.

Lo digo, porque los productores de estos bienes cantados por el poeta, á saber: el médico, el maestro de gimnasia y el propietario se pondrán en el momento á hacer lo que tú, y el médico será el primero que me dirá: Sócrates, Gorgias te engaña. Su arte no tiene por objeto el mayor de los bienes del hombre; eso toca al mio. Si yo repusiese: tú, que hablas de esa manera, ¿quién eres? Soy médico, me respondería. Y qué, ¿pretendes que sea el mayor de los bienes el que produce tu arte? ¿Puede negarse eso, Sócrates, me dirá quizá, puesto que produce la salud?

(1) Se cretè sea Simónides.

¿Hay para los hombres un bien preferible á la salud? Después de este saldría el maestro de gimnasia y me diría: Sócrates, me sorprendería mucho que Gorgias fuese capaz de presentarte algun bien, producto de su arte, que fuese mayor y más importante que el que resulta del mio. Y tú, amigo mio, le replicaría yo, ¿quién eres? ¿cuál es tu profesion? Soy maestro de gimnasia, respondería; y mi profesion consiste en hacer el cuerpo humano bello y robusto. El propietario vendría después del maestro de gimnasia, y, despreciando todas las otras profesiones, me figuro que me diría: juzga tú mismo, Sócrates, si Gorgias ni otro alguno puede producir un bien más grande que la riqueza? Pero qué, le diríamos, ¿eres tú productor de la riqueza? Sin duda; respondería él. ¿Quién eres? Soy propietario. Y qué, le diríamos, ¿es que miras la riqueza como el más grande de todos los bienes? Seguramente, diría él. Sin embargo, replicaría yo: Gorgias, que está aquí presente, pretende que su arte produce un bien mucho más grande que el tuyo. Es claro que al oír esto, preguntaría: ¿cuál es ese bien más grande? que Gorgias se explique. Imagínate, Gorgias, que esta misma pregunta te hacen ellos y te hago yo, y dime en qué consiste lo que consideras como el más grande bien para el hombre, y que te jactas de poder producir.

GORGAS.

Es, en efecto, el más grande de todos los bienes, porque es al que deben los hombres su libertad; y al que se debe en el estado social la autoridad que se ejerce sobre los demás ciudadanos.

SÓCRATES.

Pero, repito, ¿cuál es ese bien?

GORGAS.

Es, en mi opinion, el de poder persuadir mediante sus discursos á los jueces en los tribunales, á los senadores en el Senado, y al pueblo en las Asambleas; en una palabra,

convencer á todos los que componen cualquiera clase de reunion política. Ahora, un talento de esta especie pondrá á tus plantas al médico y al maestro de gimnasia; y se verá que el propietario se ha enriquecido no debiéndolo á sí, sino á un tercero, á tí, que posees el arte de hablar y ganar las voluntades de la multitud.

SÓCRATES.

En fin, Gorgias, me parece que me has demostrado, en cuanto es posible, lo que tú crees que es la Retórica; y si he comprendido bien, dices que es la obrera de la persuasion, que tal es el objeto de todas sus operaciones, y, en suma, que esta es su aspiracion. ¿Podrias probarme que el poder de la Retórica se extiende á más que á crear esa persuasion en el ánimo de los oyentes?

GORGAS.

De ninguna manera, Sócrates; y á mi parecer, la has definido bien, porque á eso verdaderamente se reduce.

SÓCRATES.

Escúchame, Gorgias. Si hay alguno, que al conversar con otro desee vivamente comprender bien aquello de que se habla, vive seguro de que yo me precio de ser uno de ellos, y creo que lo mismo te sucederá á tí.

GORGAS.

¿Á qué viene eso, Sócrates?

SÓCRATES.

Á lo siguiente. Debes saber que no concibo en manera alguna de qué naturaleza es la persuasion que atribuyes á la Retórica, ni relativamente á qué tiene lugar esta persuasion. No es porque no sospeche á lo que quieres referirte; pero no por eso dejaré de preguntarte cuál es la persuasion que crea la Retórica, y sobre qué. Si yo te interrogo en lugar de comunicarte mis conjeturas, no es por tí, sino á causa de nuestra conversacion, y para que marche de manera que conozcamos con claridad el asunto de que estamos tratando. Mira ahora si tengo motivos fun-

dados para interrogarte. Si te preguntase á qué clase de pintores pertenece Zeuxis, y me respondieses que pinta animales, ¿no tendría razon para preguntarte qué animales pinta y sobre qué los pinta?

GORGIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y esto, porque hay otros pintores que pintan tambien animales.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Mientras que si Zeuxis fuese el único que los pintara, entónces hubieras respondido bien.

GORGIAS.

Seguramente.

SÓCRATES.

Con relacion á la Retórica, dime: ¿te parece que sólo ella persuade y que no hay otras artes que hacen lo mismo? Hé aquí lo que yo pienso. Cualquiera que enseña, sea lo que sea, ¿persuade ó no persuade en aquello mismo que enseña?

GORGIAS.

Persuade sin duda, Sócrates.

SÓCRATES.

Recordando las mismas artes de que hemos hecho mencion, la aritmética y el aritmético, ¿no nos enseñan lo relativo á los números?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿Al mismo tiempo nos persuaden?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

La aritmética, por lo tanto, produce igualmente la persuasión.

GORGIAS.

Así parece.

SÓCRATES.

Si se nos preguntase qué persuasión y sobre qué, diríamos: la que enseña la cantidad del número, ya sea par, ya impar. Aplicando la misma respuesta á las otras artes, de que hablamos, nos será fácil demostrar que producen la persuasión, y también marcar su especie y su objeto; ¿no es así?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Luego la Retórica no es el único arte cuyo objeto es la persuasión.

GORGIAS.

Dices la verdad.

SÓCRATES.

Por consiguiente, puesto que no es la única que produce la persuasión, y que otras artes hacen lo mismo, estamos en nuestro derecho al preguntar, como hacíamos respecto del pintor, qué persuasión es el objeto del arte de la Retórica, y á qué se refiere esta persuasión. ¿No te parece que esta pregunta está muy en su lugar?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Responde, pues, Gorgias; puesto que piensas lo mismo.

GORGIAS.

Hablo, Sócrates, de la persuasión que se procura en los tribunales y las demás asambleas públicas, como dije ántes, y que versa sobre las cosas justas é injustas.

SÓCRATES.

Sospechaba que, en efecto, tenias en cuenta esta persuasión y estos objetos, Gorgias; pero no he querido decir nada, para que no puedas sorprenderte, si en el curso de la discusión yo te interrogo acerca de cosas que parecen evidentes. No es por tí, ya lo he dicho, por lo que obro de esta manera, sino á causa de la discusión, para que marche como es debido, y á fin de que no contraigamos el hábito de prevenir y adivinar por meras conjeturas nuestros recíprocos pensamientos; así acaba, como gustes, tu razonamiento, segun los principios que tú mismo hayas sentado.

GORGIAS.

Nada, Sócrates, á mi parecer, más sensato que tal conducta.

SÓCRATES.

Vamos adelante, y examinemos lo siguiente. ¿Admites lo que se llama saber?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y lo que se llama creer?

GORGIAS.

Lo admito.

SÓCRATES.

¿Te parece que saber y creer, la ciencia y la creencia, son una misma cosa ó dos cosas diferentes?

GORGIAS.

Pienso, Sócrates, que son dos cosas diferentes.

SÓCRATES.

Piensas bien, y de ello te daré una prueba. Si se te dijese: Gorgias, hay una creencia falsa y una creencia verdadera; sin dudar convendrías en ello.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿Pero hay tambien una ciencia falsa y una ciencia verdadera?

GORGIAS.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Luego es evidente que saber y creer no son la misma cosa.

GORGIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Sin embargo, los que saben están persuadidos lo mismo que los que creen.

GORGIAS.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿Quieres, por consiguiente, que admitamos dos clases de persuasion: una que produce la creencia sin la ciencia, y otra que produce la ciencia?

GORGIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

De estas dos persuasiones, ¿cuál es la que la Retórica produce en los tribunales y en las demás asambleas, á propósito de lo justo y de lo injusto? ¿Aquella de la que nace la creencia sin la ciencia, ó la que engendra la ciencia?

GORGIAS.

Es evidente, Sócrates, que es aquella de que nace la creencia.

SÓCRATES.

La Retórica, al parecer, es la autora de la persuasion, que hace creer, y no de la que hace saber, respecto de lo justo y de lo injusto.

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente, el orador no se propone instruir á los tribunales y á las demás asambleas acerca de lo justo y de lo injusto, sino únicamente atraerlos á la creencia. Bien que tampoco podria en tan poco tiempo instruir á tantas personas á la vez y sobre objetos de tanta gravedad.

GORGIAS.

No, sin duda.

SÓCRATES.

Sentado esto, veamos, te lo suplico, lo que debemos pensar de la Retórica. Yo no puedo aún formar una idea cabal de lo que acabas de decir. Cuando un pueblo se reúne para elegir médicos, constructores de buques, ó cualquiera otra especie de operarios, ¿no es cierto que el orador, en este caso, ningun consejo tiene que dar, puesto que evidentemente en todas estas elecciones hay que acudir á los más hábiles? Ni cuando se trata de la construcción de muros, de puertos, ó de arsenales, porque se consultará á los arquitectos; ni cuando se delibere sobre la elección de un general, sobre el orden en que deberá irse al encuentro del enemigo, ó los puntos de que deberán apoderarse, porque en todos estos casos serán los militares los que darán su dictámen, y no serán los oradores los consultados. ¿Qué piensas de esto, Gorgias? Puesto que tú te llamas orador y capaz de formar otros oradores, á ninguno mejor que á tí podemos dirigirnos, para conocer á fondo tu arte. Piensa además que yo trabajo aquí por tus intereses. Quizá entre los presentes hay algunos que desean ser tus discípulos, como lo sé de muchos, que tienen este deseo y que no se atreven á interrogarte. Está, por consiguiente, persuadido de que cuando yo interrogo, es como si ellos mismos te preguntasen: Gorgias, ¿qué nos sucedería si tomamos tus lecciones? ¿Sobre qué asuntos

nos pondríamos en estado de dar consejos á nuestros conciudadanos? ¿Será sólo sobre lo justo y lo injusto, ó tambien sobre los objetos, de que Sócrates acaba de hablarlos? Procura responderles.

GORGIAS.

Voy, en efecto, Sócrates á intentar desenvolver por entero toda la virtud de la Retórica, ya que tú me has puesto en camino. Sabes, sin duda, que los arsenales de los atenienses, lo mismo que sus murallas y sus puertos, han sido construidos siguiendo en parte los consejos de Temístocles, en parte los de Pericles, y no los de los operarios.

SÓCRATES.

Sé, Gorgias, que así se dice de Temístocles. Respecto á Pericles, yo mismo lo he oido, cuando aconsejó á los atenienses levantar las murallas que separan á Atenas del Pireo.

GORGIAS.

Ya ves, Sócrates, que cuando se trata de tomar una resolución sobre las cosas, que ántes decias, los consejeros son los oradores y su dictámen es el que triunfa.

SÓCRATES.

Pues eso es precisamente lo que me sorprende, Gorgias, y lo que motiva mi terquedad en preguntarte sobre la virtud de la Retórica. Me parece que es maravillosamente grande, si se la examina bajo este punto de vista.

GORGIAS.

Y no lo sabes todo; porque si lo supieras, verias que la Retórica abraza, por decirlo así, la virtud de todas las demás artes. Voy á darte una prueba patente de ello. He entrado muchas veces con mi hermano y otros médicos en casa de los enfermos, que no querian tomar una bebida ó sufrir alguna operacion dolorosa mediante la aplicacion del fuego ó del hierro; y al paso que el médico no podia convencerle, entraba yo, y sin otro auxilio que la Retó-

rica, lo conseguia. A esto añade, que si un orador y un médico se presentan en una ciudad, y se trata de disputar á viva voz, delante del pueblo reunido ó de cualquiera otra asamblea, sobre la preferencia entre el orador y el médico, nadie se fijará en éste; y el hombre que tiene el talento de la palabra merecerá la preferencia, si aspira á ella. En igual forma, en competencia con otro hombre de cualquiera otra profesion, el orador alcanzará la preferencia, porque no hay materia sobre la que no hable en presencia de la multitud de una manera más persuasiva que cualquiera otro artista, sea el que sea. Por consiguiente, la virtud de la Retórica es tal y tan grande, como acabo de decir. Sin embargo, es preciso, Sócrates, usar de la Retórica del mismo modo que de las demás profesiones, puesto que, no porque uno haya aprendido la esgrima, el pugilato, la pelea con armas verdaderas, de manera que puedan vencer igualmente los amigos que los enemigos, se ha de servir de estos medios contra todo el mundo, y ménos golpear, ni herir, ni dar muerte á sus amigos. Pero tampoco porque uno despues de haber frecuentado los gimnasios, adquiriendo robustez y haciéndose buen luchador, haya maltratado á su padre y á su madre ó á alguno de sus parientes ó amigos, puede esto dar motivo para aborrecer y arrojar de las ciudades á los maestros de gimnasia y de esgrima. Si estos han enseñado á sus discípulos tales ejercicios, ha sido sólo para que hicieran buen uso de ellos contra los enemigos y contra los hombres malos; para la defensa y no para el ataque. Y si estos discípulos, por el contrario, abusan de su fuerza y de su maña contra la intencion de sus maestros, no se infiere de esto que los maestros sean malos, ni que lo sea el arte que profesan, ni que recaiga sobre ellos la falta, puesto que debe pesar por completo sobre los que han abusado. El mismo juicio debe formarse de la Retórica. El orador se halla en verdad dispuesto á hablar con-

tra todos y sobre todos, de manera que ninguno está en mejor posición para persuadir en un instante á la multitud sobre el objeto que quiera. Pero no es una razón para que usurpe su reputación á los médicos, ni á los demás profesores, por más que esté en posición de poderlo hacer. Por el contrario, debe usar de la Retórica, como se usa de las demás profesiones, según las reglas de la justicia. Y si alguno instruido en el arte oratorio, abusa de esta facultad y de este arte, para cometer una acción injusta, no creo que por esto haya derecho para aborrecer y deterrar de las ciudades al maestro, de quien recibió las lecciones; porque no puso en sus manos este arte sino para servirse de él en la defensa de causas justas, y no para hacer un uso enteramente opuesto. Por consiguiente, ese discípulo, que abusa así del arte, es á quien la equidad dicta que se le aborrezca, que se le arroje de la ciudad, que se le haga morir, y no al maestro.

SÓCRATES.

Pienso, Gorgias, que tú has asistido como yo á muchas disputas, y que has observado una cosa; y es que, cualquiera que sea la materia de la conversación, encuentran gran dificultad en fijar unos y otros sus ideas y en terminarla, consiguiendo instruirse ó haber instruido á los demás. Pero cuando se suscita entre ellos alguna controversia, y el uno pretende que su adversario habla con poca exactitud y claridad, se incomodan y se imaginan que se les contradice por pura frivolidad; que se disputa por sólo disputar, y no con intención de aclarar el punto que se discute. Algunos concluyen por lanzar las más groseras injurias, y se separan después de haber dicho y oído las personalidades más odiosas, hasta el punto de que los que los oyen se arrepienten de haber presenciado semejantes altercados. ¿Con qué objeto digo yo esto? Es porque me parece que tú no eres en este momento consecuente, ni hablas teniendo en cuenta lo que dijiste ántes tocante á

la Retórica. Y así, te repito, temo que vayas á pensar que no es mi intencion aclarar el punto que se discute, sino disputar contra tí. Por lo tanto, si tienes mis condiciones de carácter, te interrogaré con gusto; si no, no continuaré. ¿Pero cuál es mi carácter? Soy de aquellos que gustan que se les refute, cuando no dicen la verdad; que gustan tambien en refutar á los demás, cuando los demás se separan de lo verdadero; y que tienen, por consiguiente, igual complacencia en verse refutados que en refutar. Tengo, en efecto, por un bien mucho mayor el ser refutado, porque verdaderamente es más ventajoso verse uno mismo libre del mayor de los males, que librar á otro de él; porque no conozco en el hombre un mal mayor que el de tener ideas falsas sobre la materia que tratamos. Si dices que estás dispuesto con la forma que yo lo estoy, continuaremos la conversacion; pero si crees que debe quedar en este estado, consiento en ello y la pondremos término.

GORGIAS.

Me jacto, Sócrates, de ser de aquellos, cuyo retrato acabas de hacer; sin embargo, es preciso no perder de vista á los que nos escuchan. Mucho ántes que tú vinieras les habia explicado yo muchas cosas, y si volvemos á tomar el hilo de la conversacion, quizá nos lleve muy léjos. Y así conviene pensar en los que están presentes, para no retener á alguno que tenga otros negocios que hacer.

QUEREFON.

Ya ois, Gorgias y Sócrates, las demostraciones que hacen los que están presentes, para indicar que su deseo es oiros, si continuais hablando. En cuanto á mí, no permitan los dioses que tenga negocios tan importantes y exigentes, que me obliguen á abandonar una discusion tan interesante y tan bien dirigida, por ir á evacuar algun negocio de imprescindible necesidad.

CALLICLES.

Por todos los dioses, Querefon, tienes razon. He asistido á muchas discusiones, pero ninguna me ha causado tanto placer como esta. Os agradecería, pues, de veras que continuaseis la polémica todo el dia.

SÓCRATES.

Si Gorgias consiente en ello, no encontrarás en mí ningún obstáculo, Callicles.

GORGIAS.

Seria ya vergonzoso para mí, Sócrates, no prestarme á lo mismo; sobre todo, despues que he empeñado mi palabra de responder á cuanto se me pregunte. Toma, pues, el hilo de la conversacion, si tanto place á nuestro auditorio, y proponme lo que creas conveniente.

SÓCRATES.

Escucha, Gorgias, lo que me llama la atencion en tu discurso. Quizá has dicho la verdad, y yo te habré comprendido mal. ¿Dices que te consideras capaz de instruir y formar un hombre en el arte oratorio, si toma tus lecciones?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Es decir, á lo que me parece, que le harás capaz de hablar sobre cualquier negocio de una manera plausible delante de la multitud, no para enseñarla, sino para persuadirla.

GORGIAS.

Justamente.

SÓCRATES.

Como consecuencia has añadido que, tocante á la salud del cuerpo, se creará al orador más que al médico.

GORGIAS.

Lo he dicho, es cierto; con tal que se trate de la multitud.

SÓCRATES.

Por la multitud entiendes sin duda los ignorantes; porque no parece que el orador tendrá ventaja sobre el médico delante de personas instruidas.

GORGIAS.

Dices verdad.

SÓCRATES.

Luego si el orador es más á propósito para persuadir que el médico, ¿no es más á propósito para persuadir que el que sabe?

GORGIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

Aunque él mismo no sea médico; ¿no es así?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Pero el que no es médico, ¿no es ignorante en las cosas respecto de las que el médico es sabio?

GORGIAS.

Es evidente.

SÓCRATES.

Por consiguiente, el ignorante será más propio para persuadir que el sabio, tratándose de ignorantes, si es cierto que el orador es más propio para persuadir que el médico. ¿No es esto lo que se deduce, ó resulta otra cosa?

GORGIAS.

Sí, en el presente caso eso es lo que se deduce.

SÓCRATES.

Esta ventaja del orador y de la Retórica, ¿no es la misma con relacion á las demás artes? Quiero decir, que no es necesario que la Retórica instruya sobre la naturaleza de las cosas; y que basta que invente cualquier medio de persuasion, de manera que parezca á los ojos de los ignorantes más sábia que los que poseen estas artes.

GORGIAS.

¿No es una cosa muy cómoda, Sócrates, no tener necesidad de aprender otro arte que éste, para no ceder en nada á los demás profesores?

SÓCRATES.

Si cede ó no cede, en su cualidad de orador, á los demás profesores, lo examinaremos luego, en caso que así lo exija el curso de la discusion. Pero ántes veamos si con relacion á lo justo y á lo injusto, á lo honesto y á lo inhonesto, á lo bueno y á lo malo, el orador se encuentra en el mismo caso que con relacion á lo que es saludable al cuerpo y á los objetos de las otras artes, de manera que ignore lo que es bueno ó malo, honesto ó inhonesto, justo ó injusto, y que sobre estos objetos sólo haya imaginado algun expediente, para persuadir y aparecer ante los ignorantes mejor instruido en esta materia que los sabios, aunque él mismo sea un ignorante. Veamos si es necesario, que el que quiera aprender la Retórica sepa todo esto y se haga en ello hábil ántes de tomar tus lecciones; ó si caso de que no tenga ningun conocimiento de ello, tú, que eres maestro de Retórica, no se lo enseñarás, porque no es de tu competencia, pero harás de manera que, no sabiéndolo tú, parezca que tu discípulo lo sabe, y pase por hombre de bien sin serlo; ó si no podrás absolutamente enseñarle la Retórica, á ménos que no haya aprendido con anterioridad estas materias. ¿Qué piensas de esto, Gorgias? En nombre de Júpiter, desenvuélvenos, como has prometido hace un momento, todo el valor de la Retórica.

GORGIAS.

Pienso, Sócrates, que áun cuando tal discípulo no sepa nada de todo eso, lo aprenderia al lado mio.

SÓCRATES.

Alto, te lo suplico. Tú respondes muy bien. Mas para que puedas convertir alguno en orador, es de toda nece-

sidad que conozca lo que es justo ó injusto, ya lo haya aprendido ántes de ir á tu escuela, ya lo aprenda de tí.

GORGÍAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero el que ha aprendido el oficio de carpintero, ¿es ó nó carpintero?

GORGÍAS.

Lo es.

SÓCRATES.

Y cuando se ha aprendido la música, ¿no es uno músico?

GORGÍAS.

Sí.

SÓCRATES.

Y cuando se ha aprendido la medicina, ¿no es uno médico? En una palabra, con relacion á todas las demás artes, cuando se ha aprendido lo que á cada una corresponde, ¿no es uno tal como debe ser el discípulo en cada una de ellas?

GORGÍAS.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Por la misma razon, el que ha aprendido lo que pertenece á la justicia, es justo.

GORGÍAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero el hombre justo hace acciones justas.

GORGÍAS.

Sí.

SÓCRATES.

Por lo tanto, es necesario que el orador sea justo, 'y que el hombre justo quiera hacer acciones justas.

GORGÍAS.

Por lo ménos así parece.

SÓCRATES.

El hombre justo no querrá nunca cometer una injusticia.

GORGIAS.

Es una conclusion precisa.

SÓCRATES.

¿No se sigue necesariamente de lo dicho que el orador es justo?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente, jamás querrá el orador cometer una injusticia.

GORGIAS.

Parece que no.

SÓCRATES.

¿Recuerdas haber dicho ántes, que no debia tropezarse con los maestros de gimnasia, ni arrojarlos de las ciudades, porque un atleta haya abusado del pugilato y cometido alguna accion injusta, y que, en igual forma, si algun orador hace un uso indebido de la Retórica, no debe hacerse recaer la falta sobre su maestro, ni desterrarle del Estado, sino sobre el autor mismo de la injusticia, que no ha usado de la Retórica como debia? ¿Has dicho esto ó nó?

GORGIAS.

Lo he dicho.

SÓCRATES.

¿No acabamos de ver que este mismo orador es incapaz de cometer una injusticia?

GORGIAS.

Acabamos de verlo.

SÓCRATES.

¿Y no decias, Gorgias, desde el principio, que la Retórica tiene por objeto los discursos que tratan, no de lo par

y de lo impar, sino de lo justo y de lo injusto? ¿No es cierto?

GORGIAS.

Si.

SÓCRATES.

Cuando hablabas de esta manera, suponias que la Retórica no podia ser nunca una cosa injusta, puesto que sus discursos versan siempre sobre la justicia. Pero cuando te he oido decir un poco despues, que el orador no podia hacer un uso injusto de la Retórica, me sorprendí y creí que no habia conformidad entre los dos razonamientos, y esto es lo que me ha obligado á decir, que si considerabas provechoso el verte refutado, podiamos continuar la controversia; pero que si no, era preciso dejarla en tal estado. Habiéndonos puesto en seguida á examinar la cuestion, tú mismo ves que hemòs dejado sentado que el orador no puede usar injustamente de la Retórica, ni querer cometer una injusticia. Y, ¡por el cielo! no es esta materia, Gorgias, propia de una conversacion ligera; y sí asunto que debe examinarse á fondo para saber lo que se debe pensar sobre ella.

PÓLUX.

¡Pero Sócrates! ¿tienes realmente acerca de la Retórica la opinion que acabas de manifestar? ¿Ó crees más bien que Gorgias ha tenido empacho en confesar que el orador no conoce ni lo justo, ni lo honesto, ni lo bueno, y que si uno fuese á su casa sin saber estas cosas, él de ninguna manera se las enseñaria? Esta confesion es probablemente la causa de la contradiccion en que ha incurrido, y de que tú lo celebres despues de haberle envuelto en esta clase de cuestiones. ¿Pero piensas que haya alguien en el mundo, que confiese que no tiene ningun conocimiento de la justicia, y que no se halla en estado de enseñarla á los demás? En verdad, causa gran extrañeza que se produzcan razonamientos sobre semejantes vaciedades.

SÓCRATES.

Encantador Pólux, nosotros procuramos de intento atraernos amigos y jóvenes á fin de que, si, ya viejos, damos algun paso en falso, podais vosotros, que sois jóvenes, rectificar nuestras acciones y nuestros discursos. Asi, pues, si Gorgias y yo nos hemos engañado en lo que hemos dicho, tú, que lo has oido todo, vuélvénos al camino; estás en el deber de hacerlo. Si entre las cosas que hemos concedido hay alguna que no deba admitirse, te autorizo para que vuelvas á ella, y para que la reformes á tu manera, siempre que procures una cosa.

PÓLUX.

¿Qué cosa?

SÓCRATES.

Reprimir, Pólux, ese afan de hacer largos discursos, como estuviste á punto de hacer al principio de esta conversacion.

PÓLUX.

¡Pero qué! ¿Es cosa que no podré hablar todo el tiempo que quiera?

SÓCRATES.

Seria portarse muy mal contigo, querido mio, si habiendo venido á Atenas, punto de la Grecia donde hay más libertad de hablar, fueras tú el único, á quien se le privase de este derecho. Pero ponte en mi lugar. Si tú discurrees anchamente y rehusas responder con precision á lo que se te propone, ¿no tendré yo motivo, á mi vez, para quejarme, si no me fuese permitido marcharme y dejar de escucharte? Por lo tanto, si te interesas en la disputa precedente y quieres en ella hacer rectificaciones, toca de nuevo, como te he dicho, el punto que te agrada, interrogando y respondiendo á tu vez, como hemos hecho Gorgias y yo, combatiendo mis razones y permitiéndome combatir las tuyas. Sin duda tú te supones sabedor de las mismas cosas que Gorgias; ¿no es así?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Por consiguiente te entregas á cualquiera que desea interrogarte sobre un objeto, sea el que sea, y estás dispuesto á satisfacerle?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pues bien; escoge de las dos cosas la que más te agrade; interrogar ó responder.

PÓLUX.

Acepto la proposicion; respóndeme, Sócrates. Puesto que Gorgias se muestra embarazado para explicar lo que es la Retórica, dinos lo que tú piensas de ella.

SÓCRATES.

¿Me preguntas qué clase de arte es en mi opinion?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

A decir verdad, Pólux, yo no la tengo por un arte.

PÓLUX.

¿Entónces cómo la consideras?

SÓCRATES.

Como una cosa que tú mismo te jactas de haber reducido á arte, en un escrito que hace poco he leído.

PÓLUX.

¿Pero qué cosa?

SÓCRATES.

Una especie de rutina.

PÓLUX.

¿Luego á tu juicio la Retórica es una rutina?

SÓCRATES.

Sí, á no ser que tú pienses de otro modo.

PÓLUX.

¿Y cuál es el objeto de esta rutina?

SÓCRATES.

Procurar el recreo y el placer.

PÓLUX.

¿No crees que la Retórica es una cosa bella, puesto que capacita para agradar á los hombres?

SÓCRATES.

Pero, Pólux, ¿te he explicado lo que es la Retórica, para que vengas despues á preguntarme, como lo haces, si la encuentro bella?

PÓLUX.

¿No te he oido decir que es una especie de rutina?

SÓCRATES.

Puesto que tanto mérito tiene á tus ojos el causar placer, ¿querrias proporcionarme á mí uno, aunque sea pequeño?

PÓLUX.

Con gusto.

SÓCRATES.

Pregúntame por un momento, si considero la cocina como un arte.

PÓLUX.

Consiento en ello. ¿Qué arte es la cocina?

SÓCRATES.

No es arte, Pólux.

PÓLUX.

¿Pues qué es? dilo.

SÓCRATES.

Voy á decírtelo. Es una especie de rutina.

PÓLUX.

¿Cuál es su objeto?

SÓCRATES.

El siguiente, mi querido Pólux: procurar el bienestar y el placer.

PÓLUX.

La cocina y la Retórica ¿son la misma cosa?

SÓCRATES.

Nada de eso; pero ambas forman parte de la misma profesion.

PÓLUX.

¿De qué profesion, si tienes á bien decirlo?

SÓCRATES.

Temo que sea una grosería decir lo que es, y no me atrevo á hacerlo por Gorgias, pues temo que se imagine que quiero poner en ridículo su profesion. Yo ignoro si la Retórica, que Gorgias profesa, es la que yo imagino, tanto más cuanto que la precedente disputa no ha dejado ver claramente lo que piensa. En cuanto á lo que yo llamo Retórica, es una parte de cierta cosa, que no tiene nada de bella.

GORGIAS.

¿De qué cosa, Sócrates? dí y no temas que me ofenda.

SÓCRATES.

Me parece, Gorgias, que es cierta profesion en la que el arte no entra para nada, pero que supone en el alma tacto, audacia, y grandes disposiciones naturales para conversar con los hombres. Yo llamo *adulacion* al género en que ella está comprendida; género que me parece que está dividido en no sé cuántas partes, una de las que es la cocina. Créese comunmente que es un arte, pero á mi parecer no lo es; sólo es una costumbre, una rutina. Cuento tambien entre las partes de la *adulacion* á la Retórica, así como el tocador y el arte del sofista; y atribuyo á estas cuatro partes cuatro objetos diferentes. Ahora, si Pólux quiere interrogarme, que lo haga; pues aún no le he explicado qué parte de la *adulacion* es, en mi juicio, la Retórica. No se hace cargo de que aún no he acabado de responder, y como si hubiera concluido, me pregunta si no tengo por una cosa bella la Retórica. Yo no le diré

si la tengo por bella ó por fea ínterin no le haya dicho lo que es. Ni estaria en el órden otra cosa, Pólux. Pregúntame, pues, si quieres saber qué parte de la adulacion digo que es la Retórica.

PÓLUX.

Sea así. Te lo pregunto. ¿Qué parte es?

SÓCRATES.

¿Comprenderás mi respuesta? La Retórica es, en mi opinion, el remedo de una parte de la política.

PÓLUX.

Y bien, repito, ¿es bella ó fea?

SÓCRATES.

Digo que es fea, porque ya que es preciso responderte como si comprendieses ya mi pensamiento, te diré que llamo feo á todo lo que es malo.

GORGIAS.

¡Por Júpiter! Sócrates; yo mismo no concibo lo que quieres decir.

SÓCRATES.

No lo extraño, Gorgias, puesto que no he desenvuelto mi pensamiento. Pero Pólux es jóven y ardiente.

GORGIAS.

Déjale, y explícame en qué sentido dices que la Retórica es el remedo ó imitacion de una parte de la política.

SÓCRATES.

Voy á hacer una tentativa para explicarte sobre este punto mi pensamiento. Si no es como yo digo, Pólux me refutará. ¿No hay una sustancia á que llamas cuerpo y otra á que llamas alma?

GORGIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No crees que hay una buena constitucion, así respecto de la una como de la otra sustancia?

GORGIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿No reconoces igualmente, respecto de las mismas, una constitucion que parece buena y que no lo es? Me explicaré. Muchos, al parecer, tienen el cuerpo bien constituido, y el que no sea ni médico ni maestro de gimnasia no nota fácilmente que está mal constituido.

GORGIAS.

Tienes razon.

SÓCRATES.

Digo, pues, que hay en el cuerpo y en el alma un no sé qué, que hace que uno juzgue que ambos están en buen estado, aunque realmente no lo estén.

GORGIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Veamos si puedo hacerte entender con mayor claridad lo que quiero decir. Digo que hay dos artes que responden á estas dos sustancias: el que corresponde al alma, le llamo política; y respecto al otro, que mira al cuerpo, no puedo designarle con un solo nombre. Y aunque la cultura del cuerpo sea una, yo la divido en dos partes, que son la gimnasia y la medicina. Y dividiendo igualmente la política en dos, pongo la parte legislativa frente á frente de la gimnasia, y la parte judicial frente á frente de la medicina; porque, de un lado, la gimnasia y la medicina y, de otro, la parte legislativa y la judicial tienen mucha relacion entre sí, porque recaen y se ejercen sobre el mismo objeto. Sin embargo, difieren en algo la una de la otra. La adulacion conoció que estas cuatro artes son tales como he dicho, y que tienen siempre por objeto el mejor estado posible del cuerpo las unas, del alma las otras; y lo conoció, no mediante conocimiento, sino á manera de conjetura; y habiéndose dividido en cuatro, se ha

insinuado en cada una de estas artes, pretendiendo ser el arte en cuyo seno se ha deslizado. La adulacion se cuida muy poco del bien, y mirando sólo al placer, envuelve en sus redes á los insensatos, y los engaña; de suerte que la consideran como de gran valor. La cocina ó arte culinario se ha deslizado á la sombra de la medicina, atribuyéndose el discernimiento de los alimentos más saludables al cuerpo. De manera que si el médico y el cocinero disputasen delante de niños y delante de hombres tan poco razonables como los niños, para saber quién de los dos, el cocinero ó el médico, conoce mejor las cualidades buenas ó malas de los alimentos, indudablemente el médico se moriría de hambre. Hé aquí á lo que yo llamo adulacion, y lo que digo que es una cosa vergonzosa, Pólux, (á tí es á quien me dirijo), puesto que sólo se cuida de lo agradable, despreciando lo mejor. Añado que no es un arte, sino una rutina, tanto más cuanto no tiene ningun principio cierto, tocante á la naturaleza de las cosas, que ella propone, y que pueda servirla de guia; de suerte que no da razon de nada; y á lo que está desprovisto de razon, yo no lo llamo arte. Si te atreves á negar esto, estoy dispuesto á responderte. La adulacion, en punto á alimentos, se oculta bajo la medicina, como ya he dicho. Á la sombra de la gimnasia se desliza igualmente el tocador, práctica falaz, engañosa, innoble y cobarde, que para seducir emplea las farsas, los colores, el refinamiento y los adornos, de manera que sustituye con el gusto de una belleza prestada al de la belleza natural que produce la gimnasia. Y para no extenderme más, te diré como los geómetras, (quizá me comprenderás así mejor), que lo que el tocador es á la gimnasia, es la cocina á la medicina; ó mejor, que lo que el tocador es á la gimnasia es la sofística á la parte legislativa, y lo que la cocina es á la medicina es la Retórica al arte judicial. La diferencia que la naturaleza ha puesto entre estas cosas, es tal como

acabo de explicarla; pero, á causa de su afinidad, los sofistas y los oradores se confunden con los legisladores y los jueces, y se consagran á los mismos objetos; de donde resulta que ni ellos mismos saben exactamente cuál es su profesion, ni los demás saben para qué son buenos tales hombres. Si el alma no mandase al cuerpo y el cuerpo se gobernase por sí mismo, y si el alma no examinase por sí propia y no pudiese discernir la diferencia de la cocina y de la medicina, sino que el cuerpo fuese el juez único, y los estimase por el placer que le causaran, nada más natural ni más comun, mi querido Pólux, que lo que dice Anaxágoras, (y tú lo sabes muy bien); todas las cosas estarian confundidas y mezcladas, y no se podrian distinguir ni los alimentos sanos de los nocivos, ni los que prescribe el médico de los que prepara el cocinero. Ya sabes el juicio que me merece la Retórica; es con relacion al alma lo que la cocina con relacion al cuerpo. Quizá ha sido una inconsecuencia de mi parte el haber pronunciado discurso tan largo despues de habértelos prohibido á tí; pero merezco alguna excusa; porque cuando ántes me expliqué con pocas palabras, no me comprendiste, y no sabias qué partido tomar con mis respuestas; en una palabra, necesitabas que desarrollara más mis ideas. Cuando respondas, si yo me encuentro en el mismo embarazo respecto á tus respuestas, te permitiré extenderte á tu vez. Pero en tanto que pueda yo sacar partido de ellas, déjame obrar, porque nada es más justo. Y ahora, si esta respuesta te da alguna ventaja sobre mí, aprovéchala.

PÓLUX.

¿Qué dices? ¿La Retórica es, segun tú, lo mismo que la adulacion?

SÓCRATES.

Sólo he dicho que era una parte de ella. ¡Ah, Pólux! ¿á tu edad eres flaco de memoria? ¿Qué será cuando seas viejo?

PÓLUX.

¿Se te figura que en las ciudades se mira á los oradores de fama como á viles aduladores?

SÓCRATES.

¿Me haces una pregunta, ó comienzas un razonamiento?

PÓLUX.

Es una pregunta.

SÓCRATES.

Pues bien; me parece que ni áun se les mira.

PÓLUX.

¡Cómo! ¿no se les mira? ¿No son, de todos los ciudadanos, los que ejercen un poder más grande?

SÓCRATES.

No, si entiendes que el poder es un bien para el que lo tiene.

PÓLUX.

Así lo entiendo.

SÓCRATES.

Entonces digo que los oradores son de todos los ciudadanos los que ménos autoridad tienen.

PÓLUX.

¡Pues qué! semejantes á los tiranos, ¿no hacen morir al que quieren? ¿No los despojan de sus bienes, y no destierran de las ciudades á los que bien les parece?

SÓCRATES.

¡Por el cielo! dudo, Pólux, á cada cosa que dices, si hablas por tu cuenta, y si me expones tu manera de pensar, ó si exiges que explique la mia.

PÓLUX.

Exijo la tuya.

SÓCRATES.

En buen hora, mi querido amigo. ¿Por qué entonces me haces dos preguntas á la vez?

PÓLUX.

¿Cómo dos preguntas?

SÓCRATES.

¿No me decias ántes que los oradores, como los tiranos, condenan á muerte á los que quieren, los despojan de sus bienes, y los arrojan de las ciudades siempre que les place?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Pues bien; te digo que son dos preguntas, y voy á contestarte á ambas. Sostengo, Pólux, que los oradores y los tiranos tienen muy poco poder en las ciudades, como dije ántes; y que no hacen casi nada de lo que quieren, aunque hagan lo que les parece que es lo más ventajoso.

PÓLUX.

¿Y no es esto tener un gran poder?

SÓCRATES.

No, atendido á lo que pretendes, Pólux.

PÓLUX.

¿Yo pretendo esto? Precisamente es todo lo contrario.

SÓCRATES.

Tú lo pretendes, te digo. ¿No has confesado, que un gran poder es un bien para aquel que le posee?

PÓLUX.

Y lo sostengo.

SÓCRATES.

¿Crees que sea un bien para nadie el hacer lo que estime más ventajoso, cuando está privado de buen sentido? ¿Llamas á esto tener un gran poder?

PÓLUX.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Pruébame que los oradores tienen buen sentido, y que la Retórica es un arte y no una adulacion; y entónces me habrás refutado. Pero en tanto que no hagas esto, será siempre cierto, que no es un bien para los oradores ni

para los tiranos hacer en las ciudades lo que les agrade. El poder es á la verdad un bien, como tú dices; pero estás conforme en que hacer lo que se juzgue oportuno, cuando se está desprovisto de buen sentido, es un mal. ¿No es cierto?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cómo, pues, los oradores y los tiranos habrán de tener gran poder en las ciudades, á ménos que Pólux obligue á Sócrates á confesar que ellos hacen lo que quieren?

PÓLUX.

¡Qué hombre!

SÓCRATES.

Digo, que no hacen lo que quieren; refútame.

PÓLUX.

¿No acabas de conceder, que hacen lo que creen más ventajoso para ellos?

SÓCRATES.

Lo concedo.

PÓLUX.

Luego ellos hacen lo que quieren.

SÓCRATES.

Lo niego.

PÓLUX.

¡Qué! Cuando hacen lo que juzgan oportuno, ¿no hacen lo que quieren?

SÓCRATES.

Sin duda que no.

PÓLUX.

En verdad, Sócrates, sientas cosas insostenibles y que excitan la compasion.

SÓCRATES.

No me condenes tan pronto, encantador Pólux, para usar

tu lenguaje (1). Y si tienes alguna pregunta que hacerme, pruébame que me engaño; y si no respóndeme.

PÓLUX.

Consiento en responderte, á fin de poner en claro lo que acabas de decir.

SÓCRATES.

¿Estimas que los hombres quieren las mismas acciones que hacen habitualmente, ó quieren la cosa en vista de la que hacen estas acciones? Por ejemplo; los que toman una bebida de mano del médico, ¿quieren, á juicio tuyo, lo que hacen, es decir, tragar la bebida y sentir dolor? ¿Ó quieren más bien la salud, en vista de la que toman la medicina?

PÓLUX.

Es evidente que quieren la salud, teniendo en cuenta la cual toman la medicina.

SÓCRATES.

En igual forma, los que navegan y trafican en el mar, no quieren lo que hacen diariamente, porque, ¿quién es el hombre que quiere navegar exponiéndose á mil peligros y á mil dificultades? Lo que quieren, á mi parecer, es aquello en vista de lo que se embarcan, que es la riqueza. Las riquezas, en efecto, son el objeto de estos viajes por la mar.

PÓLUX.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con relacion á todo lo demás? De manera que el que hace una cosa en vista de otra, no quiere la cosa misma que hace, sino aquella en vista de la que él la hace.

(1) El sofista Pólux tenia la afectacion de emplear palabras de un número igual de sílabas, y que terminaban del mismo modo. Sócrates, imitando su manera de hablar, le llama aquí ὁ λῶσε πῶλε, burla que no es posible traducir.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Hay algo en el mundo, que no sea bueno ó malo, ó que, estando en medio de lo bueno y lo malo, no sea ni lo uno ni lo otro?

PÓLUX.

No puede ser de otra manera, Sócrates.

SÓCRATES.

Entre las cosas buenas, ¿no pones la sabiduría, la salud, la riqueza y todas las que son semejantes á éstas, así como entre las malas las que son contrarias á éstas?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y no entiendes que no son ni buenas ni malas aquellas, que tan pronto participan del bien, como del mal, como ni del uno ni del otro? Por ejemplo; estar sentado, marchar, correr, navegar, y también las piedras, las maderas y las demás cosas de esta naturaleza; ¿no es esto lo que consideras que no es ni bueno ni malo, ó es otra cosa distinta?

PÓLUX.

No, es eso mismo.

SÓCRATES.

Cuando los hombres hacen estas cosas indiferentes, ¿las hacen en vista de las buenas ó hacen las buenas en vista de las indiferentes?

PÓLUX.

Hacen las indiferentes en vista de las buenas.

SÓCRATES.

Es, por consiguiente, siempre el bien al que nos dirigimos; cuando marchamos, es con la idea de que nos será ventajoso; y en vista de este mismo bien nos detenemos, cuando nos detenemos. ¿No es así?

PÓLUX.

Si.

SÓCRATES.

Si uno hace que á otro se le quite la vida, se le destierre, ó se le prive de sus bienes, se verá inclinado á cometer estas acciones en la persuasion de ser lo mejor que puede hacer. ¿No es cierto?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

Todo lo que se **hace** en este sentido, se hace, pues, en vista del bien que se hace.

PÓLUX.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿No hemos convenido en que no se quiere la cosa que se hace en vista de otra, sino de aquella en cuya vista se hace?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Así pues, no se quiere simplemente matar alguno, desterrarle de la ciudad, ni privarle de sus bienes: sino que si esto es ventajoso, se quiere; y si es dañoso, no se quiere. Porque, como tú mismo confiesas, se quieren las cosas que son buenas; y no se quieren á las que no son ni buenas ni malas, ni á las que son malas. ¿Te parece ó no cierto esto que digo, Pólux? ¿Por qué no respondes?

PÓLUX.

Me parece cierto.

SÓCRATES.

Puesto que estamos de acuerdo en este punto, cuando un tirano ó un orador hace morir á alguno, le condena á destierro ó á la pérdida de sus bienes, creyendo que es lo más ventajoso para él mismo, aunque realmente sea lo

más malo, hace entónces lo que juzga oportuno. ¿No es así?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Hace por esto lo que quiere, si es cierto que lo que hace es malo? ¿Qué respondes á esto?

PÓLUX.

Me parece que no hace lo que quiere.

SÓCRATES.

¿Puede semejante hombre tener *gran* poder en su ciudad, si, segun tu confesion, es un bien el estar revestido de un gran poder?

PÓLUX.

No puede ser.

SÓCRATES.

Por consiguiente, tenia razon al decir que es posible, que un hombre haga en una ciudad lo que juzgue oportuno sin gozar, sin embargo, de un gran poder, ni hacer lo que quiere.

PÓLUX.

¡No parece sino que tú mismo, Sócrates, no preferirias tener la libertad de hacer en la ciudad todo lo que quieras que no tenerla; y como si, cuando vés á alguno que hace morir al que juzga conveniente ó hace que lo despojen de sus bienes, ó que lo echen cadenas, tú no le tuvieses envidia!

SÓCRATES.

¿Supones que en esto obra justa ó injustamente?

PÓLUX.

De cualquiera manera que obre, ¿no es siempre una cosa digna de envidia?

SÓCRATES.

Habla mejor, Pólux.

PÓLUX.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Porque no debe tenerse envidia á aquellos, cuya suerte no puede ser deseada ni áun por los desgraciados; ántes bien debe tenérseles compasion.

PÓLUX.

¿Qué! ¿juzgas de tal modo la condicion de las personas de que hablo?

SÓCRATES.

¿Qué otra idea podria yo formar de ellas?

PÓLUX.

¿Consideras como desgraciado y digno de compasion al que hace morir á otro, porque lo juzga oportuno, y hasta cuando lo condena á la muerte justamente?

SÓCRATES.

Nada de eso; pero tampoco en este caso me parece digno de envidia.

PÓLUX.

¿No acabas de decir que es desgraciado?

SÓCRATES.

Sí, querido mio, lo he dicho de aquel que condena á muerte injustamente, y digo además que es digno de compasion. Respecto al que quita la vida á otro justamente, no debe causar envidia.

PÓLUX.

El hombre que injustamente es condenado á muerte, ¿no es á la vez desgraciado y digno de compasion?

SÓCRATES.

Ménos que el autor de su muerte, Pólux, y ménos aún que aquel que ha merecido morir.

PÓLUX.

¿Cómo así, Sócrates?

SÓCRATES.

Porque el mayor de los males es cometer injusticias.

PÓLUX.

¿Es este mal el más grande? Sufrir una injusticia, ¿no es mucho mayor?

SÓCRATES.

De ninguna manera.

PÓLUX.

¿Querrias más ser víctima de una injusticia que hacerla?

SÓCRATES.

Yo no querria ni lo uno ni lo otro. Pero si fuera absolutamente preciso cometer una injusticia ó sufrirla, preferiria sufrirla á cometerla.

PÓLUX.

¿Es que tú no aceptarías la condicion de tirano?

SÓCRATES.

No, si por tirano entiendes lo mismo que yo.

PÓLUX.

Entiendo que es tirano, como decia ántes, el que tiene el poder de hacer en una ciudad todo lo que juzgue oportuno: matar, desterrar, en una palabra, obrar en todo segun su deseo.

SÓCRATES.

Mi querido amigo, fijate en lo que te voy á decir. Si cuando la plaza pública está llena de gente, y teniendo yo un puñal oculto bajo el brazo, te dijese: me encuentro en este momento, Pólux, revestido de un poder maravilloso é igual al de un tirano; de todos estos hombres que tú ves, el que yo juzgue que debe morir, morirá en el acto; si me parece que debo romper la cabeza á alguno, se la romperé sobre la marcha; si quiero despedazar sus trajes, serán despedazados; tan grande es el poder que tengo en esta ciudad! Si rehusases creerme, y te enseñase yo mi puñal, quizá dirias al verlo: Sócrates, por ese medio no hay nadie que no tenga un gran poder. En igual forma podrias quemar la casa de quien te viniera en mientes; poner fuego á los arsenales de los atenienses, á sus gale-

ras y á todos los buques pertenecientes al público y á los particulares. Pero lo grande del poder no consiste precisamente en hacer lo que se considera oportuno. ¿Lo crees así?

PÓLUX.

No, seguramente, de la manera que acabas de exponer.

SÓCRATES.

¿Me darás la razon que tienes para desechar semejante poder?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Dilo, pues.

PÓLUX.

Porque inevitablemente el que usara de él, seria castigado.

SÓCRATES.

¿Ser castigado no es un mal?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Así, mi querido amigo, dices de nuevo que se tiene un gran poder, cuando, haciendo lo que se juzga oportuno, no se hace nada que no sea ventajoso, y que entónces es una buena cosa. En esto, en efecto, consiste el gran poder; en otro caso es una mala cosa y un poder raquitico. Examinemos aún esto. ¿No convenimos en que algunas veces es lo mejor hacer aquello de que ántes hablábamos, como condenar á muerte á los ciudadanos, desterrarlos, quitarles sus bienes, y que otras no lo es?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Estamos, pues, de acuerdo tú y yo, á lo que parece, sobre este punto.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿En qué casos, dices, que deben hacerse estas cosas? Señálame los límites que pones.

PÓLUX.

Respóndete tú mismo á esa pregunta, Sócrates.

SÓCRATES.

Pues bien, Pólux, puesto que gustas más saber en este punto mi pensamiento, digo que es un bien cuando se las hace justamente, y un mal cuando se las hace injustamente.

PÓLUX.

Verdaderamente es difícil refutarte, Sócrates! ¿No te probaría un niño que no dices verdad?

SÓCRATES.

Yo se lo agradecería á ese niño, y no te estaré ménos obligado, si me refutas y me libras de mis extravagancias. No te detengas en hostigar á un hombre, que sabes que te ama; por favor, demuéstrame que no tengo razon.

PÓLUX.

No hay necesidad, Sócrates, de recurrir para esto á sucesos antiguos. Lo que ha pasado ayer y antes de ayer basta para confundirte, y para demostrar que muchos hombres culpables de injusticia, son dichosos.

SÓCRATES.

¿Cuáles son esos sucesos?

PÓLUX.

Ya ves á Arquelao, hijo de Pérdicas, rey de Macedonia.

SÓCRATES.

Si no lo veo, por lo ménos oigo hablar de él.

PÓLUX.

¿Y qué te parece? ¿es dichoso ó desgraciado?

SÓCRATES.

Yo no sé de esto nada, Pólux; no he tenido con él ninguna conversacion.

PÓLUX.

¡Pero qué! ¿No puedes saber lo que es, sin haber conversado con él; y no puedes conocer por otro medio y desde aquí mismo, si es dichoso?

SÓCRATES.

No, ciertamente.

PÓLUX.

Evidentemente, Sócrates, dirás que ignoras de igual modo si el gran rey es dichoso.

SÓCRATES.

Y diré la verdad; porque ignoro el estado de su alma con relacion á la ciencia y á la justicia.

PÓLUX.

¡Pues qué! ¿Es cosa que toda la felicidad consiste en eso?

SÓCRATES.

Sí, en mi opinion, Pólux. Sostengo que el que tiene probidad y virtud, hombre ó mujer, es dichoso; y que el que es injusto y malo es desgraciado.

PÓLUX.

Entónces este Arquelao, de que he hablado, ¿es desgraciado segun tú?

SÓCRATES.

Sí, mi querido amigo, si es injusto.

PÓLUX.

¿Y cómo no ha de ser injusto un hombre, que ningun derecho tiene al trono que ocupa, habiendo nacido de una madre, esclava de Alcetas, hermano de Pérdicas? ¿Un hombre que, segun las leyes, era esclavo de Alcetas, á quien debió servir en este concepto, si hubiera querido llenar los deberes de la justicia, haciéndose así dichoso, segun tú supones? Mientras que hoy se ha hecho so-

beranamente desgraciado, puesto que ha cometido los mayores crímenes; porque habiendo enviado á buscar á Alcetas, su amo y su tío, como para entregarle la autoridad de que Pérdicas le habia despojado, le recibió en su casa, embriagó á él y á su hijo Alejandro, que era primo suyo y como de la misma edad, y habiéndoles metido en un calabozo y trasportado de noche fuera de palacio, hizo degollar á ambos, desembarazándose de esta manera de ellos. Cometido este crimen, ni se apercibió de la extrema desgracia en que se habia sumido, ni sintió el menor remordimiento; en términos que poco tiempo despues, léjos de procurar hacerse dichoso, cuidando, como era justo, de la educacion de su hermano, hijo legítimo de Pérdicas, de edad de siete años, y á quien pertenecia la corona de derecho, léjos de dársela, le arrojó á un pozo, despues de haberle estrangulado; y dijo á su madre Cleopatra, que habia caido al pozo por perseguir un ganso, y que se habia ahogado. Así, pues, habiendo cometido más crímenes que ningun hombre de Macedonia, es hoy día, no el más dichoso, sino el más desgraciado de todos los macedonios. Y quizá hay más de un ateniense, comenzando por tí, que preferiria la condicion de cualquiera otro macedonio á la de Arquelao.

SÓCRATES.

Desde el principio de esta conversacion, Pólux, yo he reconocido con gusto que eres hombre muy versado en la Retórica; pero te he dicho que habias despreciado el arte de discutir. ¿Son estas las razones, con las que un niño me refutaria, y al parecer crees que has destruido con ellas lo que yo he sentado: que el hombre injusto no es dichoso? Por dónde? Querido mio; yo no te concedo nada absolutamente de lo que has dicho.

PÓLUX.

Es porque no quieres; por lo demás, piensas como yo.

Me admiro al ver que intentas refutarme con argumentos de Retórica, como los que producen los abogados ante los tribunales. Allí, en efecto, un abogado se imagina haber refutado á otro, cuando ha presentado un gran número de testigos, mayores de toda excepción, para probar la verdad que alega y que la parte contraria no ha producido sino uno solo ó ninguno. Pero esta especie de refutacion no sirve de nada para descubrir la verdad; porque algunas veces un acusado puede ser condenado injustamente por la deposicion de muchos testigos, que parezcan ser de algun peso. Y así sucederia en el presente caso, puesto que todos los atenienses y los extranjeros serán de tu dictámen respecto de las cosas que refieres, y si quieres producir contra mí testimonios de ese género para probarme que la verdad no está de mi parte, tendrás cuando quieras por testigos á Nicías, hijo de Nice-rate, y sus hermanos, que han dado esos tripodes que se ven colocados en el templo de Baco; tienes tambien, si quieres, á Aristócrates hijo de Scellios, de quien es esta preciosa ofrenda que se ve en el templo de Apolo Pitio; tendrás igualmente toda la familia de Pericles, y cualquiera otra familia de Atenas, á tu eleccion. Pero yo, aunque sea solo, soy de otro parecer, porque nada me dices que me obligue á variarle; sino que al producir contra mí una multitud de testigos, lo que intentas es despojarme de mi bien y de la verdad. Respecto á mí, no creo haber dicho nada que merezca la pena sobre el objeto de nuestra disputa, si no te obligo á tí mismo á dar testimonio de la verdad de lo que digo; y á la vez tú tampoco has adelantado nada contra mí, si yo, solo como estoy, no depongo en tu favor; no debiendo tú tener en cuenta para nada absolutamente el testimonio de los otros. Hé aquí dos maneras de refutar: la una, que tienes por buena y contigo otros muchos; la otra, que es la que á mi vez

juzgo yo tal. Comparémoslas entre sí, y veamos si no difieren en nada; porque los puntos acerca de los que no estamos de acuerdo, no son de escasa importancia; por el contrario, no hay quizá ninguno más digno de ser sabido, ni que sea más vergonzoso el ignorarlo, puesto que el punto capital á que ellos conducen, es á saber ó ignorar quién es dichoso ó desgraciado. Y volviendo al objeto de nuestra disputa, pretendes, en primer lugar, que es posible que, siendo uno injusto, sea feliz en el seno mismo de la injusticia; puesto que crees que Arquelaos, aunque injusto, no es por eso ménos dichoso. ¿No es esta la idea que debemos formar de tu manera de pensar?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Y yo sostengo que eso es imposible. Hé aquí un primer punto, sobre el cual no estamos conformes. Sea así. Pero el culpable, ¿será dichoso, si se le hace justicia y es castigado?

PÓLUX.

Nada de eso; por el contrario, si estuviese en este caso, sería muy desgraciado.

SÓCRATES.

Si el culpable escapa al castigo que merece, ¿será dichoso segun tu doctrina?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y yo pienso que el hombre injusto y criminal es desgraciado en todos conceptos; pero que lo es más, si no sufre ningun castigo, y si sus crímenes quedan impunes; y que lo es ménos, si recibe, de parte de los hombres y de los dioses, el justo castigo de sus crímenes.

PÓLUX.

Sócrates, sostiene las paradojas más extrañas.

SÓCRATES.

Voy á intentar, querido mio, hacerte decir lo mismo que yo, porque te tengo por mi amigo. Hé aquí, pues, los objetos acerca de los que no conforman nuestros pareceres. Júzgalo tú mismo. He dicho ántes, que cometer una injusticia es un mal mayor que sufrirla.

PÓLUX.

Es cierto.

SÓCRATES.

Y tú sostienes que es un mal mayor sufrirla.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

He dicho que los que obran injustamente son desgraciados, y tú me has combatido.

PÓLUX.

Sí, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

A juzgar por lo que tú crees.

PÓLUX.

Y probablemente tengo razon para creerlo.

SÓCRATES.

A la vez tú tienes á los hombres malos por dichosos, cuando no sufren el castigo debido á su injusticia.

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y yo digo que son muy desgraciados; y que los que sufren el castigo, que merecen, lo son ménos. ¿Quieres tambien refutar esto?

PÓLUX.

Esa asercion es aún más difícil de refutar que la precedente, Sócrates.

SÓCRATES.

Nada de eso, Pólux; una empresa imposible sí que es, porque la verdad no se refuta nunca.

PÓLUX.

¿Qué es lo que dices? ¿Cómo! ¿Un hombre que, sorprendido en un crimen, como el de aspirar á la tiranía, es sometido al tormento, se le despedaza, se le queman los ojos, se le hace sufrir padecimientos sin medida, sin número, y de toda especie, ve sufrir otro tanto á su mujer y á sus hijos, y por último, muere en una cruz, ó empapado en resina, ó es quemado vivo; este hombre será más dichoso que si, escapando á estos suplicios, se hiciese tirano, fuese durante toda su vida dueño de la ciudad, haciendo lo que quisiere, siendo objeto de envidia para sus conciudadanos y para los extranjeros, y considerado como dichoso por todo el mundo? ¿Y pretendes que es imposible refutar semejantes absurdos?

SÓCRATES.

Intentas acobardarme con palabras huecas, valiente Pólux, pero no me refutas; y luego tendrás que apelar á los testigos para que te auxilien. Sea lo que quiera, recordemos una pequeña indicacion: ¿has supuesto que ese hombre aspiraba injustamente á la tiranía?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Siendo así, el uno no será más dichoso que el otro, ni el que ha conseguido apoderarse injustamente de la tiranía, ni el que ha sido castigado; porque no puede suceder tratándose de dos desgraciados que el uno sea más feliz que el otro. Pero el más desgraciado de los dos es el que ha escapado á la pena y ha alcanzado la tiranía. ¿Por qué te ries, Pólux? ¿Vaya un modo de refutar! Reirse cara á cara de un hombre sin alegar ninguna razon contra lo que asienta.

PÓLUX.

¿No te crees suficientemente refutado, Sócrates, cuando supones cosas que ningun hombre sostendrá nunca? Pregunta sino á cualquiera de los que están presentes.

SÓCRATES.

No me cuento entre los hombres consagrados á la política, Pólux: y el año pasado, habiéndome hecho la suerte senador, cuando á mi tribu tocó presidir las asambleas del pueblo, me fué preciso recoger los votos de los concurrentes, y me puse en ridículo, porque no sabia cómo manejarme. Y así no me hables de recoger votos de los que están presentes; y si, como ya te he dicho, no tienes mejores argumentos que oponerme, déjame interrogarte á mi vez é intenta refutarme á mi manera, que creo es lo procedente. Yo no sé presentar más que un solo testigo en defensa de lo que digo, y ese testigo es el mismo con quien converso, no teniendo en cuenta para nada la multitud. No busco otro voto que el suyo, y ni áun dirijo la palabra á la muchedumbre. Mira, pues, si consientes por tu parte en que yo te refute, comprometiéndote á responder á mis preguntas. Porque estoy convenido de que tú y yo y todos los hombres, todos pensamos, que es un mal mayor cometer una injusticia que sufrirla; así como el no ser castigado por sus crímenes lo es también más que el ser castigado por ellos.

PÓLUX.

Yo sostengo, por el contrario, que esa no es mi opinion ni la de nadie. Tú mismo ¿preferirias que se te hiciese una injusticia á hacerla tú á otro?

SÓCRATES.

Sí, y tú lo mismo y todo el mundo.

PÓLUX.

Muy léjos de eso; ni tú, ni yo, ni nadie es de ese parecer.

SÓCRATES.

Pero ¿quieres responderme?

PÓLUX.

Consiento en ello, porque tengo gran curiosidad por saber lo que vas á decir.

SÓCRATES.

Si quieres saberlo, respóndeme, Pólux, como si comenzase por primera vez á interrogarte. ¿Cuál es el mayor mal, á juicio tuyo: hacer una injusticia ó sufrirla?

PÓLUX.

Sufrirla, en mi opinion.

SÓCRATES.

¿Qué es más feo: hacer una injusticia ó sufrirla? Responde.

PÓLUX.

Hacerla.

SÓCRATES.

Si eso es lo más feo, es igualmente un mal mayor.

PÓLUX.

Nada de eso.

SÓCRATES.

Entiendo. ¿No crees, á lo que parece, que lo bello y lo bueno, lo malo y lo feo sean la misma cosa?

PÓLUX.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Y qué dices de esto? Todas las cosas bellas relativas al cuerpo, colores, figuras, sonidos, profesiones, ¿las llamas bellas sin tener nada en cuenta? Y comenzando por los cuerpos bellos, cuando dices que son bellos, ¿no es ó con relacion á su uso, á causa de la utilidad que se puede sacar de cada uno, ó en vista de un cierto placer, cuando su aspecto produce un sentimiento de alegría en el alma de los que los miran? Fuera de esta, ¿hay alguna otra razon que te haga decir que un cuerpo es bello?

POLUX.

Yo no conozco otras.

SÓCRATES.

¿No llamas, en igual forma, bellas todas las otras cosas, figuras, colores, en razon del placer ó de la utilidad que proporcionan, ó de lo uno y de lo otro á la vez?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con los sonidos y con todo lo que pertenece á la música?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

De igual modo, lo bello, en las leyes y en otras cosas de la vida, no lo es por otra razon que porque es útil ó agradable ó por ambas cosas á la vez.

PÓLUX.

Así me parece.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con relacion á la belleza de las ciencias?

PÓLUX.

Sin duda; y defines bien lo bello, Sócrates, diciendo que es lo bueno ó lo agradable.

SÓCRATES.

¿Lo feo, entónces, estará bien definido por las dos contrarias, diciendo que es lo doloroso y lo malo?

PÓLUX.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Si de dos cosas bellas, una es más bella que otra, ¿no es porque la sobrepaja en placer, ó en utilidad, ó en ambas cosas?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y si de dos cosas feas, una es más fea que otra, será porque causa más dolor, ó más mal, ó ambas cosas. ¿No es necesario que sea así?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Veamos ahora. ¿Qué decíamos ántes tocante á la injusticia hecha ó recibida? ¿No decias tú, que es más malo sufrir una injusticia, y más feo cometerla?

PÓLUX.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pues si es más feo hacer una injusticia que recibirla, es porque es más penoso, y causa más dolor, ó porque es un mayor mal, ó por ambas cosas á la vez. ¿No es necesario que sea así?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Examinemos, en primer lugar, si es más doloroso cometer una injusticia que sufrirla, y si los que la hacen sienten más dolor que los que la sufren.

PÓLUX.

De ninguna manera, Sócrates.

SÓCRATES.

La accion de cometer una injusticia no sobrepuja entónces á la otra en cuanto al dolor.

PÓLUX.

No.

SÓCRATES.

Si es así, tampoco la sobrepuja en cuanto al dolor y al mal á la vez.

PÓLUX.

No me parece.

SÓCRATES.

Resta que la sobrepuje bajo el otro aspecto.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Bajo el aspecto del mal, ¿no es así?

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

Puesto que la sobrepuja en cuanto al mal, es más malo hacer una injusticia que sufrirla.

PÓLUX.

Es evidente.

SÓCRATES.

La mayor parte de los hombres ¿no lo reconocen?; y tú mismo ¿no has confesado que es más feo cometer una injusticia que sufrirla?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿No acabamos de ver que es una cosa más mala?

PÓLUX.

Parece que sí.

SÓCRATES.

¿Preferirías tú lo que es más feo y más malo á lo que es ménos? No tengas reparo en responder, Pólux; que ningún mal te va á resultar; al contrario, entrégate sin temor á esta discusion como á un médico; responde, y confiesa ó niega lo que te pregunto.

PÓLUX.

No lo preferiria, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Hay alguien en el mundo que lo prefiera?

PÓLUX.

Me parece que no; por lo ménos, teniendo en cuenta lo que acabamos de decir.

SÓCRATES.

Luego tenia yo razon cuando decia que ni tú, ni yo, ni nadie preferiria hacer una injusticia á sufrirla, porque es una cosa más mala.

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

Ya ves ahora, Pólux, que si comparas tu manera de refutar con la mia, en nada se parecen. Todos los demás te conceden lo que asientas, excepto yo. Á mí me basta tu sola confesion, tu solo testimonio; yo no recojo otros votos que el tuyo, y me cuido poco de lo que los demás piensan. Quede, pues, sentado este punto. Pasemos al examen del otro, sobre el que no estamos de acuerdo; á saber, si el ser castigado por las injusticias que se han cometido es el mayor de los males, como tú pensabas; ó si es un mayor mal gozar de la impunidad, como yo creia. Procedamos de esta manera. Sufrir la pena por una injusticia cometida y ser castigado con razon, ¿no son para tí una misma cosa?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Podrás negarme que todo lo que es justo, en tanto que es justo, es bello? Fíjate y reflexiona ántes de responder.

PÓLUX.

Me parece que así es, Sócrates.

SÓCRATES.

Atiende ahora á esto. Cuando alguno hace una cosa, ¿no es necesario que haya un paciente que corresponda á este agente?

PÓLUX.

Lo pienso así.

SÓCRATES.

Lo que el paciente sufre, ¿no es lo mismo y de la misma naturaleza que lo que hace el agente? Hé aquí lo que quiero decir: si alguno hiere, ¿no es necesario que una cosa sea herida?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

Si hiere mucho ó hiere de pronto, ¿no es necesario que la cosa sea herida en la misma forma?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Lo que es herido experimenta, por lo tanto, una pasión de la misma naturaleza que la acción del que hiere.

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

En igual forma, si alguno quema, es necesario que una cosa sea quemada.

PÓLUX.

No puede ser de otra manera.

SÓCRATES.

Y si quema mucho ó de una manera dolorosa, que la cosa sea quemada precisamente de la manera como se la quema.

PÓLUX.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

Lo mismo sucede si una cosa corta, porque precisamente ha de haber otra cosa cortada.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Y si la cortadura es grande y profunda ó dolorosa, la cosa cortada lo es exactamente de la manera como se la corta.

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

En una palabra, veamos si concedes, respecto á cualquiera otra cosa, lo que acabo de decir; esto es, que lo que hace el agente, lo sufre el paciente tal como el agente lo hace.

PÓLUX.

Lo confieso.

SÓCRATES.

Hechas estas confesiones, dime si ser castigado es sufrir ú obrar.

PÓLUX.

Necesariamente es sufrir, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Y procede de algun agente sin duda?

PÓLUX.

No hay para qué decirlo; procede del que castiga.

SÓCRATES.

El que castiga con razon, ¿no castiga justamente?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Hace, obrando así, una accion justa ó nó?

PÓLUX.

Hace una accion justa.

SÓCRATES.

De manera que el castigado, cuando se le castiga, sufre una accion justa.

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

¿No hemos reconocido que todo lo que es justo es bello?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Lo que hace la persona que castiga y lo que sufre la persona castigada, es por consiguiente bello.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Pero lo que es bello es al mismo tiempo bueno, porque ó es agradable ó es útil.

PÓLUX.

Necesariamente.

SÓCRATES.

Así, lo que sufre el que es castigado, es bueno.

PÓLUX.

Parece que sí.

SÓCRATES.

Le es, por consiguiente, de alguna utilidad.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Y esta utilidad es como yo la concibo; es decir, que consiste en hacerse mejor en cuanto al alma, si es cierto que es castigado con razón.

PÓLUX.

Es probable.

SÓCRATES.

Por lo tanto, el que es castigado se ve libre de la maldad, que está en su alma.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿No es librado por lo mismo del mayor de los males?

Examina la cosa bajo este punto de vista. ¿Conoces, con relacion á la riqueza, otro mal mayor para el hombre que la pobreza?

PÓLUX.

No conozco otro.

SÓCRATES.

Y con relacion á la constitucion del cuerpo, ¿no llamas mal á la debilidad, á la enfermedad, á la fealdad y de las demás cosas análogas?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Piensas, sin duda, que el alma tiene tambien sus males?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Estos males, ¿no son los que llamas injusticia, ignorancia, cobardía y otros defectos semejantes?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

A estas tres cosas, la riqueza, el cuerpo y el alma, corresponden en tu opinion tres males: la pobreza, la enfermedad y la injusticia.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

De estos tres males, ¿cuál es el más feo? ¿No es la injusticia, ó para decirlo en una palabra, el vicio del alma?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si es el más feo, ¿no es el más malo?

PÓLUX.

¿Cómo entiendes eso, Sócrates?

SÓCRATES.

De esta manera. Como consecuencia de los precedentes, en que estamos de acuerdo, lo más feo es siempre tal, ó porque causa el más grande dolor ó el más grande daño, ó por ambos motivos á la vez.

PÓLUX.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿Pero no acabamos de reconocer, que la injusticia, y lo mismo todo vicio del alma, es lo más feo posible?

PÓLUX.

En efecto, así lo hemos reconocido.

SÓCRATES.

¿Y no lo es tal, ó porque no hay nada más doloroso, ó porque no hay nada más dañoso, ó por una y otra razon á la vez?

PÓLUX.

Necesariamente.

SÓCRATES.

¿Pero es más doloroso ser injusto, intemperante, cobarde ó ignorante, que ser indigente ó enfermo?

PÓLUX.

Me parece que no, Sócrates, teniendo en cuenta lo dicho.

SÓCRATES.

El vicio del alma no es, por consiguiente, el más feo sino porque supera á los otros en daño y en mal de un modo extraordinario y todo lo que es posible, puesto que no los supera en cuanto al dolor.

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

Pero lo que supera á todo en cuanto al daño, es el más grande de todos los males.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Luego la injusticia, la intemperancia y los demás vicios del alma son los más grandes de todos los males.

PÓLUX.

Parece que sí.

SÓCRATES.

¿Qué arte nos libra de la pobreza? ¿No es la economía?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y de la enfermedad? ¿No es la medicina?

PÓLUX.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

¿Y de la maldad y de la injusticia? Si no lo entiendes así, lo diré de otra manera. ¿Dónde y á casa de quién conducimos nosotros al que está enfermo?

PÓLUX.

A casa de los médicos, Sócrates.

SÓCRATES.

¿A dónde son conducidos los que se abandonan á la injusticia y al libertinaje?

PÓLUX.

Quieres decir probablemente que á casa de los jueces.

SÓCRATES.

¿No es para que se les castigue?

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

Los que castigan con razon, ¿no siguen en esto las reglas de una cierta justicia?

PÓLUX.

Es evidente.

SÓCRATES.

Así la economía libra de la indigencia, la medicina de la enfermedad, la justicia de la intemperancia y de la injusticia (1).

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Pero de estas tres cosas de que hablas; ¿cuál es la más bella?

PÓLUX.

¿Qué cosas?

SÓCRATES.

La economía, la medicina y la justicia.

PÓLUX.

La justicia supera en mucho á las otras, Sócrates.

SÓCRATES.

Puesto que es la más bella, lo es porque proporciona un más grande placer ó una mayor utilidad, ó por ambas cosas.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿Es cosa agradable ponerse en manos de los médicos?
¿Y el tratamiento que se da á los enfermos, les causa placer?

PÓLUX.

Yo no lo creo.

SÓCRATES.

Pero es una cosa útil, ¿no es así?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Porque libra de un gran mal; de suerte que es ventajoso sufrir el dolor á fin de recobrar la salud.

(1) Se trata aquí de la justicia en tanto que corrige y castiga; δίκη.

PÓLUX.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿El hombre, que en este estado se entrega en manos de los médicos, se halla en la situación más dichosa posible con relación al cuerpo? ¿Ó es más bien el dichoso el que no está enfermo?

PÓLUX.

Es evidente que el segundo es más feliz.

SÓCRATES.

En efecto, la felicidad no consiste, al parecer, en verse curado del mal, sino en no tenerlo.

PÓLUX.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero de dos hombres enfermos, en cuanto al cuerpo ó en cuanto al alma, ¿cuál es el más desgraciado, aquel á quien se cuida, curándole de su mal; ó aquel á quien no se pone en cura y que continúa con su mal?

PÓLUX.

Me parece que es más desgraciado aquel á quien no se pone en cura.

SÓCRATES.

Así el castigo proporciona el verse libre del mayor de los males, de la maldad.

PÓLUX.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Porque obliga á volver en sí y hacerse justo; como que el castigo es la medicina del alma.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

El más dichoso, por consiguiente, es aquel, que impide absolutamente la entrada del mal en su alma; puesto

que hemos visto, que este mal es el mayor de todos los males.

PÓLUX.

Es evidente.

SÓCRATES.

Después lo es el que se ha libertado de él.

PÓLUX.

Probablemente.

SÓCRATES.

El mismo que ha recibido consejos, reprensiones ó sufrido castigos.

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Por consiguiente, el que abriga en sí la injusticia y no se libra de ella, es el que pasa una vida más desgraciada.

PÓLUX.

Es lo más probable.

SÓCRATES.

¿Semejante hombre no es aquel, que habiéndose hecho culpable de los más grandes crímenes, y permitiéndose las más terribles injusticias, prescinde y evita las reprensiones, las correcciones y los castigos? Tal es, según decías, la situación de Arquelao, la de los demás tiranos, la de los oradores, y la de todos los que gozan de un gran poder.

PÓLUX.

Parece que sí.

SÓCRATES.

Verdaderamente, mi querido Pólux, todas estas gentes hacen lo que aquel, que viéndose acometido de las enfermedades más graves, hallase el medio de no sufrir que los médicos le aplicaran el tratamiento oportuno para curar los vicios de su cuerpo, ni usase remedios, temiendo

como un niño la aplicacion del hierro ó del fuego por el mal que causan. ¿No te parece que es así?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

La raíz de semejante conducta está sin duda en la ignorancia de las ventajas de la salud y de la buena constitucion del cuerpo; y parece, si tenemos en cuenta nuestras precedentes concesiones, que los que huyen del castigo se conducen de la misma manera, mi querido Pólux; ven lo que el castigo tiene de doloroso, pero están á ciegas en cuanto á su utilidad; ignoran cuánto más lamentable es vivir con un alma, no sana, sino corrompida, y además injusta é impía, que con un cuerpo enfermo. Por esta razon hacen los mayores esfuerzos para escapar al castigo y para no verse libres del mayor de los males; y sólo piensan en amontonar riquezas, procurarse amigos y en adquirir el talento de la palabra y de la persuasion. Pero si todo aquello en que estamos de acuerdo es cierto, Pólux, ¿ves ya lo que resulta de este discurso? ¿Ó quieres que deduzcamos juntos las conclusiones?

PÓLUX.

Consiento en ello, á no ser que tú pienses otra cosa.

SÓCRATES.

¿No se sigue de aquí, que la injusticia es el más grande de los males?

PÓLUX.

Por lo ménos, así me lo parece.

SÓCRATES.

¿No hemos visto que mediante el castigo nos libramos de este mal?

PÓLUX.

Ciertamente.

SÓCRATES.

¿Y que la impunidad no hace más que mantenerle?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

Cometer la injusticia no es, pues, más que el segundo mal en cuanto á la magnitud; pero cometerla y no ser castigado, es el primero y el más grande de los males.

PÓLUX.

Así parece.

SÓCRATES.

Mi querido amigo, ¿no era este el punto sobre el que no opinábamos lo mismo? Considerabas como dichoso á Arquelao, porque despues de haberse hecho culpable de los mayores crímenes, no sufría ningun castigo; y yo sostenía, por el contrario, que á Arquelao, y lo mismo á otro cualquiera que no sufre castigo por las injusticias que comete, debe tenérsele por infinitamente más desgraciado que ningun otro; que el autor de una injusticia es siempre más desgraciado que el que la sufre; y el hombre malo, que queda impune, más que el que sufre el castigo. ¿No es esto lo que yo decia?

PÓLUX.

Sí.

SÓCRATES.

¿No resulta demostrado que la verdad estaba de mi parte?

PÓLUX.

Me parece que sí.

SÓCRATES.

Enhorabuena. Pero si esto es cierto, Pólux, ¿cuál es entonces la gran utilidad de la Retórica? Porque es una consecuencia de nuestros razonamientos, que es preciso ante todo abstenerse de toda accion injusta, porque es en sí un gran mal. ¿No es esto?

PÓLUX.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y que si se ha cometido una injusticia, sea por uno mismo, sea por una persona que nos interese, es preciso presentarse en el sitio, donde lo más pronto posible pueda recibir la correccion conveniente, é ir apresuradamente en busca del juez, como si fuera un médico, no sea que la enfermedad de la injusticia, llegando á estacionarse en el alma, engendre en ella una corrupcion secreta, que se haga incurable. ¿Qué otra cosa podemos decir, Pólux, si mantenemos las doctrinas que hemos dejado sentadas? ¿No es necesario que lo que digamos concuerde con lo que hemos sentado ántes, y que no pueda pasarse por otro camino?

PÓLUX.

En efecto, ¿cómo es posible hablar de otro modo, Sócrates?

SÓCRATES.

La Retórica, Pólux, no nos es de ningun uso para defender, en caso de injusticia, nuestra causa, como tampoco la de nuestros padres, de nuestros amigos, de nuestros hijos, de nuestra patria: yo no veo que sea útil para otra cosa que para acusarse á sí mismo ántes que nadie, y en seguida á sus parientes y amigos tan pronto como hayan cometido alguna injusticia; para no ocultar el crimen, ántes bien para exponerlo á la luz del dia, á fin de que el culpable sea castigado y recobre la salud. En este caso seria preciso elevarse por cima de todos, haciéndose violencia, desechando todo temor, y entregarse á cierra ojos y con corazon firme, como se entrega al médico para sufrir las incisiones y quemaduras, para consagrarse á la prosecucion de lo bueno y de lo honesto, sin tener en cuenta el dolor; de suerte que si la falta que se ha cometido merece latigazos, se presente á recibirlos; si hierros, tienda las manos á las cadenas; si una multa, la pague; si destierro, se condene á él; y si la muerte, la sufra;

que sea el primero á deponer contra sí mismo y contra los suyos; que no se favorezca á sí propio; y que para todo esto se valga de la Retórica, á fin de que, mediante la manifestacion de sus crímenes, llegue á verse libre del mayor de los males, de la injusticia. ¿Concederemos todo esto Pólux, ó lo negaremos?

PÓLUX.

Todo esto me parece muy extraño, Sócrates. Sin embargo, quizá es una consecuencia de lo que hemos dicho ántes.

SÓCRATES.

Efectivamente, ó hemos de echar abajo nuestros anteriores razonamientos, ó convenir en que esto es lo que resulta de ellos necesariamente.

PÓLUX.

Sí, así es la verdad.

SÓCRATES.

Se observará una conducta diametralmente opuesta, cuando se quiera causar mal á alguno, sea enemigo ó quien quiera que sea. Es preciso no exponerse á los tiros de su enemigo y tratar de prevenirse contra ellos. Pero si él comete una injusticia para con otro, es preciso hacer los mayores esfuerzos de palabra y de hecho, para sustraerle al castigo, é impedir que comparezca ante los jueces; y en caso de que comparezca, hacer lo posible para librarle de la pena; de manera que si ha robado una gran cantidad de dinero, no la vuelva, que la guarde y la emplee en gastos impíos é injustos, para su uso y el de sus amigos; que si su crimen merece la muerte, no la sufra; y si puede ser, que no muera nunca, sino que permanezca malvado y se haga inmortal; y sino que viva en el crimen todo el tiempo que sea posible. Hé aquí, Pólux, para lo que la Retórica me parece útil; porque para aquel, que no está en el caso de hacer ninguna injusticia, yo no veo que le pueda ser de una gran utilidad, si es

que alguna puede prestar, pues segun vimos ántes, la Retórica para nada es buena.

CALLICLES.

Dime, Querefón, ¿Sócrates habla seriamente ó se burla?

QUEREFÓN.

Me parece, Calicles, que habla muy seriamente; pero nada más sencillo que preguntárselo.

CALLICLES.

¡Por todos los dioses! tienes razon; como que tengo deseos de hacerlo. Sócrates, dime, ¿creeremos que has hablado seriamente de todo esto, ó que ha sido un puro pasatiempo? Porque si hablas con sinceridad y lo que dices es verdad, la conducta que todos los presentes observamos, ¿qué otra cosa es que un trastorno del orden y una serie de acciones contrarias, al parecer, á nuestros deberes?

SÓCRATES.

Si los hombres, Calicles, estuviesen todos sujetos á las mismas pasiones, éstos de una manera, aquellos de otra, pero teniendo cada uno de nosotros su pasion particular, diferente de la de los demás, no seria fácil hacer conocer á otro lo que uno mismo experimenta. Digo esto, pensando en que tú y yo nos vemos en este momento afectados de la misma manera, y que ambos amamos dos cosas: yo á Alcibiades, hijo de Clinias, y á la filosofía; tú al pueblo de Atenas y al hijo de Pirilampo. Observo todos los dias que por más elocuente que seas, cualidad que yo te reconozco, cuando los objetos de tu amor son de otro dictámen que tú, cualquiera que sea su manera de pensar, no tienes fuerza para contradecirles, y que á placer suyo pasas de lo blanco á lo negro. En efecto, cuando hablas á los atenienses reunidos, si sostienen que las cosas no son como tú dices, mudas en el momento de opinion para conformarte con lo que dicen. Lo mismo te

sucede con respecto al precioso jóven, al hijo de Piri-lampo. No puedes resistir ni á sus deseos ni á sus discursos, de suerte que si alguno, testigo del lenguaje que empleas ordinariamente para complacerle, se sorprendiese y le encontrase absurdo, tú le responderias, si querias decir la verdad, que mientras el objeto de tus amores y el pueblo no muden de opinion, tú no dejarias de hablar como hablas. Pues bien, figúrate que la misma respuesta debes esperar de mí, y en lugar de asombrarte de mis discursos, lo que debes hacer es comprometer á la filosofía, que son mis amores, á que no me inspire eso mismo. Porque ella es, mi querido amigo, la que dice lo que me has oido, y es mucho ménos atolondrada que el otro objeto de mis amores. El hijo de Clinias habla tan pronto de una manera como de otra; pero la filosofía usa siempre el mismo lenguaje. Lo que te parece en este momento tan extraño, procede de ella; y tú has oido sus razonamientos. Por lo tanto, ó refuta lo que decia ella ántes por mi boca, ó prueba que cometer injusticias y vivir en la impunidad, despues de haberlas cometido, no es el colmo de todos los males; ó si dejas subsistir esta verdad en toda su fuerza, te juro por el Can (1), dios de los egipcios, que Callicles no se pondrá de acuerdo consigo mismo, y pasará su vida en una contradiccion perpétua. Sin embargo, me tendria mucha más cuenta, á mi parecer, que la lira de que haya de servirme esté mal construida y poco de acuerdo consigo misma; que el coro de que haya de valerme esté desentonado; y que la mayor parte de los hombres, en vez de pensar como yo, pensasen lo contrario; que no el estar en desacuerdo conmigo mismo, y obligado á contradecirme.

CALLICLES.

Me parecé, Sócrates, que sales triunfante en tus dis-

(1) El perro Anubis.

cursos, como si fueras un declamador popular. Toda tu declamacion se funda en que á Pólux ha sucedido lo mismo que él decia que habia acontecido á Gorgias contigo. Ha dicho, en efecto, que cuando tú preguntaste á Gorgias si, en el supuesto de que alguno hubiera de ponerse bajo su direccion para aprender la Retórica, sin tener conocimiento alguno de la justicia, le enseñaria lo que era esta justicia. Gorgias, no atreviéndose á confesar la verdad, respondió que se lo enseñaria, diciendo esto á causa del uso recibido entre los hombres, que tendrian por malo que se respondiera lo contrario; que esta respuesta habia puesto á Gorgias en contradiccion consigo mismo, y que tú te habias complacido mucho de ello; en una palabra, me pareció que se burlaba de tí con razon en este punto. Pero hé aquí que él se encuentra ahora en el mismo caso que Gorgias. Yo te confieso que de ninguna manera estoy satisfecho de Pólux en el hecho de haberte concedido que es más feo hacer una injusticia que sufrirla; pues por haberte hecho esta confesion se ha visto embarazado en la disputa, y tú le has cerrado la boca, porque no se ha atrevido á hablar segun lo que piensa.

En efecto, Sócrates, con el pretexto de buscar la verdad, segun tú dices, empeñas á aquellos con quienes hablas en cuestiones propias de un declamador, y que tienen por objeto lo bello, no segun la naturaleza, sino segun la ley. Pero en la mayor parte de las cosas la naturaleza y la ley se oponen entre sí; de donde resulta, que si uno se deja llevar de la vergüenza y no se atreve á decir lo que piensa, se ve obligado á contradecirse. Tú has percibido esta sutil distincion, y la haces servir para tender lazos en la discusion. Si alguno habla de lo que pertenece á la ley, tú le interrogas sobre lo que se refiere á la naturaleza; y si habla de lo que está en el orden de la naturaleza, tú le interrogas sobre lo que está en el orden de la ley. Es lo que acabas de hacer con motivo de

la injusticia sufrida y cometida. Pólux hablaba de lo que es mas feo en este género, consultando la naturaleza. Tú, por el contrario, te agarraste á la ley. Segun la naturaleza, todo aquello que es más malo es igualmente más feo. Sufrir, por tanto, una injusticia, es más feo que hacerla; pero segun la ley es más feo cometerla. Y en efecto, sucumbir bajo la injusticia de otro no es hecho propio de un hombre, sino de un vil esclavo, para quien es más ventajoso morir que vivir, cuando, sufriendo injusticias y afrentas, no está en disposicion de defenderse á sí mismo, ni á las personas por las que tenga interés.

Respecto á las leyes, como son obra de los más débiles y del mayor número, á lo que yo pienso, no han tenido al formarlas en cuenta más que á sí mismos y á sus intereses, y no aprueban ni condenan nada sino con esta única mira. Para atemorizar á los fuertes, que podrian hacerse más é impedir á los otros que llegaran á serlo, dicen que es cosa fea é injusta tener alguna ventaja sobre los demás, y que trabajar por llegar á ser más poderoso es hacerse culpable de injusticia. Porque siendo los más débiles, creo que se tienen por muy dichosos, si todos están por un rasero. Por esta razon es injusto y feo, en el orden de la ley, tratar de hacerse superior á los demás, y se ha dado á esto el nombre de injusticia. Pero la naturaleza demuestra, á mi juicio, que es justo que el que vale más tenga más que otro que vale ménos, y el más fuerte más que el más débil. Ella hacer ver en mil ocasiones que esto es lo que sucede, tanto respecto de los animales como de los hombres mismos, entre los cuales vemos Estados y Naciones enteras, donde la regla de lo justo es que el más fuerte mande al más débil y que posea más. ¿Con qué derecho Jerjes hizo la guerra á la Grecia, y su padre á los escitas? Y lo mismo sucede con muchísimos ejemplos, que podrian citarse. En esta clase de empresas se obra, yo creo, conforme á la naturaleza, y se sigue la ley de la

naturaleza; aunque quizá no se consulte la ley que los hombres han establecido. Nosotros escogemos, cuando son jóvenes, los mejores y más fuertes; los formamos y los domesticamos como á leoncillos, valiéndonos de discursos llenos de encanto y fascinación, para hacerles entender, que es preciso atenerse á la igualdad, y que en esto consiste lo bello y lo justo. Pero yo me figuro que si apareciese un hombre, dotado de grandes cualidades, que, sacudiendo y rompiendo todas estas trabas, encontrase el medio de desembarazarse de ellas; que, echando por tierra vuestros escritos, vuestras fascinaciones, vuestros encantamientos y vuestras leyes, contrarios todos á la naturaleza, aspirase á elevarse por cima de todos, convirtiéndose de vuestro esclavo en vuestro dueño; entónces se veria brillar la justicia, tal como la ha instituido la naturaleza. Píndaro me parece que viene á apoyar esta opinion en la oda que dice: *«que la ley es la reina de los mortales y de los inmortales. Ella, prosigue, lleva consigo la fuerza, y con su mano poderosa la hace legitima. Juzgo de esto por las acciones de Hércules que sin haberlas comprado...»* Estas son poco más ó ménos las palabras de Píndaro, porque yo no sé de memoria la oda. Pero el sentido es que Hércules se llevó los bueyes de Gerion, sin haberlos comprado, y sin que nadie se los diera; dando á entender, que esta accion era justa consultando la naturaleza, y que los bueyes y todos los demás bienes de los débiles y de los pequeños pertenecen de derecho al más fuerte y al mejor. La verdad es tal como yo la digo; tú mismo lo reconocerás, si dejando aparte la filosofía, te aplicas á asuntos de mayor entidad. Confieso, Sócrates, que la filosofía es una cosa entretenida cuando se la estudia con moderacion en la juventud; pero si se fija uno en ella más de lo que conviene, es el azote de los hombres. Por mucho genio que uno tenga, si continúa filosofando hasta una edad avanzada, se le hacen necesa-

riamente nuevas todas las cosas, que uno no puede dispensarse de saber si quiere hacerse hombre de bien y crearse una reputacion. En efecto, los filósofos no tienen conocimiento alguno de las leyes que se observan en una ciudad; ignoran cómo debe tratarse á los hombres en las relaciones públicas ó privadas, que con ellos se mantiene; no tienen ninguna experiencia de los placeres y pasiones humanas, ni, en una palabra, de lo que se llama la vida. Así es que cuando se les encomienda algun negocio doméstico ó civil, se ponen en ridículo poco más ó ménos como los hombres políticos, cuando asisten á vuestras controversias y á vuestras disputas. Porque nada más cierto que este dicho de Eurípides: «*Cada cual se aplica con gusto á las cosas para las que ha descubierto tener más talento; á ello consagra la mayor parte del día, á fin de hacerse superior á sí mismo.*» Por el contrario, se aleja de aquellas, en las que su trabajo le ofrece malos resultados, y habla de ellas con desprecio; mientras que por amor propio alaba las primeras, creyendo que así se alaba á sí mismo. Pero el mejor partido es, á mi entender, tener algun conocimiento de las unas y de las otras. Es bueno tener una tintura de la filosofía, tanto más, cuanto que la reclama el cultivo del espíritu, y no es vergonzoso para un jóven el filosofar. Pero cuando uno ha entrado en la declinacion de la vida y continúa filosofando, se pone en ridículo, Sócrates. Yo, á los que se aplican á la filosofía, los considero del mismo modo que á los que balbucean y juguetean. Cuando lo veo en un niño, en quien es muy natural el tartamudear y el divertirse, lo encuentro bien y me hace gracia, porque me parece muy en su lugar en aquella edad; así como si oigo que un niño articula con precisión, me choca, me lastima el oido, y me parece ver en esto cierto sérvilismo. Pero si es un hombre el que balbucea y enreda, esto se juzga por todos ridículo, impropio de la

edad y digno de castigo. Tal es mi manera de pensar respecto á los que se consagran á la filosofía. Cuando veo á un jóven consagrarse á ella, me encanta, me pongo en su lugar, y juzgo que este jóven tiene nobleza de sentimientos. Si, por el contrario, la desprecia, le considero dotado de un alma pequeña, que nunca será capaz de una accion bella y generosa. Mas cuando veo á un viejo, que filosofa aún y que no ha renunciado á su estudio, le considero acreedor á un castigo, Sócrates. Como dije ántes, por mucho genio que tenga, este hombre no puede ménos de degradarse al huir los sitios frecuentados de la ciudad y las plazas públicas, donde los hombres adquieren, segun el poeta (1), celebridad; y al ocultarse, como suele hacer, para pasar el resto de sus dias charlando en un rincon con tres ó cuatro jóvenes, sin que nunca salga de su boca ningun discurso noble; grande y que valga la pena. Sócrates, yo pienso en tu bien y soy uno de tus amigos. En este momento se me figura estar en la misma situacion respecto de tí, que Zetos estaba respecto á Amfion de Eurípides, de quien ya hice mencion; porque estoy casi tentado á dirigirte un discurso semejante al que Zetos dirigia á su hermano. Desprecias, Sócrates, lo que deberia ser tu principal ocupacion, y haciendo el papel de niño, rebajas un alma de tanto valor como la tuya. Tú no podrias dar un dictámen en las deliberaciones sobre la justicia, ni penetrar lo que un negocio puede tener de más probable y plausible, ni procurar á los demás un consejo generoso. Sin embargo, mi querido Sócrates, (no te ofendas de lo que voy á decirte, pues no tiene otro origen que mi cariño para contigo) ¿no adviertes cuán vergonzoso es para tí el verte en la situacion en que estoy persuadido que estás, lo mismo que todos los demás que pasan todo el tiempo en el estudio de la filosofía? Si alguno en este

(1) Homero. *Iliada*, lib. IX, v. 441.

momento te echase mano, ó la echase á los que siguen el mismo rumbo, y te condujese á una prision, diciendo que le has ocasionado un daño, aunque fuera falso, bien conoces cuán embarazado te verias; que se te iria la cabeza y abririas la boca todo lo grande que es sin saber qué decir. Cuando te presentaras delante de los jueces, por despreciable y villano que fuera tu acusador, serias condenado á muerte, si se empeñaba en conseguirlo. ¿Qué estimacion, Sócrates, puede merecer un arte que reduce á la nulidad á los que á él se dedican con las mejores cualidades, que les pone en estado de no poderse socorrer á sí mismos, de no poder salvar de los mayores peligros, ni su persona, ni la de ningun otro; que están expuestos á verse despojados de sus bienes por sus enemigos, y á arrastrar en su patria una existencia sin honor? Es duro decirlo, pero á un hombre de estas condiciones puede cualquiera abofetearle impunemente. Así creeme, querido mio; deja tus argumentos; cultiva los asuntos bellos; ejercítate en lo que te dará la reputacion de hombre hábil, abandonando á otros estas vanas sutilezas, que suelen considerarse como extravagancias ó puerilidades, y que concluirian por reducirte á la miseria; y proponte por modelos, no los que disputan sobre esas frivolidades, sino las personas que tienen bienes, que tienen crédito y que gozan de todas las ventajas de la vida.

SÓCRATES.

Si mi alma fuese de oro, Callicles, ¿no crees que seria un objeto de gran goce para mí haber encontrado una de aquellas piedras excelentes que sirven para contrastar el oro; de manera que aproximando mi alma á esta piedra; si el toque era favorable, reconociese sin dudar que estoy en buen estado, y que no tengo necesidad de ninguna prueba?

CALLICLES.

¿Á qué viene esa pregunta, Sócrates?

SÓCRATES.

Voy á decírtelo: creo haber encontrado en tu persona este dichoso hallazgo.

CALLICLES.

¿Por qué?

SÓCRATES.

Estoy seguro de que si tú te pones de acuerdo conmigo acerca de las opiniones que yo tengo en el alma, estas opiniones son verdaderas. Observo, en efecto, que para examinar si un alma se encuentra bien ó mal, es preciso tener tres cualidades, que precisamente tú reunes, y que son: ciencia, benevolencia y franqueza. Encuentro á muchos que no son capaces de sondearme, porque no son sabios como tú. Hay otros que son sabios, pero que como no se interesan por mí como tú, no quieren decirme la verdad. En cuanto á estos dos extranjeros, Gorgias y Pólux, son hábiles ambos, y ambos amigos míos; pero les falta decision para hablar, y son más circunspectos de lo que conviene. ¿Cómo no han de serlo, si, por una indebida vergüenza, han llevado la timidez hasta el extremo de contradecirse el uno al otro en presencia de tantas personas, y esto sobre objetos que son de los más importantes? Tú, por el contrario, tienes por de pronto todo lo que los demás tienen. Eres grandemente hábil, y en ello convendrán la mayor parte de los atenienses; y además, eres benévolo para conmigo. Hé aquí por qué creo esto que digo. Sé, Callicles, que sois cuatro los que habeis estudiado la filosofia juntos: tú, Tisandro de Afidne, Andron, hijo de Androtion, y Nausicides de Colargo. Os oí un dia discutir hasta qué punto convenia cultivar la sabiduría, y tengo presente que el dictámen que prevaleció, fué que no debia proponerse nadie llegar á ser un filósofo consumado; y que mutuamente os encargasteis que cada cual procurara no hacerse demasiado filósofo, no fuera que sin saberlo fuerais á perjudicaros. Hoy que al oirme

me das el mismo consejo que el que diste á tus más íntimos amigos, lo considero como una prueba decisiva del interés que tomas por mí. Que por otra parte tienes lo que se necesita para hablar con toda libertad y no ocultarme nada por encogimiento de genio, además de confesarlo tú mismo, el discurso que acabas de dirigirme lo prueba perfectamente. Sentados estos preliminares, es evidente que lo que me concedas en esta discusion sobre el objeto en que no estamos acordes, habrá pasado por una prueba suficiente de tu parte y de la mia, y que no será necesario someterlo á nuevo exámen; porque nada dejarás pasar, ni por falta de luces, ni por exceso de encogimiento; ni tampoco harás ninguna concesion con intencion de engañarme, siendo mi amigo como dices. Así, pues, el resultado de tus concesiones y de las mías, será la verdad plena y concreta. Ahora bien, de todas tus consideraciones, Callicles, la más preciosa es, sin duda, la que concierne á los objetos sobre los que me has dado una leccion: qué se debe ser, á qué es preciso dedicarse, y hasta qué punto, ya en la ancianidad, ya en la juventud. En cuanto á mí, si el género de vida que yo llevo es reprehensible en ciertos conceptos, vive persuadido de que la falta no es voluntaria de mi parte, y que no reconoce otra causa que la ignorancia. No renuncies, pues, á darme consejos, ya que con tan buen éxito has comenzado; pero explicame á fondo cuál es la profesion que yo debo abrazar, y cómo tengo de gobernarme para ejercerla; y si despues que nos hayamos puesto de acuerdo, descubres con el tiempo que yo no soy fiel á mis compromisos, tenme por un hombre sin palabra, y en lo sucesivo no me des más consejos, considerándome indigno de ellos. Exponme de nuevo, te lo suplico, lo que tú y Píndaro entendeis por justo. Segun dices, si se consulta á la naturaleza, consiste en que el más poderoso tiene derecho á apoderarse de lo que pertenece al más débil, el mejor para mandar al ménos bueno,

y el que vale más para tener más que el que vale ménos. ¿Tienes otra idea de lo justo? ¿Ó ha sido infiel mi memoria?

CALLICLES.

Eso es lo que dije, y ahora lo sostengo.

SÓCRATES.

¿Es el mismo hombre al que llamas mejor y más poderoso? Porque te confieso que no he podido comprender lo que querias decir, ni si por los más poderosos entendias los más fuertes, y si es preciso que los más débiles estén sometidos á los más fuertes, como, á mi parecer la insinuaste al decir que los grandes Estados atacan á los pequeños en virtud del derecho de la naturaleza, porque son más poderosos y más fuertes; todo lo que parece suponer, que más poderoso, más fuerte y mejor son una misma cosa; ¿ó puede suceder que uno sea mejor y al mismo tiempo más pequeño y más débil; más poderoso é igualmente más malo? ¿Ó acaso el mejor y el más poderoso están comprendidos en la misma definicion? Distingueme claramente si más poderoso, mejor y más fuerte expresan la misma idea ó ideas diferentes.

CALLICLES.

Declaro terminantemente que estas tres palabras expresan la misma idea.

SÓCRATES.

En el órden de la naturaleza, ¿la multitud no es más poderosa que uno solo? Esta misma multitud que, como decias ántes, hace las leyes contra el individuo.

CALLICLES.

Sin contradiccion.

SÓCRATES.

Las leyes del mayor número son, por consiguiente, las de los más poderosos.

CALLICLES.

Seguramente.

TOMO V.

14

SÓCRATES.

Y por consiguiente de los mejores; puesto que segun tú, los más poderosos son igualmente los mejores.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Sus leyes son entónces bellas, conformes con la naturaleza, puesto que son las de los más poderosos.

CALLICLES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

Ahora bien, la generalidad ¿no cree que la justicia consiste, como tú decias hace un momento, en la igualdad, y que es más feo cometer una injusticia que sufrirla? ¿Es cierto esto ó nó? Y librate de mostrar aquí encogimiento. ¿No piensan los más que es justo tener tanto y no más que los otros, y que es más feo hacer una injusticia que sufrirla? No rehuses responder á esta pregunta, Callicles, á fin de que si convienes en ello, me afirme yo en mi opinion, viéndola apoyada con el voto de un hombre competente.

CALLICLES.

Pues bien, sí; la generalidad está en esa persuasion.

SÓCRATES.

Por lo tanto, no es sólo conforme á la ley, sino tambien conforme á la naturaleza, que es más feo hacer una injusticia que sufrirla, y la justicia consiste en la igualdad. De manera que resulta que tú no decias la verdad ántes, y que me acusabas sin razon al sostener que la naturaleza y la ley se oponian la una á la otra, que yo lo sabia muy bien, y que me servia de este conocimiento para tender lazos en mis discursos, haciendo que recayera la disputa sobre la ley, cuando se hablaba de la naturaleza, y sobre la naturaleza cuando se hablaba de la ley.

CALLICLES.

Este hombre no cesará nunca de decir nimiedades. Sócrates, respóndeme: ¿no te da rubor, á tu edad, andar á caza de palabras, y creer que has triunfado en la disputa por torcer el sentido de una expresion? ¿Piensas que por los más poderosos entiendo otra cosa que los mejores? ¿No te he dicho repetidamente, que tomo estos términos, mejor y más poderoso, en la misma acepcion? ¿Te imaginas, que pueda yo pensar que se deba tener por ley lo que se haya resuelto en una asamblea compuesta de un monton de esclavos y de gentes de toda especie, que no tienen otro mérito quizá que la fuerza de sus cuerpos?

SÓCRATES.

En buen hora, muy sabio Calicles. ¿Es así como tú lo entiendes?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Sospechaba efectivamente desde luego, querido mio, que tomabas el término, más poderoso, en ese sentido, y yo no te interrogué sino por el deseo de conocer claramente tu pensamiento; porque probablemente no crees que dos sean mejores que uno, ni tus esclavos mejores que tú, porque son más fuertes. Dime de nuevo á quiénes llamas mejores, puesto que no son los más fuertes; y por favor procura instruirme de una manera más suave, para que no me vaya de tu escuela.

CALLICLES.

Te burlas, Sócrates.

SÓCRATES.

No, Calicles, no por Zeto, bajo cuyo nombre te burlaste ántes de mí anchamente. Pero adelante; dime á quiénes llamas tú mejores.

CALLICLES.

Los que valen más.

SÓCRATES.

Observa que no dices más que palabras, y que no explicas nada. ¿No me dirás si por los mejores y los más poderosos entiendes los más sabios ú otros semejantes?

CALLICLES.

Sí, ¡por Júpiter! eso es, precisamente.

SÓCRATES.

De esa manera, muchas veces un sabio es mejor á tu juicio que diez mil que no lo son; á él es á quien corresponde mandar y á los otros obedecer; y en calidad de jefe debe saber más que sus súbditos. Hé aquí, á mi parecer, lo que quieres decir, si es cierto que uno solo es mejor que diez mil, y yo no estrujo las palabras.

CALLICLES.

Es justamente lo que yo digo: y en mi opinion es justo, segun la naturaleza, que el mejor y más sabio mande, y que posea más que los que no tienen mérito.

SÓCRATES.

Mantente firme en eso. ¿Qué respondes ahora á lo siguiente? Si estuviéramos muchos en un mismo sitio, como estamos aquí, y tuviéramos en comun diferentes viandas y diferentes bebidas; y nuestra reunion se compusiese de toda clase de gentes, los unos fuertes, los otros débiles; y que uno entre nosotros, en su calidad de médico, tuviese más conocimiento que los demás tocante al uso de estos alimentos; y que por otra parte fuese, como es probable, más fuerte que unos y más débil que otros; ¿no es cierto que este hombre, siendo más sabio que los demás, será igualmente el mejor y más poderoso con relacion á estas cosas?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Porque es mejor, ¿deberá tener una parte mayor de alimentos que los demás? ¿Ó más bien por su cualidad de

jefe debe encargarse de la distribución de todo? Y en punto al consumo de alimentos y de su uso para el sostenimiento de su propio cuerpo, ¿no es preciso que se abstenga de tomar más que los demás, sopena de sentir alguna incomodidad? ¿no debe tomar más que unos y ménos que otros, ó ménos que todos si es el más débil, aunque sea el mejor, Callicles? ¿No es así, querido mio?

CALLICLES.

Tú me hablas de alimentos, de brebajes, de medicinas y de otras necedades semejantes. No es esto lo que yo quiero decir.

SÓCRATES.

¿No confiesas que el más sabio es el mejor? Concede ó niega.

CALLICLES.

Lo concedo.

SÓCRATES.

Y que el mejor debe tener más.

CALLICLES.

Sí, pero no se trata de alimentos, ni de bebidas.

SÓCRATES.

Entiendo; quizá se trata de trajes; y es preciso que el más hábil en fabricar telas lleve el traje más grande, y vaya cargado con un número mayor de vestidos y con los más preciosos?

CALLICLES.

¿De qué trajes hablas?

SÓCRATES.

Al parecer el más entendido en hacer calzado y el que más sobresalga en este género, es preciso que tenga más calzado que los otros; y el zapatero debe ir por las calles con más zapatos y más grandes que los demás.

CALLICLES.

¿Qué zapatos? ¡Tú chocheas!

SÓCRATES.

Si no es esto lo que tienes en cuenta, quizá sea lo que voy á decir; por ejemplo: el labrador entendido, sabio y hábil en el cultivo de las tierras debe tener más semillas y sembrar en sus campos mucho más que los demás.

CALLICLES.

Siempre sacas á colacion las mismas cosas, Sócrates.

SÓCRATES.

No sólo las mismas cosas, sino sobre el mismo objeto.

CALLICLES.

Pero, ¡por todos los dioses! Sin cesar tienes en la boca los zapateros, bataneros, cocineros, médicos, como si aquí se tratara de ellos.

SÓCRATES.

¿No me dirás, en fin, en qué debe ser más poderoso y más sabio aquel, á quien la justicia autorice para tener más que los demás? ¿Consentirás que yo te sugiera la respuesta, ó querrás más bien darla tú?

CALLICLES.

Ya hace tiempo que te lo dije. Por de pronto, por los más poderosos yo no entiendo, ni los zapateros, ni los cocineros, sino los hombres entendidos en los negocios públicos y en la buena administracion del Estado; y no sólo entendidos, sino valientes, capaces de ejecutar los proyectos que han concebido, sin cejar por molicie y debilidad de alma.

SÓCRATES.

Ya lo ves, mi querido Callicles, no son los mismos los cargos que uno á otro nos hacemos. Tú me motejas por que digo siempre las mismas cosas, y lo calificas hasta de crimen. Y yo me quejo, por el contrario, de que tú no hablas nunca de una manera uniforme sobre los mismos objetos, y de que por los mejores y más poderosos entiendes tan pronto los más fuertes como los más sabios. Y hé aquí que ahora nos das una tercera definicion, y al

presente los más poderosos y los mejores son en tu opinion los más valientes. Querido mio, díme de una vez á quiénes llamas mejores y más poderosos y con relacion á qué.

CALLICLES.

Ya te he dicho, que son los hombres hábiles en los negocios políticos y valientes; á ellos pertenece el gobierno de los Estados, y es justo que tengan más que los otros, puesto que ellos mandan y éstos obedecen.

SÓCRATES.

¿Son, mi querido amigo, los que se mandan á sí mismos? ¿Ó en qué haces consistir su imperio y su dependencia?

CALLICLES.

¿De qué hablas?

SÓCRATES.

Hablo de cada individuo, en tanto que se manda á sí mismo. ¿Es que no es necesario ejercer ese imperio sobre sí mismo, sino solamente sobre los demás?

CALLICLES.

¿Qué entiendes por mandarse á sí mismo?

SÓCRATES.

Nada de extraordinario, sino lo que todo el mundo entiende; ser moderado, dueño de sí mismo, y mandar en sus pasiones y deseos.

CALLICLES.

¡Estás encantador, Sócrates! Con el nombre de moderados vienes á hablarnos de los imbéciles.

SÓCRATES.

¿Cómo? No hay nadie que no comprenda que no es eso lo que quiero decir.

CALLICLES.

Es eso, Sócrates. En efecto, ¿cómo un hombre podría ser feliz si estuviera sometido á algo, sea lo que sea? Pero voy á decirte con toda libertad en qué consiste lo bello y lo justo en el orden de la naturaleza. Para pasar una vida

dichosa es preciso dejar que las pasiones tomen todo el crecimiento posible y no reprimirlas. Cuando estas han llegado á su colmo, es preciso ponerse en situacion de satisfacerlas con decision y habilidad, y llenar cada deseo á medida que nace. Es lo que la mayor parte de los hombres, á mi juicio, no pueden hacer; y de aquí nace que condenan á todos aquellos que lo consiguen, ocultando, porque les da vergüenza, su propia impotencia. Dicen que la intemperancia es una cosa fea; como dije ántes, encadenan á los que han nacido con mejores cualidades que ellos, y no pudiendo suministrar á sus pasiones con qué contentarlas, hacen el elogio de la templanza y de la justicia por pura cobardía. Y á decir verdad, para el que ha tenido la fortuna de nacer hijo de rey, ó que ha tenido bastante grandeza de alma para procurarse alguna soberanía, como una tiranía ó un reinado, nada seria más vergonzoso y perjudicial que la templanza; toda vez que un hombre de estas condiciones, pudiendo gozar de todos los bienes de la vida sin que nadie se lo impida, seria un insensato si erigiese en sus propios dueños las leyes, los discursos y la censura del público. ¿Cómo podía dejar de hacerle desgraciado esa pretendida belleza de la justicia y de la templanza, puesto que le quitaba la libertad de dar más á sus amigos que á sus enemigos, y esto siendo al mismo tiempo soberano en su propia ciudad? Tal es el estado de las cosas, Sócrates, atendida la verdad, que es la que tú buscas, segun dices. La molicie, la intemperancia, la licencia, cuando nada les falta; hé aquí en qué consisten la virtud y la felicidad. Todas esas otras bellas ideas y esas convenciones, contrarias á la naturaleza, no son más que extravagancias humanas, en las que no debe pararse la atencion.

SÓCRATES.

Acabas, Callicles, de exponer tu opinion con mucho arranque y desenfado; te explicas claramente sobre cosas

que los demás piensan, es cierto, pero que no se atreven á decir. Te conjuro á que no aflojes en manera alguna, á fin de que veamos en claro el género de vida que es preciso abrazar. Dime: ¿sostienes que para ser tal como debe uno ser, no es preciso reñir con sus pasiones, sino ántes bien dejarlas que crezcan cuanto sea posible, y procurar por otra parte satisfacerlas, y que en esto consiste la virtud?

CALLICLES.

Sí, lo sostengo.

SÓCRATES.

Sentado esto, resulta que es un gran error el decir que los que no tienen necesidad de nada son dichosos.

CALLICLES.

De otro modo, nada seria más dichoso que las piedras y los cadáveres.

SÓCRATES.

Pero aún así seria una vida terrible esa de que hablas. En verdad, no me sorprenderia que lo que dice Eurípides fuese cierto: *¿Quién sabe si la vida es para nosotros una muerte y la muerte una vida?* Quizá nosotros morimos realmente, como he oido decir á un sabio, que pretendia que nuestra vida actual es una muerte y nuestro cuerpo una tumba, y que esta parte del alma donde residen las pasiones es naturalmente tornadiza en sus opiniones y susceptible de pasar de un extremo al otro. Un hombre de talento, siciliano quizá ó italiano (1), explicando esto mediante una fábula, en lo que era muy entendido, haciendo alusion al hombre, llamaba á esta parte del alma un tonel, á causa de la facilidad con que cree y se deja persuadir (2), y llamaba á los insensatos profanos que no han sido iniciados. Comparaba la parte del alma de estos insensatos, en la que residen las pasio-

(1) Sin duda un filósofo pitagórico.

(2) Πηθος significa un tonel; Πηθανος, que es fácil de persuadir; juego de palabras que no se puede notar en la traducción.

nes, en cuanto es intemperante y no puede retener nada, á un tonel sin fondo, á causa de su insaciable avidez. Este hombre, Callicles, decia, en contra de tu opinion, que de todos los que están en el infierno, (entendia por esta palabra lo invisible) (1), los más desgraciados son estos profanos, que llevan á un tonel agujereado el agua, que sacan con una criba igualmente agujereada. Esta criba, decia, explicándome su pensamiento, es el alma; y designaba por una criba el alma de estos insensatos, para demostrar que está agujereada, y que la desconfianza y el olvido no le permiten retener nada. Toda esta explicacion es bastante extravagante. Sin embargo, ella patentiza lo que yo quiero darte á conocer, para ver si puedo conseguir que mudes de opinion y que prefieras á una vida insaciable y disoluta una vida arreglada, que se contenta con lo que se venga á la mano, y que no desea más. ¿He ganado, en efecto, terreno sobre tu espíritu, y volviendo sobre tí mismo crees que los hombres moderados son más dichosos que los relajados; ó es cosa que nada he adelantado, y que aún cuando refiriera muchas explicaciones mitológicas como ésta no por eso estás más dispuesto á mudar de opinion?

CALLICLES.

Dices verdad en cuanto al último punto, Sócrates.

SÓCRATES.

Permite que te proponga un nuevo emblema, que es de la misma escuela que el precedente. Mira, si lo que dices de estas dos vidas, la moderada y la desarreglada, no es como si supusieses que dos hombres tienen un gran número de toneles; que los toneles de uno están en buen estado y llenos, éste de vino, aquél de miel, un tercero de leche, y los demás de otros muchos licores; que, por otra parte, los licores son raros, difíciles de adquirir, y que no

(1) "Αδης se forma, en efecto, de ἀϊδης por contraccion.

se puede uno hacer con ellos sino con muchas dificultades; que una vez llenados los toneles no haya ningun derrame ni tenga el dueño ninguna inquietud, y en este punto esté muy tranquilo; y que el otro pueda tambien, aunque con la misma dificultad, hacerse con los mismos licores que el primero, pero que, por lo demás, estando sus toneles agujereados y podridos, se vea en la precision de estarlos renovando día y noche, viéndose agitado con continuas molestias. Siendo este cuadro la imágen de una y otra vida, ¿dirás que la del libertino es más dichosa que la del moderado? ¿Será posible que no convengas aún en que la condicion del segundo es preferible á la del primero? ¿Ó no causa esto ninguna impresion en tu espíritu?

CALLICLES.

Ninguna, Sócrates; porque este hombre, cuyos toneles permanecen llenos, no disfruta ningun placer, y desde que los ve una vez llenos se verifica lo que dije ántes: que vive el dueño como una piedra, sin sentir en adelante ni placer ni dolor. Al contrario, la dulzura de la vida consiste en derramar cuanto sea posible.

SÓCRATES.

¿No es necesario que si mucho se vierte, mucho se derrame, y no son precisos grandes agujeros para estos derramamientos?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

La condicion de que hablas no es ciertamente la de un cadáver ó de una piedra, sino que es la de un abismo. Además, dime: ¿no reconoces lo que se llama tener hambre, y comer teniendo hambre?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Lo mismo que tener sed y beber teniendo sed?

CALLICLES.

Sí; y sostengo que es vivir dichoso el experimentar estos deseos y otros semejantes, y estar en situación de poderlos satisfacer.

SÓCRATES.

Muy bien, querido mío; continúa como has comenzado, y estáte alerta, no sea que la vergüenza se apodere de tí. Y también es preciso, por mi parte, que no me ruborice. Por lo pronto, dime: ¿es vivir dichoso tener sarna y comezon, tener que rascarse en grande y pasar toda su vida en este rascamiento?

CALLICLES.

¡Qué absurdos dices, Sócrates, y qué hablador eres!

SÓCRATES.

Pues así impuse silencio é hice ruborizar á Pólux y á Gorgias. Tú, á fe que no hay miedo de que te acobardes ni te ruborices, porque eres demasiado valiente; pero responde á mi pregunta.

CALLICLES.

Digo que el que se rasca vive agradablemente.

SÓCRATES.

Y si su vida es agradable, ¿no es dichosa?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Bastará que experimente comezon sólo en la cabeza? ¿Ó es preciso que le sienta en alguna otra parte? Contéstame. Mira, Callicles, lo que respondes, si se han de llevar las cuestiones de este género tan léjos cuanto puedan ir. Y para decirlo de una vez, concedido esto, ¿no es triste, vergonzosa y miserable la vida de los hombres corrompidos? ¿Te atreverás á sostener que estos hombres son dichosos, si tienen medios abundantes para satisfacer sus apetitos?

CALLICLES.

¿No te avergüenzas, Sócrates, de hacer recaer la conversacion sobre semejantes objetos?

SÓCRATES.

¿Soy yo, querido mio, el que da motivo, ó lo es el que sienta resueltamente por base que el que siente placer, de cualquier naturaleza que sea, es dichoso, sin hacer ninguna distincion entre los placeres honestos y los inhonestos? Explicame aún esto. ¿Pretendes que lo agradable y lo bueno son una misma cosa? ¿Ó admites que hay cosas agradables, que no son buenas?

CALLICLES.

Para que no haya contradiccion en mi discurso, como la habria si dijera que lo uno es diferente de lo otro, respondo que son la misma cosa.

SÓCRATES.

Echas á perder todo lo que se ha dicho precedentemente, y ya no podremos decir que buscamos la verdad con sinceridad, si falseas tu pensamiento, mi querido Callicles.

CALLICLES.

Tú me das el ejemplo, Sócrates.

SÓCRATES.

Si es así, yo obro mal lo mismo que tú. Pero mira, querido mio, si el bien sólo consiste en el placer, cualquiera que él sea; porque si esta opinion es verdadera, resultan, al parecer, todas las consecuencias vergonzosas, que acabo de indicar con palabras embozadas y otras muchas semejantes.

CALLICLES.

Sí, á lo que tú crees, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Y tú, Callicles, aseguras de buenas á buenas que esto es cierto?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Combatiré esta opinion considerando que la sostienes formalmente?

CALLICLES.

Muy formalmente.

SÓCRATES.

En buen hora. Puesto que es tal tu manera de pensar, explicámelo. ¿No hay una cosa á que llamas ciencia?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No hablaste ántes del valor unido á la ciencia?

CALLICLES.

Es cierto.

SÓCRATES.

¿No los has distinguido, en cuanto el valor es otra cosa que la ciencia?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero el placer, ¿es lo mismo que la ciencia, ó difiere de ella?

CALLICLES.

Difiere de ella, muy discreto Sócrates.

SÓCRATES.

Y el valor, ¿es igualmente diferente del placer?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Aguarda, para que se nos grave esto en la memoria: Calicles de Acarnea sostiene que lo agradable y lo bueno son una misma cosa, y que la ciencia y el valor són diferentes entre sí, y ambos, de lo bueno. Sócrates de Alopeces, ¿conviene ó nó en esto?

CALLICLES.

No conviene.

SÓCRATES.

Tampoco creo yo que Calicles consienta en ello cuando reflexione seriamente sobre sí mismo. Porque dime, ¿no crees que la manera de ser de los que son dichosos es contraria á la de los desgraciados?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Puesto que estas dos maneras de ser son opuestas, ¿no es necesario que suceda con ellas lo que con la salud y con la enfermedad? Porque el mismo hombre no está al mismo tiempo sano y enfermo, y no pierde la salud al mismo tiempo que está libre de la enfermedad.

CALLICLES.

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES.

Lo siguiente: tomemos por ejemplo la parte del cuerpo que quieras. ¿No se padece algunas veces una enfermedad que se llama oftalmía?

CALLICLES.

¿Quién lo duda?

SÓCRATES.

Es claro que al mismo tiempo no se tienen los ojos sanos.

CALLICLES.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

¡Y qué! Cuando uno se cura de la oftalmía, ¿pierde la salud de los ojos, y se ve uno privado á la vez de lo uno y de lo otro?

CALLICLES.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Porque eso seria prodigioso y absurdo. ¿No es así?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero á mi entender, lo uno viene y lo otro se va sucesivamente.

CALLICLES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿No debe decirse otro tanto de la fuerza y de la debilidad?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y lo mismo de la velocidad y de la lentitud?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Se adquieren, pues, á la vez y se pierden uno en pos de otro los bienes y los males, la felicidad y la desgracia?

CALLICLES.

Sí, ciertamente.

SÓCRATES.

Y así, si descubrimos algunas cosas que se pierden y se poseen al mismo tiempo, ¿no será prueba evidente de que no son ni un mal ni un bien? ¿Confesaremos esto? Exáminalo bien ántes de responder.

CALLICLES.

Sin dudar lo confieso.

SÓCRATES.

Volvamos, pues, á lo que convinimos ántes. ¿Has dicho del hambre que era una sensacion agradable ó dolorosa? Hablo del hambre tomada en sí misma.

CALLICLES.

Sí, es una sensacion dolorosa. Y comer con hambre es una cosa agradable.

SÓCRATES.

Ya entiendo; pero el hambre en sí misma ¿es dolorosa ó nó?

CALLICLES.

Digo que lo es.

SÓCRATES.

¿Y la sed también, sin duda?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Necesito hacerte nuevas preguntas? ¿Ó convienes en que toda necesidad y todo deseo son dolorosos?

CALLICLES.

Convengo en ello; no interrogues más.

SÓCRATES.

En buen hora. Beber teniendo sed, ¿no es, en tu opinión, una cosa agradable?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No es cierto que tener sed causa dolor?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Y beber ¿no es procurarse la satisfacción de una necesidad y un placer?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Luego beber es tener un placer.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y lo es porque se tiene sed.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Es decir, porque se experimenta dolor?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

De aquí resulta que cuando dices: beber, teniendo sed, es como si dijese: sentir placer, experimentando dolor. Estas dos sensaciones ¿no concurrén al mismo tiempo y en el mismo lugar, ya del alma, ya del cuerpo, como quieras, porque esto, á mi parecer, nada significa? ¿Es cierto ó nó?

CALLICLES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Pero ¿no has confesado que es imposible ser desgraciado al mismo tiempo que uno es dichoso?

CALLICLES.

Y lo sostengo aún.

SÓCRATES.

Acabas de reconocer tambien que se puede experimentar placer sintiendo dolor.

CALLICLES.

Así parece.

SÓCRATES.

Luego sentir placer no es ser dichoso, ni sentir dolor ser desgraciado; y por consiguiente, lo agradable es distinto de lo bueno.

CALLICLES.

Yo no sé qué razonamientos capciosos empleas, Sócrates.

SÓCRATES.

Tú lo sabes muy bien, pero disimulas, Calicles. Todo es una broma de tu parte. Pero pasemos adelante, para

que veas en claro hasta qué punto eres sabio tú que me das consejos. ¿No se cesa al mismo tiempo de tener sed y sentir el placer que se tiene en beber?

CALLICLES.

No entiendo nada de lo que dices.

GORGIAS.

No hables así, Callicles; responde aunque sea sólo por respeto á nosotros, á fin de que concluya esta disputa.

CALLICLES.

Sócrates es siempre el mismo, Gorgias. Se vale de preguntas ligeras, que nada importan, y despues os refuta.

GORGIAS.

¿Qué te importa? No es cosa que te atañe, Callicles. Tú te has comprometido á dejar á Sócrates argumentar á su manera.

CALLICLES.

Continúa, pues, tus lacónicas y minuciosas preguntas, puesto que tal es el dictámen de Gorgias (1).

SÓCRATES.

Tienes la fortuna, Callicles, de haberte iniciado en los grandes misterios ántes de estarlo en los pequeños. Yo no hubiera creído que fuese esto permitido. Vuelve ahora al punto en que lo dejaste, y dime si no se cesa al mismo tiempo de tener sed y de sentir placer.

CALLICLES.

Lo confieso.

SÓCRATES.

¿No se pierde, asimismo, á la vez la sensacion del hambre y de los otros deseos y la del placer?

CALLICLES.

Es cierto.

(1) Se ve claramente cuál es el móvil de Gorgias. Sócrates le ha refutado; quiere que Callicles sea refutado á su vez, para que, quedando iguales, nada tengan que echarse en cara.

SÓCRATES.

¿Se cesa al mismo tiempo de tener dolor y placer?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Ahora bien, no se pueden perder á la vez, y de ello estás convencido, los bienes y los males. ¿Convienes aún en esto?

CALLICLES.

Sin duda; ¿qué se sigue de ahí?

SÓCRATES.

Se sigue de aquí, mi querido amigo, que lo bueno y lo agradable, lo malo y lo doloroso, no son la misma cosa, puesto que se cesa al mismo tiempo de experimentar los unos y no los otros, y esto prueba su diferencia. ¿Cómo, en efecto, lo agradable puede ser lo mismo que lo bueno, y lo doloroso que lo malo? Examina aún esto, si quieres, de otra manera; porque no creo que estés tampoco de acuerdo contigo mismo. Veámoslo. ¿No llamas buenos á los que son buenos á causa del bien que hay en ellos, como llamas bellos á aquellos en quienes se encuentra la belleza?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero, ¿llamas hombres de bien á los insensatos y á los cobardes? No hacías eso ántes, sino que dabas este nombre á los valientes é inteligentes. ¿Sostienes aún que estos son los hombres de bien?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿No has visto, en la alegría, jóvenes desprovistos de razon?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No has visto igualmente, en la alegría, hombres hechos que eran insensatos?

CALLICLES.

Así lo pienso. ¿Pero á qué vienen estas preguntas?

SÓCRATES.

A nada; continúa respondiendo.

CALLICLES.

Los he visto.

SÓCRATES.

¿Y no has visto hombres razonables en la tristeza y la alegría?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Cuáles sienten más vivamente la alegría y el dolor, los inteligentes ó los insensatos?

CALLICLES.

No creo que haya gran diferencia.

SÓCRATES.

Me basta eso. ¿No has visto en la guerra hombres cobardes?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Cuando los enemigos se retiraban, ¿cuáles te han parecido manifestar más alegría, los cobardes ó los valientes?

CALLICLES.

Me parecía que tan pronto los unos como los otros se regocijaban más, ó por lo ménos casi igualmente.

SÓCRATES.

Eso nada importa. Los cobardes, ¿sienten, pues, igualmente alegría?

CALLICLES.

Mucho.

SÓCRATES.

¿Y los insensatos lo mismo, á lo que parece?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Quando el enemigo avanza, ¿son los cobardes solos los que se entristecen, ó son tambien los valientes?

CALLICLES.

Los unos y los otros.

SÓCRATES.

¿Se entristecen igualmente?

CALLICLES.

Los cobardes se entristecen más.

SÓCRATES.

Y cuando el enemigo se retira, ¿no son tambien ellos los más alegres?

CALLICLES.

Quizá.

SÓCRATES.

De esa manera los insensatos y los sabios, los cobardes y los valientes, sienten el dolor y el placer casi igualmente, por lo que tú dices, y los cobardes más que los valientes.

CALLICLES.

Lo sostengo.

SÓCRATES.

Pero los sabios y los valientes son buenos; los cobardes y los insensatos son malos.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Los buenos y los malos experimentan entónces el placer y el dolor poco más ó menos igualmente.

CALLICLES.

Lo sostengo.

SÓCRATES.

¿Pero los buenos y los malos son poco más ó menos igualmente buenos ó malos? Ó más bien, los malos ¿no son mejores y peores que los buenos?

CALLICLES.

¡Por Júpiter! No sé lo que dices.

SÓCRATES.

¿No sabes que has dicho que los buenos son buenos por la presencia del bien, y los malos son malos por la del mal, y que el placer es un bien y el dolor un mal?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

El bien ó el placer se encuentran en los que sienten la alegría, y al tiempo mismo que la sienten.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Luego los que sienten placer son buenos á causa de la presencia del bien?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero el mal y el dolor, ¿no se encuentran en los que sienten pena?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Sostienes aún que los malos son malos á causa de la presencia del mal?

CALLICLES.

Lo sostengo aún.

SÓCRATES.

De manera que los que experimentan alegría, son buenos; y los que experimentan dolor, malos.

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Y lo son más, si estas sensaciones son vivas; ménos, si son más débiles; é igualmente, si son iguales.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No pretendes que los sabios y los insensatos, los cobardes y los valientes, sienten placer y dolor poco más ó ménos de igual modo; y aún más los cobardes?

CALLICLES.

Si.

SÓCRATES.

Saca conmigo las consecuencias que se deducen de estas premisas concedidas; porque es cosa muy preciosa, como suele decirse, considerar y decir hasta dos y tres veces las cosas bellas. Reconocemos que el sabio y el valiente son buenos; ¿no es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Y que el insensato y el cobarde son malos?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Además, que el que gusta 'del placer, es bueno.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Y el que siente dolor, malo.

CALLICLES.

Necesariamente.

SÓCRATES.

En fin, que el bueno y el malo experimentan igualmente placer y dolor, y el malo quizá más.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Luego el malo se hace igualmente bueno, y si quiere mejor que el bueno. Esto y lo que se ha dicho ántes ¿no es todo consecuencia necesaria de la opinion de los que confunden lo bueno y lo agradable? ¿No son inevitables estas consecuencias, Callicles?

CALLICLES.

Há mucho tiempo, Sócrates, que te escucho y te concedo muchas cosas, reflexionando al mismo tiempo, que si se te concede algo, aunque sea por via de pasatiempo, te apoderas de ello con el mismo anhelo que los niños. ¿Piensas que mi opinion ó la de cualquiera otro hombre no es que los placeres son los unos mejores y los otros peores?

SÓCRATES.

¡Ah! ¡ah! Callicles, eres muy astuto! Me tratas como un niño, diciéndome tan pronto que las cosas son de una manera como de otra, y sólo procuras engañarme. No creia, cuando comenzamos, que tuvieras semejante intencion, porque te tenia por mi amigo. Pero me he equivocado, y veo claramente que necesito contentarme, segun el antiguo viejo proverbio, con las cosas tales como son y tales como me las presentas. Dices ahora, al parecer, que unos placeres son buenos y otros malos, ¿no es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Los buenos son ventajosos y los malos dañosos?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Los ventajosos son, sin duda, los que procuran algún bien, y los malos los que causan un mal?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿Hablas de los placeres que voy á decirte, como por ejemplo, respecto del cuerpo, los que se experimentan al comer y al beber? ¿Y no tienes por buenos los que procuran al cuerpo la salud, la fuerza, ó cualquiera otra cualidad semejante; y por malos los que engendran las cualidades contrarias?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con los dolores, siendo unos buenos y otros malos?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No debemos escoger y proporcionarnos los placeres y los dolores que causan bien?

CALLICLES.

Sí, ciertamente.

SÓCRATES.

¿Y huir de los que causan mal?

CALLICLES.

Es evidente.

SÓCRATES.

Porque, si lo tienes presente, hemos convenido Pólux y yo en que en todas las cosas se debe obrar en vista del bien. ¿Piensas igualmente, como nosotros, que el bien es el fin de todas las acciones, y que todo lo demás á él

debe referirse y no él referirse á todo lo demás? ¿Unes tu voto á los nuestros?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Así, es preciso hacer todas las cosas, hasta las agradables, en vista del bien; y no el bien en vista de lo agradable.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿Está cualquiera en estado de discernir, entre las cosas agradables, las buenas de las malas? ¿Ó bien hay necesidad para esto de una persona experta en cada asunto?

CALLICLES.

Hay necesidad de eso.

SÓCRATES.

Recordemos aquí lo que he dicho ántes con este motivo á Pólux y Gorgias. Decia yo, si lo recuerdas, que hay ciertas industrias que sólo proporcionan placer y, limitándose á procurarlo, ignoran lo que es bueno y lo que es malo; y que hay otras que tienen este conocimiento. Entre las industrias que tienen por objeto los placeres del cuerpo he puesto la cocina, no como un arte, sino como una rutina; y he contado la medicina entre las artes que tienen el bien por objeto. Pero ¡en nombre de Júpiter, que preside á la amistad! no creo, Callicles, que debas divertirme conmigo, ni responderme contra tu pensamiento lo que se te viene á la boca, ni tomar lo que yo digo por una fruslería. Ya ves que nuestra conversacion versa sobre una materia muy importante. ¿Y qué hombre, en efecto, si tiene algun discernimiento, mostrará por cualquier objeto, sea el que sea, mayor celo que por el de saber de qué manera debe de vivir; si debe abrazar la vida á la que tú le invitas, y obrar como debe obrar un

hombre, según tú, discurriendo delante del pueblo reunido, ejercitándose en la Retórica y administrando los negocios públicos de la manera que hoy se administran; ó si debe preferir la vida consagrada á la filosofía; y en qué esta vida difiere de la precedente? Quizá es mejor distinguir la una de la otra, como quise hacer ántes; y después de haberlas separado y haber convenido nosotros en que son dos vidas diferentes, examinar en qué consiste esta diferencia y cuál de las dos debe ser preferida. Quizá no comprendes aún lo que quiero decir.

CALLICLES.

No, verdaderamente.

SÓCRATES.

Voy á explicártelo con mayor claridad. Estamos de acuerdo en qué existen lo bueno y lo agradable, y en que lo agradable es distinto de lo bueno; y además en que hay ciertas industrias y ciertos modos de procurarlos, que tienden los unos á la adquisicion de lo agradable, los otros á la de lo bueno. Comienza, por lo pronto, por concederme ó por negarme este punto.

CALLICLES.

Lo concedo.

SÓCRATES.

Veamos si me concedes igualmente que lo que yo decia á Pólux y á Gorgias te ha parecido cierto. Les decia que la industria del cocinero no me parecia arte, sino una rutina; y que, por el contrario, la medicina es un arte; fundándome para esto en que la medicina ha estudiado la naturaleza del objeto sobre que se ejerce, conoce las causas de lo que ella hace, y puede dar razon de cada una de sus operaciones; mientras que la cocina, consagrada por entero á los aderezos del placer, tiende á este objeto sin ser dirigida por ninguna regla, y sin haber examinado ni la naturaleza del placer, ni los motivos de sus operaciones; que está desprovista de razon; no da cuenta,

por decirlo así, de nada, y no es más que un hábito, una rutina, un simple recuerdo, que se conserva, de lo que se acostumbra á practicar, y mediante el cual se procura el placer. Considera, por lo pronto, si esto te parece exacto; y en seguida, si con relacion al alma hay profesiones semejantes, caminando las unas segun las reglas del arte, y teniendo cuidado de procurar á aquella lo que le es ventajoso; y desentendiéndose otras de este punto, y como dije ántes respecto al cuerpo, ocupándose únicamente del placer del alma y de los medios de procurarlo, sin examinar en manera alguna cuáles son los buenos y los malos placeres, y pensando sólo en todo lo que afecte al alma agradablemente, sea ó nó ventajoso para ella. Yo pienso, Calicles, que hay profesiones de esta clase, y digo que una de ellas es la adulacion, tanto con relacion al cuerpo, como con relacion al alma, como con relacion á cualquiera otra cosa á la que procure placer, sin hacer la menor indagacion acerca de lo que la es perjudicial ó útil. ¿Eres tú del mismo dictámen que yo, ó de opinion contraria?

CALLICLES.

No, pero te concedo esto á trueque de que se termine la disputa y por complacer á Gorgias.

SÓCRATES.

La adulacion de que yo hablo, ¿tiene lugar respecto á un alma y no respecto á dos ó á muchas?

CALLICLES.

Tiene lugar respecto á dos y á muchas.

SÓCRATES.

De esa manera se puede tratar de complacer á una multitud de almas reunidas, sin cuidarse de lo que es más ventajoso para ellas.

CALLICLES.

Así lo pienso.

SÓCRATES.

¿Podrias decirme cuáles son las profesiones que produ-

cen este efecto? Ó mejor, si lo prefieres, yo te interrogaré, y á medida que te parezca que una profesion es de este género, tú dirás: sí; y si juzgas que no lo es, dirás: nó. Comencemos por el tocador de flauta. ¿No te parece, Callicles, que esta profesion aspira sólo á procurar placer, y que no se cuida de otra cosa?

CALLICLES.

Me lo parece.

SÓCRATES.

¿No formas el mismo juicio de todas las profesiones semejantes á ésta, como la del tocador de lira en los juegos públicos?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No dirás otro tanto del canto de los coros y de la composicion de los ditirambos? ¿Crees que Cinesias, hijo de Méles, se cuida mucho de que sus cantos sirvan para hacer mejores á los que los escuchan, y que aspire á otra cosa que á agradar á la multitud de espectadores?

CALLICLES.

Eso es evidente, Sócrates, respecto á Cinesias.

SÓCRATES.

¿Y su hijo Méles? ¿Piensas que cuando cantaba, acompañado de la lira, tenia en cuenta el bien? ¿No era lo agradable lo que tenia presente, hasta en el caso mismo de que su canto no satisficiera á los espectadores? Examínalo bien. ¿No crees que todos los cantos con acompañamiento de lira y todas las composiciones ditirámicas han sido inventados para causar placer?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Y la tragedia, este poema imponente y admirable, ¿á qué tiende? Todos sus esfuerzos, todos sus cuidados ¿no

tienen á juicio tuyo por objeto único el agradar al espectador? Ó cuando presenta algo de agradable y gracioso, pero que al mismo tiempo es malo, ¿procura suprimirlo, y por el contrario, cuando se trata de algo desagradable, pero que es al mismo tiempo útil, procura declamarlo y cantarlo sin cuidarse de que los espectadores experimenten ó nó placer? ¿Cuál de estas dos tendencias es á juicio tuyo la de la tragedia?

CALLICLES.

Es claro, Sócrates, que se inclina más del lado del placer y del entretenimiento del espectador.

SÓCRATES.

¿No acabamos de ver, Callicles, que todo esto no es más que adulacion?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero si se quitase de la poesía, cualquiera que ella sea, el canto, el ritmo y la medida, ¿quedaría otra cosa que las palabras?

CALLICLES.

No.

SÓCRATES.

Estas palabras ¿no se dirigen á la multitud y al pueblo reunido?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

La poesía, por lo tanto, es una especie de declamacion popular.

CALLICLES.

Así parece.

SÓCRATES.

Es una Retórica, por consiguiente, esta declamacion

popular; porque ¿no te parece que los poetas hacen en el teatro el papel de los oradores?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Por lo tanto, hemos encontrado una Retórica para el pueblo, es decir, para los niños, las mujeres, los hombres libres y los esclavos, todos reunidos, Retórica de que no hacemos gran caso, puesto que hemos dicho que no es otra cosa que una adulacion.

CALLICLES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Muy bien. ¿Y qué juicio formaremos de esta Retórica, hecha para el pueblo de Atenas y para los demás pueblos, compuestos de personas libres? ¿Te parece, que los oradores se proponen en sus arengas producir el mayor bien, y encaminar mediante sus discursos á sus conciudadanos hácia la virtud, en cuanto les es posible? ¿Ó bien los oradores, procurando complacer á sus conciudadanos y despreciando el interés público para ocuparse sólo de su interés personal, sólo se conducen con los pueblos como si fueran niños, con el fin único de complacerles, sin inquietarse en lo más mínimo pensando en si se harán mejores ó peores?

CALLICLES.

Aquí hay que hacer una distincion. Unos oradores hablan teniendo en cuenta el interés público, y otros son como tú dices.

SÓCRATES.

Esa concesion me basta. Porque si hay dos maneras de arengar, una de ellas es una adulacion y una práctica vergonzosa, y la otra es honesta, que es la que trabaja para hacer mejores las almas de los ciudadanos, y que se dedica en todas las ocasiones á decir lo que es más ven-

tajoso, sea bien ó mal recibido por los espectadores. Pero tú nunca has visto una Retórica semejante; y si puedes nombrar algun orador de estas condiciones, ¿por qué no me dices su nombre?

CALLICLES.

¡Por Júpiter! Yo no conozco ninguno entre los actuales.

SÓCRATES.

Pero ¿no podrás nombrarme entre los antiguos uno siquiera de quien se haya dicho, que los atenienses se hicieron mejores, desde que comenzó á arengarles, ó que, por lo ménos continuaron siendo buenos, como lo eran ántes? Porque yo no veo quién haya podido ser.

CALLICLES.

¿Cómo? ¿No oyes decir que Temístocles fué un hombre de bien, como lo fueron Cimon, Milciades y este Pericles, que falleció hace poco, y cuyos discursos tú mismo has oído?

SÓCRATES.

Si la verdadera virtud consiste, como has dicho, Callicles, en contentar sus pasiones y las de los demás, entónces tienes razon. Pero si no es así; si, como nos hemos visto precisados á reconocer en el curso de esta discusion, la virtud consiste en satisfacer aquellos de nuestros deseos, que, satisfechos, hacen al hombre mejor, y no conceder nada á los que le hacen peor; y si, por otra parte, existe un arte destinado á esto, ¿podrás decirme si alguno de los que acabas de citarme puede merecer el título de virtuoso?

CALLICLES.

No sé qué respuesta darte.

SÓCRATES.

Tú la encontrarás, si la buscas con cuidado. Examinemos con toda calma si alguno de ellos ha sido virtuoso. ¿No es cierto que el hombre virtuoso, que en todos sus discursos tiene en cuenta sólo el bien, no hablará á la

aventura, y que siempre se propondrá un fin? El orador se conducirá, como todos los artistas, que, aspirando á la perfeccion de su obra, no toman á la aventura lo que emplean para ejecutarla, sino que escogen lo que es más acomodado para darla la forma que deba tener. Por ejemplo; si echas una mirada sobre los pintores, los arquitectos, los constructores de naves, en una palabra, sobre cualquiera artista, verás que todos ellos colocan en cierto orden todo lo que les viene bien, y obligan á cada parte á adaptarse y amoldarse á todas las demás hasta que el todo reúne la armonía, la forma y la belleza que debe tener. Lo que los otros artistas hacen con relacion á su obra, esos de que ántes hablamos, quiero decir, los maestros de gimnasia y los médicos, lo hacen con relacion al cuerpo, manteniendo en él el orden y el concierto debido. ¿Reconocemos ó nó que esto es así?

CALLICLES.

En buen hora, que sea así.

SÓCRATES.

¿No es buena una casa, en la que reinan el orden y el arreglo, y si reina el desorden no es mala?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

¿No debe decirse otro tanto de una nave?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

El mismo lenguaje usamos respecto á nuestro cuerpo.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Y nuestra alma, ¿será buena, si está desarreglada? ¿No lo estará más bien, si todo está en ella en orden y en debida regla?

CALLICLES.

No puede negarse eso en vista de las concesiones precedentes.

SÓCRATES.

¿Qué nombre se dará al efecto que producen la regla y el orden con relacion al cuerpo? Lo llamas probablemente salud y fuerza.

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Procura ahora encontrar y decirme en igual forma el nombre del efecto, que la regla y el orden producen en el alma.

CALLICLES.

¿Por qué no lo dices tú mismo, Sócrates?

SÓCRATES.

Si lo prefieres, lo diré; pero espero, que si juzgas que tengo razon, convengas en ello; y si no, me rebatas y no dejes pasar nada. Me parece, pues, que se da el nombre de saludable á todo lo que mantiene en el cuerpo el orden donde nacen la salud y las demás cualidades corporales buenas. ¿Es ó nó cierto esto?

CALLICLES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Y que se llama legítimo y ley todo lo que mantiene en el alma el orden y la regla, mediante los que se forman los hombres morigerados y justos, y cuyo efecto es la justicia y la templanza. ¿Lo concedes ó lo niegas?

CALLICLES.

Sea así.

SÓCRATES.

Por lo tanto, un buen orador, el que se conduce segun las reglas del arte, aspirará siempre á este objeto en los discursos que dirija á las almas y en todas sus acciones;

si hace al pueblo alguna concesion, la hará sin perder de vista este objeto; y si le priva de alguna cosa, lo hará por el mismo motivo. Su espíritu estará constantemente ocupado en buscar los medios propios para hacer que nazca la justicia en el alma de sus conciudadanos, y que se destierre la injusticia; en hacer germinar en ella la templanza, y descartar la intemperancia; en introducir en ella todas las virtudes, y excluir todos los vicios. ¿Conviene en esto?

CALLICLES.

Convengo en ello.

SÓCRATES.

¿De qué sirve, en efecto, Calicles, á un cuerpo enfermo y mal dispuesto que le presenten viandas en abundancia y las bebidas más exquisitas ó cualquiera otra cosa, que, segun las buenas reglas, no le es más ventajoso que dañoso, y quizá ménos. ¿No es verdad?

CALLICLES.

En buen hora.

SÓCRATES.

Porque no creo que sea una ventaja para un hombre vivir con un cuerpo enfermizo, puesto que necesariamente ha de arrastrar en semejante situacion una vida desgraciada. ¿No es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Así es que los médicos dejan generalmente á los sanos la libertad de satisfacer sus apetitos, como la de comer lo que quieran cuando tienen hambre, y lo mismo la de beber cuando tienen sed. Pero no permiten casi nunca á los enfermos saciarse de lo que desean. ¿Concedes igualmente esto?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero, querido mio, ¿no debe observarse la misma conducta respecto al alma? Quiero decir, que mientras es mala, es decir, insensata, intemperante, injusta, impía, se la debe alejar de lo que desea y sólo permitirle lo que la puede hacer mejor. ¿Es esta tu opinion?

CALLICLES.

Es mi opinion.

SÓCRATES.

Porque esto es lo más ventajoso para el alma.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero tener á alguno léjos de lo que desea, ¿no es corregirle?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Entónces vale más para el alma ser corregida, que vivir en la licencia, como tú lo pensabas hace un momento.

CALLICLES.

No comprendo nada de lo que dices, Sócrates; interroga á otro.

SÓCRATES.

Hé aquí un hombre, que no puede sufrir lo que se hace en su obsequio, ni aguantar la cosa misma de que hablamos, es decir, la correccion.

CALLICLES.

Yo he hecho poco aprecio de todos tus discursos; y si te he respondido, ha sido por complacer á Gorgias.

SÓCRATES.

Sea así. ¿Pero qué haremos ahora? ¿Dejaremos esta discusion imperfecta?

CALLICLES.

Lo que quieras.

SÓCRATES.

Pero se dice comunmente, que no es permitido dejar incompletos ni áun los cuentos; y que es preciso ponerles cabeza para que no marchen acéfalos de un lado á otro. Responde á lo que resta por decir, para que no quede sin cabeza esta conversacion.

CALLICLES.

¡Eres apremiante, Sócrates! Si me creyeras, debias renunciar á esta disputa ó acabarla con otro.

SÓCRATES.

¿Qué otro ha de querer? Por favor, no abandonemos este discurso sin acabarle.

CALLICLES.

¿No podrias acabarlo tú solo, ya hablando sin interrumpirte ó ya respondiéndote á tí mismo?

SÓCRATES.

No, por temor de que me suceda lo que á Epicarmo, y que no sea yo capaz de decir solo lo que dos hombres estaban diciendo. Veo claramente que por necesidad tendré que llegar á ese punto; pero si tomamos este partido, pienso que, por lo menos, todos los que estamos aquí presentes, debemos estar ansiosos de conocer lo que hay de verdadero y de falso en el punto que tratamos, porque es de interés comun que el asunto se ponga en claro. Así, pues, voy á exponer lo que pienso en esta materia. Si alguno advierte que reconozco como verdaderas cosas que no lo son, que me interrumpa y me combata; porque yo no hablo como un hombre que está seguro de lo que dice, sino que busco con vosotros y en comun la verdad. Por lo tanto, si me parece que el que me niega algo, tiene razon, seré el primero á ponerme de acuerdo con él. Por lo demás, yo no os propongo esto sino en el concepto de que creais que es preciso terminar la disputa; si no sois de esta opinion, dejémosla en este estado y vámonos de aquí.

GORGIAS.

En cuanto á mí, Sócrates, no opino que debamos retirarnos sin que concluyas tu discurso, y lo mismo creo que piensan los demás. Estaré complacido si te oigo exponer lo que te falta por decir.

SÓCRATES.

Y yo, Gorgias, con el mayor gusto continuaré la conversacion con Callicles, hasta que le haya vuelto el dicho de Amfion por el de Zetos. Pero toda vez que tú, Callicles, no quieres acabar la disputa conmigo, escúchame por lo ménos, y cuando diga yo algo que no te parezca en su lugar, interrúmpeme; y si me pruebas que no tengo razon, no me enfadaré contigo; por el contrario, te tendré por mi mayor bienhechor.

CALLICLES.

Habla, querido mio, y acaba.

SÓCRATES.

Escucha, pues; voy á tomar nuestra disputa desde el principio. ¿Lo agradable y lo bueno son una misma cosa? No, segun hemos convenido Callicles y yo. ¿Debe hacerse lo agradable en vista de lo bueno, ó lo bueno en vista de lo agradable? Es preciso hacer lo agradable en vista de lo bueno. ¿No es lo agradable lo que causa en nosotros un sentimiento de placer en el acto mismo en que gozamos; y lo bueno, lo que nos hace buenos mediante su presencia? Sin duda. Ahora bien, nosotros somos buenos y como nosotros todas las demás cosas que son buenas, á causa de la presencia de alguna virtud. Esto me parece incontestable, Callicles. Pero la virtud de cualquier cosa, sea mueble, cuerpo, alma, animal, no se encuentra en ella así á la aventura de una manera perfecta; ella debe su origen al arreglo, á la colocacion, al arte que conviene á cada una de estas cosas. ¿Es esto cierto? Yo digo que sí. La virtud de cada cosa está por consiguiente arreglada y colocada con orden. Yo convendria en ello. Así es

que un cierto orden propio de cada cosa es lo que la hace buena, cuando se encuentra en ella. Esta es mi opinion. Por consiguiente, el alma en que se encuentra el orden que la conviene, es mejor que aquella en que no hay ningun orden. Necesariamente. Pero el alma en la que reina el orden está arreglada. ¿Cómo no lo ha de estar? El alma está arreglada, está dotada de templanza. Es absolutamente necesario. Luego el alma dotada de templanza es buena. Yo no podria oponerme á esto, mi querido Callicles. Mira si tienes tú algo que oponer; dimelo.

CALLICLES.

Prosigue, querido mio.

SÓCRATES.

Digo, pues, que si el alma dotada de templanza es buena, la que está en una disposicion del todo contraria, es mala. Esta alma es la insensata é intemperante.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

El hombre moderado cumple con todos sus deberes para con los dioses y para con los hombres, porque no seria templado si no los llenase. Es indispensable que así suceda. Cumpliendo los deberes para con sus semejantes, hace acciones justas; y cumpliéndolos para con los dioses, hace acciones santas. Cualquiera, que hace acciones justas y santas, es necesariamente justo y santo. Esto es cierto. Tambien necesariamente es valiente; porque no es propio de un hombre templado, ni perseguir ni huir lo que no debe perseguir ni huir; sino que cuando el deber lo exige, es preciso que deseche, que abrace, que lleve con paciencia las cosas y las personas, el placer y el dolor. De manera que es absolutamente necesario, Callicles, que el hombre templado, siendo, como hemos visto, justo, valiente y santo, sea por completo hombre de bien; que siendo hombre de bien, todas sus acciones sean bue-

nas y honestas; y que obrando bien, sea dichoso; y que, por el contrario, el malo, cuyas acciones son malas, sea desgraciado; y el malo es el que está en una disposición contraria á la del hombre templado; es el libertino, cuya condición alabas. Hé aquí lo que yo tengo por cierto, lo que aseguro como verdadero. Y si esto es cierto, no tiene, á mi parecer, otro partido que tomar el que quiera ser dichoso, que amar la templanza y ejercitarse en ella, y huir con todas sus fuerzas de la vida licenciosa; debe obrar de manera que no tenga necesidad de corrección; y si la necesitase, ya él mismo, ya alguno de sus allegados, ya en la vida privada ó ya en los negocios públicos, es preciso que sufra un castigo, y que se corrija, si desea ser dichoso. Tal es, á mi parecer, el objeto hácia el cual debe dirigir su conducta, encaminando todas sus acciones y las del Estado á este fin; que la justicia y la templanza reinen en el que aspira á ser dichoso: Y es preciso guardarse de dar rienda suelta á sus pasiones, de esforzarse en satisfacerlas, lo cual es un mal que no tiene remedio, y expone á pasar una vida de bandido. En efecto, un hombre de esta clase no puede ser amigo de los demás hombres ni de los dioses; porque es imposible que tenga ninguna relación con ellos, y donde no existe relación, no puede tener lugar la amistad. Los sabios, Calicles, dicen que un lazo común une al cielo con la tierra, á los dioses con los hombres, por medio de la amistad, de la moderación, de la templanza y de la justicia; y por esta razón, querido mío, dan á este universo el nombre de *Orden* (1) y no el de desorden ó licencia. Pero con toda tu sabiduría me parece no fijar la atención en esto, puesto que no ves que la igualdad geométrica tiene mucho poder entre los dioses y los hombres. Así crees que es preciso aspirar á tener más que los demás y despreciar la geometría. En buen hora.

(1) *Κόσμος* significa universo y orden.

Es preciso entónces, ó refutar lo que acabo de decir, y probar que no es uno dichoso por la posesion de la justicia y de la templanza, y desgraciado por el vicio; ó si este razonamiento es verdadero, es preciso examinar lo que de él resulta. Y lo que resulta, Callicles, es todo lo que dije ántes, que fué sobre lo que me preguntaste si hablaba sériamente, cuando senté que era preciso, en caso de injusticia, acusarse á sí mismo, acusar á su hijo, á su amigo y servirse de la Retórica á este fin. Y lo que tú has creido que Pólux me habia concedido por pura complacencia, era verdad, á saber: que, así como es más feo, así es tambien más malo hacer una injusticia que recibirla. No es ménos cierto que para ser un buen orador es preciso ser justo y estar versado en la ciencia de las cosas justas, que es lo que Pólux dijo tambien que Gorgias me habia concedido por pura complacencia. Siendo esto así, examinemos algun tanto las objeciones que tú me haces, y si tienes ó nó razon para decirme que no estoy yo en situacion de defenderme á mí mismo ni á ninguno de mis amigos ó parientes, y librarme de los mayores peligros; que estoy, como los hombres declarados infames, á merced del primero que llegue y quiera abofetearme (este era tu lenguaje), ó arrancarme mis bienes, ó desterrarme de la ciudad, ó, en fin, hacerme morir; y que no es posible cosa más fea que encontrarse en semejante situacion. Tal era tu opinion. Hé aquí la mia, que he manifestado ya más de una vez, pero que no hay inconveniente en repetirla. Sostengo, Callicles, que no es lo más feo el verse uno injustamente abofeteado, ó mutilado el cuerpo, ó cercenados los bienes, sino que es mucho más feo y más malo que me abofeteen y me arranquen injustamente lo que me pertenece; porque robarme, apoderarse de mi persona, allanar mi morada, en una palabra, cometer cualquiera especie de injusticia contra mí ó contra lo que es mio, es una cosa más mala y más fea para el

autor de la injusticia, que para mí que la sufro. Estas verdades que, á mi parecer, han sido demostradas en todo el curso de esta polémica, están, á mi juicio, atadas y ligadas entre sí, valiéndome de una expresion un poco grosera quizá, con razones de hierro y diamante. Si no conseguís romperlas, tú ú otro más vigoroso que tú, no es posible hablar sensatamente sobre estos objetos, si se habla de otra manera que como yo lo hago. Porque repito lo que he dicho siempre en esta materia, á saber: que no tengo certidumbre de que lo que digo sea verdadero; pero de todos cuantos han conversado conmigo, en la forma que los dos acabamos de hacerlo, ninguno de ellos ha podido evitar ponerse en ridículo desde el momento en que ha intentado sostener una opinion contraria á la mia. Por lo tanto, supongo que mi opinion es la verdadera; y si lo es, y la injusticia es el mayor de todos los males para el que la comete; y si por grande que sea este mal, hay otro más grande aún, si es posible, que es el no ser castigado por las injusticias cometidas; ¿qué clase de auxilio es el que no puede uno considerarse incapaz de procurarse á sí mismo sin caer en el ridículo? ¿No es el auxilio, cuyo efecto es separar de nosotros el mayor de los daños? Sí, y lo más feo, incontestablemente, es el no poder proporcionar este auxilio á sí mismo, ni á sus amigos, ni á sus parientes. Es preciso poner en segundo lugar, en razon de fealdad, la impotencia de evitar el segundo mal; en tercero, la impotencia de evitar el tercero, y así sucesivamente, en proporcion con la magnitud del mal. Todo lo que tiene de bello poder evitar cada uno de estos males, lo tiene de feo el no poder hacerlo. ¿Es esto así, como yo digo, Callicles, ó es de otra manera?

CALLICLES.

Es como tú dices.

SÓCRATES.

De estas dos cosas, cometer la injusticia y sufrirla.

siendo la primera en nuestra opinion un mayor mal , y la segunda uno menor; ¿qué es lo que el hombre deberá procurar hacer para ponerse en situacion de auxiliarse á sí mismo , y gozar de la doble ventaja de no cometer ni sufrir ninguna injusticia? ¿Es el poder ó la voluntad? Quiero decir lo siguiente. Pregunto si, para no sufrir ninguna injusticia , basta no quererlo; ó si es preciso hacerse bastante poderoso para ponerse al abrigo de toda injusticia.

CALLICLES.

Es claro que no llegará á estar seguro , sino haciéndose poderoso.

SÓCRATES.

Y con relacion al otro punto , esto es , el de cometer la injusticia , ¿es bastante no quererlo para no cometerla , de suerte que efectivamente no se cometerá? ¿ó es preciso adquirir además para esto cierto poder , cierto arte , de modo que si no se le aprende y se le lleva á la práctica , se habrá de incurrir en injusticia? ¿Por qué no me respondes á esto , Callicles? ¿Crees que cuando Pólux y yo nos pusimos de acuerdo en que nadie comete una injusticia voluntariamente , sino que todos los malos son tales á pesar suyo , nos hemos visto forzados á hacer concesion por buenas razones ó nó?

CALLICLES.

Paso por esto , Sócrates , á fin de que termines tu discurso.

SÓCRATES.

Es preciso , pues , á lo que parece procurarse igualmente un cierto poder y cierto arte , para no cometer injusticia.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Pero ¿cuál es el medio de asegurarse en todo ó parte contra la injusticia , que pueda proceder de un tercero?

Mira si en este punto eres de mi opinion. Creo que es preciso tener una plena autoridad en su ciudad, en calidad de soberano ó de tirano, ó ser amigo de los que gobiernan.

CALLICLES.

Ahí tienes, Sócrates, cómo estoy dispuesto á aprobar cuando hablas en regla. Lo que acabas de decir me parece bien dicho.

SÓCRATES.

Examina si lo que yo añado es ménos cierto. Me parece, segun han dicho antiguos y sabios personajes, que lo semejante es amigo de su semejante todo lo que es posible. ¿No piensas tú lo mismo?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Donde quiera que se encuentra un tirano salvaje y sin educacion, si hay en la ciudad algun ciudadano mejor que él, le temerá; y nunca le será afecto con toda su alma.

CALLICLES.

Es cierto.

SÓCRATES.

Este tirano tampoco amará á ningun ciudadano de mérito muy inferior al suyo, porque le despreciará; y jamás sentirá por él la afeccion que se siente por un amigo.

CALLICLES.

Tambien eso es cierto.

SÓCRATES.

El único amigo que le queda, por consiguiente, único, á quien dispensará su confianza, es aquel que siendo del mismo carácter, aprobando y reprobando las mismas cosas, se avendrá á obedecerle y vivir sometido á sus caprichos. Este hombre gozará de gran crédito en la ciudad, y nadie le dañará impunemente. ¿No es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Si alguno de los jóvenes de esta ciudad se dijese á sí mismo: ¿de qué manera podré yo alcanzar un gran poder y ponerme al abrigo de toda injusticia? El camino para llegar á ello, á mi parecer, es acostumbrarse desde luego á alabar y vituperar las mismas cosas que el tirano, y esforzarse por adquirir la más perfecta semejanza con él. ¿No es cierto?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Por este medio se pondrá bien pronto fuera de los tiros de la injusticia, y se hará poderoso entre sus conciudadanos.

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿Pero será esto igualmente una garantía de que no cometerá injusticias? ¿Ó estará muy léjos de ser así, si se parece á su señor que es injusto, y tiene un gran poder cerca de él? Yo creo que todos sus hechos tenderán á ponerse en situacion de cometer las mayores injusticias, sin temor de que le sobrevenga ningun castigo. ¿No es así?

CALLICLES.

Así parece.

SÓCRATES.

Tendrá por consiguiente en sí mismo el más grande de los males, teniendo el alma enferma y degradada por su semejanza con el tirano y por su poder.

CALLICLES.

Yo no sé, Sócrates, qué secreto posees para volver y revolver el razonamiento en todos sentidos. ¿Ignoras que este hombre, que se modela por el tirano, hará morir, si lo estima conveniente, y despojará de sus bienes al que no le imite?

SÓCRATES.

Ya lo sé, mi querido Callicles, y sería preciso que fuese sordo para ignorarlo, despues de haberlo oido más de una vez de tu boca, de la de Pólux y de la de casi todos los habitantes de esta ciudad. Pero escúchame ahora. Convento en que condenará á muerte á quien quiera, pero él será un hombre malo, y aquel á quien haga morir será un hombre de bien.

CALLICLES.

¿Pues no es esto precisamente lo más triste?

SÓCRATES.

No, por lo ménos para el hombre sensato, como lo prueba este discurso. ¿Crees que el hombre debe aplicarse á vivir el mayor tiempo posible, y aprender las artes que nos salven de los mayores peligros en todas las situaciones de la vida, como la Retórica, que me aconsejas que estudie y que es una prenda de seguridad en los tribunales?

CALLICLES.

Sí, ¡por Júpiter! y es este un buen consejo que te doy.

SÓCRATES.

Y bien, querido mio, el arte de nadar, ¿te parece muy apreciable?

CALLICLES.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Sin embargo, salva á los hombres de la muerte, cuando se encuentra en circunstancias, en que hay necesidad de acudir á este arte. Pero si este te parece despreciable, voy á citarte otro más importante: el arte de dirigir las naves, que no sólo salva las almas sino tambien los cuerpos y los bienes de los mayores peligros, como la Retórica. Este arte es modesto y nada pomposo; no presume ni hace ostentacion de producir efectos maravillosos; y aunque nos proporciona las mismas ventajas que el arte

oratorio, no exige, segun creo, más que dos óbolos por traernos sanos y salvos desde Egina á aquí; y si es desde Egipto ó desde el Ponto, por un beneficio tan grande y por haber conservado todo lo que acabo de decir, nuestra persona y nuestros bienes, nuestros hijos y nuestras mujeres, no nos exige más que dos dracmas despues de ponernos en tierra en el puerto. En cuanto á la persona que poseè este arte, y que nos ha hecho un servicio tan grande, despues que desembarca, se pasea con aire modesto á lo largo de la ribera y de su buque; porque se dice á sí mismo, á lo que yo imagino, que no sabe á qué pasajeros ha hecho bien impidiendo que se sumergieran en el agua, y á quiénes ha hecho mal, sabiendo bien como sabe que ellos no han salido de su buque mejores que entraron, ni respecto del cuerpo ni respecto del alma. Él razona de esta manera: si alguno, cuyo cuerpo esté atacado de enfermedades graves é incurables, no se ha ahogado en el agua, es una desgracia para él el no haberse muerto, y no me debe ninguna consideracion. Y si alguno tiene en su alma, que es mucho más preciosa que su cuerpo, una multitud de males incurables, ¿es un bien para él vivir y se hace un servicio á un hombre de esta clase, salvándole del mar, ó de las manos de la justicia ó de cualquier otro peligro? Por el contrario, el piloto sabe que no es ventajoso para el hombre malo el vivir, porque necesariamente ha de vivir desgraciado. Hé aquí por qué no está en uso que el piloto haga alarde de su arte, aunque le debemos nuestra salud; de la misma manera, mi querido amigo, que el maquinista, que en ciertos lances puede salvar tantas cosas, no digo como el piloto, sino como el general de ejército ó cualquiera otro, sea el que sea, puesto que algunas veces conserva y salva ciudades enteras. ¿Pretenderias compararle con el abogado? Sin embargo, Callicles, si quisiese él usar el mismo lenguaje que tú, y alabar su arte, te oprimiria con sus razones, probándote que debes hacerte

maquinista, y exhortándote á que te hagas, porque las demás artes no son nada cotejadas con ella, y tendria ancho campo para discurrir. Tú, sin embargo, le despreciarias á él y á su arte, y le dirias, creyendo injuriarle, que no es más que un maquinista; y á fe que no querrias dar en matrimonio tu hija á su hijo, ni tu hijo á su hija. Sin embargo, si te fijas en las razones que tienes para estimar en tanto tu arte, ¿con qué derecho desprecias al maquinista y á los demás de que te he hablado? Conozco que vas á decirme que eres mejor que ellos y de mejor familia. Pero si por mejor no debe entenderse lo que yo entiendo, y si toda la virtud consiste en poner en seguridad su persona y sus bienes, tu desprecio por el maquinista, por el médico y por las demás artes, cuyo objeto es vigilar por nuestra conservacion, es digno de risa. Pero, querido mio, mira que el ser virtuoso y bueno no sea otra cosa distinta que asegurar la salud de los demás y la propia. En efecto, el que es verdaderamente hombre, no debe desear vivir por el tiempo que se imagine ni tener cariño á la vida, sino que, dejando á Dios el cuidado de todo esto y teniendo fe en lo que dicen las mujeres: que nadie se ha librado nunca de su destino, lo que necesita es ver de qué manera deberá conducirse para pasar lo mejor posible el tiempo que quede de vida. ¿Y esto debé hacerlo conformándose con las costumbres del país en que se encuentre? Pues es preciso entónces que desde este momento te esfuerces en parecerte lo más posible al pueblo de Atenas, si quieres ser por él estimado y tener gran crédito en la ciudad. Mira si no es esto ventajoso para tí y para mí. Pero es de temer, mi querido amigo, no nos suceda lo que á las mujeres de Tesalia (1), cuando hacen bajar la luna, y que nosotros no podamos alcanzar este poder en

(1) Quedaban ciegas é impotentes, segun Saisset. Concluian por perder la vista y los piés, segun Cousin.

Atenas sino á costa de lo más precioso que tenemos. Y si crees que hay alguno en el mundo que pueda enseñarte el secreto de hacerte poderoso entre los atenienses, diferenciándote de ellos, sea en bien, sea en mal, mi dictámen es que te engañas, Callicles. Porque no basta imitar á los atenienses; es preciso haber nacido con un carácter igual al suyo, para contraer una verdadera amistad con ellos, como con el hijo de Pirilampo. Asi, si encuentras uno que te comunique esta perfecta conformidad con ellos, hará de tí un político y un orador, que es lo que deseas. Los hombres, en efecto, se complacen con los discursos que se amoldan á su carácter, y todo lo que es extraño á éste les ofende; á ménos que tú seas de distinta opinion, mi querido amigo. ¿Tenemos algo que oponer á esto, Callicles?

CALLICLES.

El cómo no lo sé, Sócrates, pero me parece que tienes razon; mas á pesar de eso, estoy en el mismo caso que la mayor parte de los que te escuchan; no me convences.

SÓCRATES.

Eso procede, Callicles, de que el amor al pueblo y al hijo de Pirilampo, arraigado en tu corazon, combate mis razones. Pero si reflexionamos juntos muchas veces y á fondo sobre los mismos objetos, quizá te entregarás. Recuerda que como hemos dicho, hay dos maneras de cultivar el cuerpo y el alma; la una, que tiene por objeto el placer; la otra, que se propone el bien; y que, léjos de querer lisonjear las inclinaciones de la primera, por el contrario, las combate. ¿No es esto lo que ántes explicamos con la mayor claridad?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

La que corresponde al placer es baja y no es otra cosa que una pura adulacion. ¿No es así?

CALLICLES.

En buen hora, puesto que tú lo quieres.

SÓCRATES.

Mientras que la otra sólo piensa en hacer mejor el objeto de sus cuidados, ya sea el cuerpo, ya el alma.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

¿No es así como debemos llevar á cabo la cultura del Estado y de los ciudadanos, trabajando para hacerlos todo lo buenos que sea posible? Puesto que sin esto, como vimos ántes, cualquiera otro servicio que se les hiciese no les seria de ninguna utilidad; á no ser que el alma de aquellos que hubieran de reunir riquezas ó un aumento de poder, ó cualquiera otro género de dominio, sea buena y honesta. ¿Sentaremos esto como cierto?

CALLICLES.

Sí, si es cosa que lo deseas.

SÓCRATES.

Si mutuamente nos excitáramos, Callicles, para encargarnos de alguna obra pública, por ejemplo, de la construccion de murallas, arsenales, templos, edificios de primer orden, ¿no seria indispensable, que nos sondeáramos el uno al otro, y examináramos, en primer lugar, si somos ó nó entendidos en arquitectura y de quién hemos aprendido este arte? ¿Seria esto indispensable; sí ó nó?

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Lo segundo, que habria que examinar, ¿no seria si habiamos dirigido nosotros mismos la construccion de alguna casa para nosotros ó para nuestros amigos, y si esta casa estaba bien ó mal construida? Y hecho este exámen, si resultaba que hemos tenido maestros hábiles y célebres; que bajo su direccion hemos construido numerosos y

bellos edificios; que tambien los hemos construido por nosotros mismos despues de dejar á los maestros; con todos estos preliminares, ¿no seria muy prudente que nos encargáramos de las obras públicas? Por el contrario, si no pudiéramos decir quiénes habian sido nuestros maestros, ni mostrar ningun edificio, como obra maestra; ó si, mostrando muchos, resultaran mal contruidos; ¿no seria una locura, de nuestra parte, emprender ninguna obra pública, y animarnos el uno al otro? ¿Confesaremos que esto es exacto, ó nó?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

¿No sucede lo mismo con todas las demás cosas? Por ejemplo; si tuviéramos intencion de servir al público como médicos y mutuamente nos animáramos considerándonos suficientemente versados en este arte, ¿no nos estudiaríamos recíprocamente tú y yo? Veamos, dirias tú, cómo se porta Sócrates, y si hay algun hombre libre ó esclavo, que haya sanado de cualquier enfermedad mediante los cuidados de Sócrates. Otro tanto haria yo respecto de tí. Y si resultaba, que no habiamos dado la salud á nadie, ni extranjero, ni ciudadano, ni hombre, ni mujer; ¡en nombre de Júpiter! Calicles, ¿no seria verdaderamente ridículo y llegar al extremo de la extravagancia querer, como suele decirse, hacer las mejores piezas de loza en el aprendizaje del oficio de alfarero; consagrarse al servicio del público y exhortar á los demás á hacer lo mismo ántes de haber dado en particular pruebas de suficiencia con buenos ensayos y en gran número, y de haber ejercido suficientemente su arte? ¿No crees que seria insensata semejante conducta?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Ahora, pues, que tú, el mejor de los hombres, has comenzado á mezclarte en los negocios públicos, que me comprometes á imitarte, y que me echas en cara el no tomar parte en ellos, ¿no deberemos examinarnos el uno al otro? Veamos, pues. ¿Calicles ha hecho ántes de hoy á algun ciudadano mejor? ¿Hay alguno, que siendo ántes malo, injusto, libertino é insensato, se haya hecho hombre de bien gracias á los cuidados de Calicles, ya sea extranjero, ciudadano, esclavo ú hombre libre? Díme, Calicles, si te preguntaran esto, ¿que responderias? ¿Dirás que tu trato ha hecho alguno mejor? ¿Tienes pudor en declararme que, no siendo más que un simple particular, y ántes de mezclarte en el gobierno del Estado, nada de estas cosas has practicado, ni nada que se le parezca?

CALLICLES.

Tú eres un disputador, Sócrates.

SÓCRATES.

No es por espíritu de disputa el interrogarte, sino por el sincero deseo de saber cómo crees que debe uno conducirse entre nosotros en el manejo de la administracion pública; y si, al mezclarte en los negocios del Estado, no te propones otro objeto que hacernos á todos perfectos ciudadanos. ¿No hemos convenido repetidas veces en que tal debe ser el objeto de la política? ¿Estamos en esto de acuerdo, sí ó nó? Responde. Estamos de acuerdo, ya que es preciso que yo responda por tí. Sí, pues, tal es la ventaja, que el hombre de bien debe tratar de proporcionar á su patria, reflexiona un poco, y díme si te parece aún que esos personajes, de que hablabas ántes, Pericles, Cimón, Milciades y Temistocles, han sido buenos ciudadanos.

CALLICLES.

Sin duda.

SÓCRATES.

Si han sido buenos ciudadanos, es claro y es consiguiente que han hecho á sus compatriotas mejores de peores que eran ántes. ¿Los han hecho, sí ó nó?

CALLICLES.

Los han hecho.

SÓCRATES.

Cuando Pericles comenzó á hablar en público, ¿los atenienses eran más malos, que cuando les arengó la última vez?

CALLICLES.

Quizá.

SÓCRATES.

No hay que decir quizá, amigo mio; esto es consecuencia necesaria de las premisas admitidas, si es cierto que Pericles fué un buen ciudadano.

CALLICLES.

¡Y bien! ¿Qué significa eso?

SÓCRATES.

Nada. Pero dime algo más; ¿se cree comunmente que los atenienses se han hecho mejores mediante los cuidados de Pericles? ¿Ó todo lo contrario; esto es, que los ha corrompido? Oigo decir, en efecto, que Pericles ha hecho á los atenienses perezosos, cobardes, habladores é interesados, habiendo sido él el primero que puso á sueldo las tropas.

CALLICLES.

Ese lenguaje, Sócrates, sólo le oyes á los que tienen entorpecidos los oídos (1).

SÓCRATES.

Por lo ménos, lo que voy á decir no es un simple *se dice*. Yo sé positivamente, y tú mismo lo sabes, que Pericles se granjeó al principio una gran reputacion; y que

(1) Es decir que *laconizan*, como sucede en el *Protágoras*, y que son, por consiguiente, enemigos del gobierno de Atenas.

los atenienses, en los tiempos en que eran más malos, no dictaron contra él ninguna sentencia infamatoria, pero que al fin de la vida de Pericles, cuando ya se habían hecho buenos y virtuosos por su mediación, le condenaron por el delito de peculado, y poco faltó para que le condenasen á muerte, sin duda considerándolo como un mal ciudadano.

CALLICLES.

¡Y qué! ¿Por esto lo era Pericles?

SÓCRATES.

Se tendría por un mal guarda á todo hombre que tuviese á su cargo asnos, caballos y bueyes, si imitase á Pericles; y si estos animales, hechos feroces en sus manos, coceasen, corneasen y mordiesen, cuando ninguna de estas cosas hacian ántes de habérselos confiado. ¿No crees que, en efecto, se da pruebas de gobernar mal un animal, cualquiera que él sea, cuando habiéndole recibido manso, se le devuelve más intratable que se había recibido? Es esta tu opinion, sí ó nó?

CALLICLES.

Por darte gusto digo que sí.

SÓCRATES.

Pues hazme el favor de decirme, si el hombre entra ó nó en la clase de los animales.

CALLICLES.

¿Cómo no ha de entrar?

SÓCRATES.

¿No eran hombres los que Pericles tomó á su cargo?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Y bien; ¿no era preciso, segun hemos ya convenido, que de injustos que eran, se hiciesen justos bajo su direccion, puesto que los tomaba á su cargo, si realmente hubiera sido buen político?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero los justos son suaves, como dice Homero; y tú, ¿qué dices? ¿piensas lo mismo?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Pero Pericles los ha hecho más feroces que eran cuando se encargó de ellos, y feroces contra él mismo, lo cual ha debido ser muy contra sus intenciones.

CALLICLES.

¿Quieres que te lo conceda?

SÓCRATES.

Sí, si te parece que digo verdad.

CALLICLES.

Concedido.

SÓCRATES.

Haciéndolos más feroces, ¿no los ha hecho consiguientemente más injustos y más malos?

CALLICLES.

Concedido.

SÓCRATES.

En este concepto, Pericles no era un buen político.

CALLICLES.

Tú lo dices.

SÓCRATES.

Y tú también seguramente, si se juzga por las concesiones que has hecho. Dime ahora, á propósito de Cimon: los que tenía á su cuidado ¿no le hicieron sufrir la pena del ostracismo, para estar durante diez años sin oír su voz? ¿No observaron la misma conducta respecto á Temístocles, y además no le condenaron al destierro? Milciades, el vencedor de Maraton, ¿no le condenaron á ser sumido en un calabozo como se hubiera realizado, si no

lo hubiera impedido el primer pritano? Sin embargo, si estos hubieran sido buenos ciudadanos, como pretendes, nada de esto les hubiera sucedido. Es natural que los conductores hábiles de los carros caigan de sus caballos al principio, y no que caigan despues de haberles enseñado á ser dóciles y de hacerse ellos mejores cocheros. Esto sucede lo mismo en la conduccion de los carros que en cualquiera otra cosa. ¿Qué piensas de esto?

CALLICLES.

Así es.

SÓCRATES.

Lo que hemos dicho ántes era cierto á lo que parece; esto es, que no conocemos en esta ciudad á ningun hombre que haya sido buen político. Tú mismo confesabas que hoy dia no le hay, pero sostenias que los habia habido en otro tiempo, y designaste con preferencia los que acabo de nombrar. Pero ya hemos visto, que éstos no llevan ninguna ventaja á los de nuestros dias. Y esto porque, si eran buenos oradores, no hicieron uso ni de la verdadera Retórica, pues en este caso no hubieran perdido su poder, ni de la Retórica aduladora (1).

CALLICLES.

Sin embargo, Sócrates, mucho falta para que ninguno de los políticos de hoy lleve á cabo las grandes acciones de cualquiera de aquellos, el que te acomode elegir.

SÓCRATES.

No es, querido mio, que yo los desprecie en concepto de servidores del pueblo. Me parece, por el contrario, que son muy superiores á los de nuestros dias, y que han demostrado mayor celo al procurar al pueblo lo que deseaba. Pero en cuanto á hacer que éste mude de deseos, á no

(1) Porque si hubieran hecho uso de la verdadera Retórica, habrian hecho mejores á los atenienses; y si se hubieran servido de la Retórica aduladora, no habrian caido en desgracia para con ellos.

permitirle satisfacerlos, y á encaminar á los ciudadanos, valiéndose ya de la persuasion, ya de la coaccion, hácia lo que podia hacerles mejores; en esto es en lo que no hay, por decirlo así, ninguna diferencia entre ellos y los actuales. Y esta es la única empresa digna de un buen ciudadano. Respecto á los buques, murallas, arsenales y otras cosas semejantes, convengo contigo en que los de los tiempos pasados se esforzaban más en procurárnoslo que los de nuestros dias. Pero nos sucede á tí y á mí una cosa particular en esta disputa. Desde que comenzamos, no hemos cesado de girar alrededor del mismo objeto, y no nos entendemos el uno al otro. Así me imagino que has confesado y reconocido muchas veces, que, con relacion al cuerpo y al alma, hay dos modos de cuidarlos: el uno servil, que se propone suministrar por todos los medios posibles alimento á los cuerpos cuando tienen hambre, bebida cuando tienen sed, vestidos para el dia y para la noche, calzado cuando hace frio, en una palabra, todas las cosas de que el cuerpo puede tener necesidad. Me sirvo expresamente de estas imágenes, á fin de que comprendas mejor mi pensamiento. Cuando se está en posicion de atender á cada una de estas necesidades como mercader, como traficante, como productor de alguna de estas cosas, panadero, cocinero, tejedor, zapatero, curtidor, no es extraño, que siendo así, se imagine ser el proveedor de las necesidades de los cuerpos, y que se le considere de esta suerte por cualquiera que ignore que, además de todas estas artes, hay una, cuyas partes son la gimnasia y la medicina, á la que pertenece verdaderamente el sostenimiento del cuerpo; que á ella corresponde el mandar á todas las demás, aprovechándose de sus trabajos, porque sabe lo que hay de saludable y de perjudicial á la salud en la comida y bebida, lo cual ignoran las otras artes. Por esta razon, en lo relativo al cuidado del cuerpo, deben reputarse las otras artes como funciones

serviles y bajas, y la gimnasia y la medicina deben ocupar, como es justo, el rango de maestras. Que lo mismo tiene lugar respecto del alma, me parece á veces que comprendes que tal es mi pensamiento, pues tú me haces concesiones, como haria uno que entendiera perfectamente lo que yo digo. Pero has añadido un momento despues que ha habido en esta ciudad excelentes hombres de Estado, y cuando te pregunté quiénes eran ellos, tú me presentaste algunos, que para los negocios políticos son precisamente tales, como si preguntándote cuáles han sido ó cuáles son los más hábiles en la gimnasia y capaces de conservar el cuerpo, tú me nombraras muy sériamente á Tearion el panadero, á Mitecos, que ha escrito sobre la cocina de Sicilia, á Sarambos el mercader de vinos, pretendiendo que estos han sobresalido en el arte de cuidar el cuerpo, porque sabian admirablemente preparar el uno el pan, el otro los condimentos, y el tercero el vino. Quizá te enfadarías conmigo si yo te dijese con este motivo: Tú no tienes, mi querido amigo, ninguna idea de la gimnasia; me citas servidores de nuestras necesidades, cuya única ocupacion es satisfacerlas; pero que no conocen lo que hay de bueno y de honesto en este género, que despues de proporcionar toda clase de alimentos y engordar el cuerpo de los hombres, y de haber por ello recibido elogios, concluyen por arruinar hasta su temperamento primitivo. No acusarán, vista su ignorancia, á estos sostenes de su glotonería de ser causa de las enfermedades que los sobrevienen y de la pérdida de su primer robustez, sino que harán recaer la falta sobre los que, presentes entónces, les han dado algunos consejos. Y cuando los excesos gastronómicos que han hecho, sin consideracion á la salud, hayan producido mucho despues enfermedades, se fijarán en estos últimos, los insultarán, y les causarán mal, si son capaces de ello; para los primeros, por el contrario, que son la verdadera causa de sus

males, no habrá más que alabanzas. Hé aquí precisamente la conducta que tú observas al presente, Callicles. Exaltas á hombres que han hecho buenos servicios á los atenienses, prestándose á todo lo que deseaban. Han engrandecido el Estado, dicen los atenienses; pero no echan de ver que este engrandecimiento no es más que una hinchazón, un tumor lleno de corrupcion, y que esto es todo lo que han hecho los políticos antiguos con haber llenado la ciudad de puertos, de arsenales, de murallas, de tributos y otras necesidades semejantes, sin unir á esto la templanza y la justicia. Cuando se descubra la enfermedad, la tomarán con aquellos que en aquel momento se pongan á darles consejos, y no tendrán más que elogios que prodigar á Temistocles, Cimón y Pericles, que son los verdaderos autores de sus males. Quizá la tomarán contigo si no te precaves, y con mi amigo Alcibiades, cuando, además de lo adquirido, hayan perdido lo que poseian en otro tiempo, no siendo vosotros los primeros autores, aunque quizá sí los cómplices de su ruina. Por lo demás, veo que hoy día pasa una cosa completamente irracional, y entiendo que lo mismo debe decirse de los hombres que nos han precedido. Observo, en efecto, que cuando el pueblo castiga á alguno de los que se mezclan en los negocios públicos como culpable de malversacion, se sublevar y se quejan amargamente los castigados de los malos tratamientos que reciben, despues de los servicios sin número que han hecho al Estado. ¿Y es tan injusto como suponen que el pueblo les haga perecer? No, nada más falso. Jamás puede ser oprimido injustamente un hombre, que se halla á la cabeza del Estado, por el Estado mismo que gobierna. Con los que se dan por políticos, sucede lo que con los sofistas. Los sofistas, hábiles por otra parte, observan hasta cierto punto una conducta desprovista de buen sentido. Al mismo tiempo que hacen profesion de enseñar la virtud, acusan muchas veces á sus discípulos de que son

culpables para con ellos de injusticia, en cuanto les defraudan el dinero que se les debe, y no muestran por otra parte para con ellos ninguna clase de reconocimiento despues de los beneficios que de ellos han recibido. ¿Y hay nada más inconsecuente que semejante razonamiento? ¿No juzgas tú mismo, mi querido amigo, que es absurdo decir, que hombres que se han hecho buenos y justos, gracias á los cuidados de sus maestros, que han hecho que en sus almas remplazara la justicia á la injusticia, obren injustamente á causa de un vicio que no existe ya en ellos? Me has comprometido, Callicles, á pronunciar un discurso en forma de arenga por negarte á contestarme.

CALLICLES.

¿Pero es posible que no puedas hablar sin que yo te responda?

SÓCRATES.

Parece que sí puedo, puesto que desde que no quieres responderme, me extiendo en largos discursos. Pero, querido mio, en nombre de Júpiter que preside la amistad, dime: ¿no encuentras absurdo, que un hombre que se alaba de haber hecho á otro virtuoso, se queje de él como de un malvado, cuando por sus cuidados se ha hecho y es realmente bueno?

CALLICLES.

Me parece absurdo.

SÓCRATES.

¿No es este, sin embargo, el lenguaje que oyes á los que hacen profesion de educar á los hombres para la virtud?

CALLICLES.

Es cierto; pero ¿qué otra cosa puede esperarse de gentes despreciables, tales como los sofistas?

SÓCRATES.

Y bien: ¿qué dirás de los que, alabándose de estar á la cabeza de un Estado y de consagrar todos sus cuidados á hacerle muy virtuoso, acusen en seguida á la primer oca-

sion al Estado mismo de ser muy corrompido? ¿Crees tú que haya alguna diferencia entre ellos y los precedentes? El sofista y el orador, querido mio, son una misma cosa ó dos cosas muy parecidas, como dije á Pólux. Pero por no conocer esta semejanza, piensas que la Retórica es lo más bello del mundo, y desprecias la profesion del sofista. Sin embargo, la sofística, á la verdad, está en belleza por cima de la Retórica, como lo está la funcion del legislador sobre la del juez, y la gimnasia sobre la medicina. Creia yo que los sofistas y los oradores eran los únicos que no tenian derecho á echar en cara al que educan el ser malo para ellos, ó que acusándole, se acusarian á sí mismos por no haber hecho ningun bien á los que creian haber hecho mejores. ¿No es esto cierto?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Son igualmente los únicos que podrian no exigir salario por las ventajas que proporcionan, si lo que ellos dicen fuese verdad. En efecto; otro que hubiese recibido cualquiera otra clase de beneficio, por ejemplo, que se hubiere hecho ligero en la carrera mediante los cuidados de un maestro de gimnasia, podria quizá faltar á éste al reconocimiento que le debe, si el maestro de gimnasia le dejase á su discrecion, y si no hubiese hecho con él un convenio oneroso en virtud del cual debia de recibir dinero en cambio de la agilidad que le comunicaba; porque no es, á mi parecer, la lentitud de la carrera, sino la injusticia la que hace los hombres malos. ¿No es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Si alguno, por lo tanto, destruyese este principio de maldad, quiero decir, la injusticia, no tendria que temer que se portasen con él injustamente; y seria el único que con

seguridad podría dispensar gratuitamente su beneficio, si estaba realmente en su poder hacer los hombres virtuosos. ¿No convienes en esto?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Probablemente por esta razón no es vergonzoso recibir un salario por otros consejos, que se dan, relativos á la arquitectura, por ejemplo, ó á cualquiera otro arte semejante.

CALLICLES.

Así parece.

SÓCRATES.

Mientras que, si lo que se intenta es inspirar á un hombre toda la virtud de que sea capaz, y enseñarle á gobernar perfectamente su familia ó su patria, se tiene por cosa vergonzosa rehusar la enseñanza hasta no haber asegurado la paga. ¿No es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Es evidente que la razón de esta diferencia consiste en que de todos los beneficios, este es el único que obliga á la persona que le ha recibido á desear hacer bien á su vez á su bienhechor; de suerte que se mira como un buen signo dar al autor de semejante beneficio señales de su reconocimiento, y como mal signo no darle ninguna. ¿No es así?

CALLICLES.

Sí.

SÓCRATES.

Explicame claramente á cuál de estas dos maneras de procurar el bien del Estado me invitas; si es la de combatir las tendencias de los atenienses, con la mira de hacer de ellos excelentes ciudadanos en calidad de médico, ó la de

ser el servidor de sus pasiones, y no tratar con ellos sino con la intencion de adularlos. Dime sobre este punto la verdad, Calicles; es justo que, habiendo comenzado á hablarme con franqueza, continúes hasta el fin, diciéndome lo que piensas. Y así, respóndeme sincera y generosamente.

CALLICLES.

Digo, que á lo que te invito es á que seas el servidor de los atenienses.

SÓCRATES.

Es decir, muy generoso Calicles, que me exhortas á que me haga su adulator.

CALLICLES.

Si prefieres tratarlos como Misios (1), en hora buena. Pero si no tomas el partido de adularlos...

SÓCRATES.

No me repitas lo que me has dicho muchas veces: que un cualquiera me condenará á muerte, si no quieres que, á mi vez, yo te replique, que será un malvado el que haga morir á un hombre de bien; ni me digas que me arrancará los bienes que poseo, para que no te diga yo que, si me despoja de los bienes, no sabrá qué hacer de ellos; y que habiéndomelos arrancado injustamente, si los usa, usará de ellos injustamente, y por tanto de una manera fea, y por consiguiente mala.

CALLICLES.

Me parece, Sócrates, que estás en la firme confianza de que no te sucederá nada semejante, como si estuvieses léjos de todo peligro; y como si ningun hombre, por muy malo quizá y muy despreciable que sea, no pudiera arrastrarte ante los tribunales.

SÓCRATES.

Seria seguramente insensato, Calicles, si no creyese

(1) Es decir hombres insignificantes.

que en una ciudad como Atenas no hay nadie que no esté expuesto á toda clase de accidentes. Pero lo que yo sé es que si comparézcó delante de algun tribunal por uno de estos accidentes, el que me cite será un malvado, porque nunca un ciudadano virtuoso citará en justicia á ningún inocente. Y no sería extraño que fuese yo condenado á muerte. ¿Quieres saber por qué lo creo así?

CALLICLES.

Sí, lo quiero.

SÓCRATES.

Pienso que me consagro á la verdadera política con un pequeño número de atenienses, (por no decir que me consagro yo solo) y que hoy sólo yo lleno los deberes de un hombre de Estado. Como no trato en manera alguna de adular á aquellos con quienes converso todos los dias; como me fijo en lo más útil y no en lo más agradable, y no quiero hacer todas esas preciosas cosas que me aconsejas, no sabría qué decir cuando me encontrase delante de los jueces, y lo que yo decia á Pólux viene aquí muy á cuento: seré juzgado como lo seria un médico acusado delante de niños por un cocinero. Examina, en efecto, lo que un médico, en medio de semejantes jueces, tendria que decir en su defensa, si se le acusaba en estos términos: jóvenes, este hombre os ha hecho mucho mal; os pierde á vosotros y á los que son más jóvenes que vosotros; os hace desesperar, cortando, quemándoos, debilitándoos y sofocándoos; os da bebidas muy amargas, y os hace morir de hambre y de sed; no os sirve, como yo, alimentos de todas clases en gran cantidad y agradables al paladar. ¿Qué piensas que diria el médico en semejante aprieto? Responderá lo que es cierto: jóvenes, yo no he hecho todo eso sino para conservaros la salud. ¿No crees tú que tales jueces prorumpirian en exclamaciones con semejante respuesta? con todas sus fuerzas. ¿no es así?

CALLICLES.

Debe creerse.

SÓCRATES.

Este médico ¿no se encontraria grandemente embarazado, á juicio tuyo, al pensar lo que tenia que decir?

CALLICLES.

Seguramente.

SÓCRATES.

Sé muy bien que lo mismo me sucederia á mí, si comparciese en justicia. Porque no podria hablar á los jueces de los placeres que les he proporcionado, placeres que miran como otros tantos beneficios y servicios, y yo no tengo envidia ni á los que los suministran ni á los que gozan de ellos. Si se me acusa de corromper la juventud, provocando dudas en su espíritu; ó de hablar mal de ciudadanos ancianos, pronunciando á propósito de ellos discursos mordaces, ya en particular, ya en público, no podré decir, como es cierto, que si obro y hablo de esta manera es con justicia, teniendo en cuenta vuestra ventaja, ¡oh jueces! y no otra cosa. Y de esta manera me someteré á lo que quiera la suerte.

CALLICLES.

¿Y juzgas, Sócrates, que sea bueno para un ciudadano el verse en una situacion que le imposibilita de auxiliarse á sí mismo?

SÓCRATES.

Sí, Callicles, con tal que pueda responder de una cosa en que has convenido más de una vez: con tal, digo, que pueda alegar para su defensa el no haber pronunciado ningun discurso, ni ejecutado ninguna accion injusta de que se avergüence, ni para con los dioses ni para con los hombres; porque muchas veces hemos reconocido que este recurso es por sí mismo el más poderoso de todos. Si se me probase que soy incapaz de procurarme este auxilio á mí mismo ó á cualquier otro, me avergonzaria al

verme cogido en esta falta, ya sea delante de pocos, ya delante de muchos, y aunque sea delante de mí solo; y me desesperaría si semejante impotencia fuese causa de mi muerte. Pero si perdiese la vida por no haber hecho uso de la Retórica aduladora, estoy seguro de que tú me verías soportar con gusto la muerte. Cuando es así, el hombre no teme la muerte, á no ser un insensato ó un cobarde. Lo que es temible es cometer injusticias; puesto que el mayor de los males es bajar á los infiernos con un alma cargada de crímenes. Si lo deseas, tengo ánsia de probarte, por medio de la historia, que lo que digo es cierto.

CALLICLES.

Puesto que en todo lo demás has dado la última mano, dála también en esto.

SÓCRATES.

Escucha, como suele decirse, una preciosa historia, que, á lo que imagino, vas á tomar por una fábula, y que yo creo que es una verdad, pues que como cierto te digo lo que voy á referirte. Júpiter, Neptuno y Pluton se dividieron el imperio, segun Homero refiere (1), despues de haberlo recibido de manos de su padre. Pero en tiempo de Saturno regia entre los hombres una ley que ha subsistido siempre y subsiste aún entre los dioses, segun la cual el que entre los mortales ha observado una vida justa y santa va despues de su muerte á las Islas Afortunadas, donde goza de una felicidad perfecta al abrigo de todos los males; y, por el contrario, el que ha vivido en la injusticia y en la impiedad, va al lugar del castigo y del suplicio, llamado Tártaro. Bajo el reinado de Saturno y en los primeros años del de Júpiter, estos hombres eran juzgados en vida por jueces vivos que pronunciaban sobre su suerte el día mismo que debían morir. Pero estos juicios tenían graves inconvenientes. Así es que Plu-

(1) *Iliada*, l. XV, v. 187.

ton y los gobernadores de las Islas Afortunadas acudieron á Júpiter y le dijeron que se les enviaban hombres, que no merecian ni las recompensas ni los castigos que se les habia impuesto. Haré cesar esta injusticia, respondió Júpiter; lo que hace que los juicios no salgan bien hoy, es que se juzga á los hombres con el vestido de su cuerpo, porque se les juzga estando vivos. De aquí resulta, prosiguió él, que muchos, que tienen el alma corrompida, se hallan revestidos de cuerpos bien formados, de nobleza, de riquezas, y cuando se trata de pronunciar la sentencia, se presentan en su favor una multitud de testigos dispuestos á declarar que han vivido bien. Los jueces se dejan alucinar con todo esto, y además juzgan tambien estando vestidos de carne, y teniendo delante de su alma ojos, oidos y toda la masa del cuerpo que los rodea. Sus propios vestidos, por consiguiente, y los de aquellos á quienes juzgan son para ellos otros tantos obstáculos. Por lo tanto, es preciso comenzar, añadió, por quitar á los hombres la presciencia de su última hora, porque ahora lo conocen de antemano. He dado mis órdenes á Prometeo, para que los despoje de este privilegio. Además, es mi voluntad que se los juzgue en una desnudez absoluta, libre de lo que les rodea, y que para ello no sean juzgados sino despues de la muerte. Tambien es preciso que el juez mismo esté desnudo, es decir, muerto, y que examine inmediatamente por su alma el alma de cada uno despues que haya muerto, y que, separada de su parentela, haya dejado sobre la tierra todo este ajuar, para que así el juicio sea justo. Antes que vosotros, ya habia advertido yo este abuso, y para remediarlo he nombrado por jueces á tres de mis hijos: dos de Asia, Minos y Radamanto, y uno de Europa, Eaco. Cuando hayan muerto, celebrarán sus juicios en la pradería (1), allí

(1) Véase la *República*, l. X.

donde afluyen dos caminos, uno de los cuales conduce á las Islas Afortunadas y el otro al Tártaro. Radamanto juzgará los hombres de Asia, Eaco los de Europa; y daré á Minos la autoridad suprema para decidir en último recurso en los casos en que se encuentren indecisos el uno ó el otro, para que el destino definitivo, que los hombres hayan de recibir despues de la muerte, sea determinado con toda la equidad posible. Tal es, Callicles, la narracion que he oido y que tengo por verdadera. Razonando sobre esta historia, hé aquí lo que me parece que resulta. La muerte no es otra cosa, á lo que yo creo, que la separacion de estas dos cosas, del alma y del cuerpo. En el momento en que se separan la una de la otra, cada una de ellas no es muy diferente de lo que era cuando vivia el hombre. El cuerpo conserva su naturaleza y los vestigios bien señalados del cuidado que de él se ha tenido ó de los accidentes que ha experimentado; por ejemplo, si alguno en vida tenia un gran cuerpo, ya fuese obra de la naturaleza ó de la educacion ó de ámbas, despues de la muerte su cadáver será grande; si era robusto, su cadáver lo es igualmente, y así en todo lo demás. En igual forma, si tuvo gusto en cuidar su cabellera, su cadáver tendrá mucho pelo. Si era un quimerista, que llevaba en su cuerpo las huellas y las cicatrices de los golpes y heridas recibidas, cuando se muera se encontrarán las mismas huellas en su cadáver. Si tuvo en vida algun miembro roto ó dislocado, los mismos defectos aparecen despues de la muerte. En una palabra, tal como se ha querido ser durante la vida, en lo relativo al cuerpo, tal aparece en todo ó en gran parte despues de la muerte. Me parece, Callicles, que lo mismo sucede respecto del alma, y que cuando se ve despojada de su cuerpo, lleva las señales evidentes de su carácter y de las diversas afecciones que cada uno ha experimentado en su alma, como resultado del género de vida que ha

abrazado. Así, despues que se presentan delante de su juez, como los de Asia delante de Radamanto, éste, haciéndoles aproximar, examina el alma de cada uno sin saber á quién pertenece. Muchas veces, teniendo entre manos al gran rey ó algun otro soberano ó potentado, descubre que no hay nada sano en su alma, sino que los perjurios y las injusticias la han en cierta manera azotado y cubierto de cicatrices, grabando cada hecho de estos un sello sobre su alma; que los torcidos rodeos de la mentira y de la vanidad aparecen allí trazados, y que nada recto se encuentra en ella, porque se ha educado muy léjos de la verdad. Ve que un poder sin límites, una vida muelle y licenciosa, una conducta desarreglada, han llenado esta alma de desórden y de infamia. Tan pronto como haya visto todo esto, le enviará á una vergonzosa prision, donde, apenas llegue, recibirá el condigno castigo. Cuando uno sufre una pena, y es castigado por otro con justo motivo, sucede que el castigado, ó se hace mejor y se convierte el castigo en provecho propio, ó sirve de ejemplo á los demás, á fin de que, siendo testigos de los tormentos que sufre, teman otro tanto por sí mismos y procuren enmendarse. Los que sacan provecho de los castigos que sufren de parte de los hombres y de los dioses, son aquellos cuyas faltas admiten expiacion naturalmente; pero esta enmienda no se verifica en ellos, sea en la tierra, sea en los infiernos, sino por medio de dolores y sufrimientos, porque no es posible purgarse de otra manera de la injusticia. En cuanto á los que han cometido los más grandes crímenes y que por esta razon son incurables, sirven de ejemplo á todos los demás. Su castigo no es para ellos mismos de ninguna utilidad, porque son incapaces de curacion; es útil á los demás, que ven los muy grandes, dolorosos y terribles tormentos, que sufren para siempre por sus faltas, estando en cierta manera como arrestados en la mansion de los infiernos, como

un ejemplo que sirve á la vez de espectáculo y de instruccion á todos los malos que llegan allí incesantemente. Yo sostengo que Arquelao será de este número, si lo que Pólux ha dicho de él es cierto, y lo mismo sucederá con cualquier otro tirano que se le parezca. Y creo tambien que la mayor parte de los que son así presentados en espectáculo como incorregibles, son tiranos, rëyes, potentados, hombres de Estado. Porque estos son los que, á la sombra del poder de que están revestidos, cometen las acciones más injustas y más impías. Homero me sirve de testigo (1). Los que presenta como sufriendo tormentos para siempre en los infiernos son rëyes y potentados, tales como Tántalo, Sísifo y Ticio. En cuanto á Tersites, y lo mismo sucede con los otros malos, que no han salido de la vida privada, ningun poeta le ha presentado sufriendo los más terribles tormentos, ni le ha supuesto como un culpable incorregible, sin duda porque no estaba revestido de poder público; en lo cual era más dichoso que los que impunemente podian ser malos. En efecto, Callicles, los mayores criminales se forman de los que tienen en su mano la autoridad. No es decir que entre ellos no se encuentren hombres virtuosos; y los que lo son, no hay palabras con que ponderarlos. Porque es muy difícil, Callicles, y digno de los mayores elogios el no salir de la justicia, cuando se tiene una plena libertad de obrar mal, y son bien pocos los que se encuentran de estas condiciones. Ha habido, sin embargo, en esta ciudad y en otros puntos, y habrá sin duda aún, personajes excelentes en este género de virtud, que consiste en administrar, segun las reglas de la justicia, lo que les está confiado. De este número ha sido Arístides, hijo de Lisímaco, que en este mismo concepto ha adquirido reputacion en toda la Grecia; pero la mayor parte de los hombres, que-

(1) *Odisea*, l. XI, v. 581.

rido mio, se hacen malos en el poder. Volviendo á lo que ántes decia, cuando alguno de estos cae en manos de Radamanto, no sabe quién es, ni quiénes son sus parientes, y sólo descubre una cosa: que es malo; y despues de reconocerle como tal, le relega al Tártaro, no sin marcarle con cierta señal, segun se le juzgue capaz ó incapaz de curacion. Cuando llega al Tártaro, el culpable es castigado segun merece. Otras veces, viendo un alma que ha vivido santamente y en la verdad, ya sea el alma de un particular ó la de cualquiera otro, pero sobre todo, Calicles, á lo que yo pienso, la de un filósofo, ocupado únicamente de sí mismo, y que durante su vida ha evitado el trágico de los negocios, se entusiasma por ella y la envia á las Islas Afortunadas. Eaco hace lo mismo por su parte. Uno y otro ejercen sus funciones de jueces, teniendo en las manos una vara. Minos está sentado solo, vigila á los otros, y tiene un cetro de oro, que Ulises de Homero dice haber visto: *Teniendo en la mano un cetro de oro, y administrando justicia á los muertos* (1).

Tengo una fe completa en lo dicho, y estoy resuelto á comparecer delante del juez con el alma tan pura como pueda. Por lo tanto, despreciando lo que la mayor parte de los hombres estiman, y no teniendo otra guia que la verdad, haré cuanto pueda por vivir y morir, cuando el tiempo se haya cumplido, tan virtuoso como me sea posible. Invito á todos, y te invito á tí mismo, á mi vez, para adoptar este género de vida, y ejercitarte en este combate el más interesante á mi juicio de todos los de este mundo. Te digo que no estarás en estado de auxiliarte á tí mismo, cuando sea preciso comparecer y sufrir el juicio de que hablo; y que cuando hayas llegado á la presencia de tu juez, el hijo de Egina; cuando te haya cogido y llevado delante de su tribunal, bostezarás y perderás la cabeza

(1) *Odisea*, l. XI, v. 569.

allí, ni más ni menos que yo la perdería delante de los jueces de esta ciudad. Quizá entónces te abofetearán ignominiosamente y te dirigirán toda clase de ultrajes.

Probablemente miras todo esto como un cuento de viejas, y no haces de ello ningun aprecio, y no sería extraño, que no lo tomáramos en cuenta, sí, despues de muchas indagaciones, pudiéramos encontrar algo más verdadero y mejor. Pero ya ves, que vosotros tres, que sois hoy dia los más sabios de la Grecia, tú, Pólux y Gorgias, no podeis probar, que se deba adoptar otra vida que la que nos será útil allá abajo. Por el contrario, de tantas opiniones como hemos discutido, todas las demás han sido combatidas, y la única que subsiste inquebrantable es ésta: que se debe ántes sufrir una injusticia que hacerla; y que en todo caso es preciso procurar, no parecer hombre de bien, sino serlo en realidad, tanto en público como en privado; que si alguno se hace malo en algo, es preciso castigarle; y que despues de ser justo, el segundo bien consiste en volver á serlo, recibiendo el castigo que se ha merecido; que es preciso huir de toda adulacion, tanto respecto de sí mismo como respecto de los demás, sean muchos ó pocos; y que jamás se debe hacer uso de la Retórica, ni de ninguna otra profesion, sino en obsequio á la justicia. Ríndete, pues, á mis razones, y sígueme en el camino que te conducirá á la felicidad en esta vida y despues de la muerte, como mis razonamientos lo acaban de demostrar. Sufre que se te desprecie como un insensato, que se te insulte, si se quiere, y déjate con grandeza de alma maltratar de esa manera, que te parece tan ultrajante. Ningun mal te resultará, si eres realmente hombre de bien, y te consagras á la práctica de la virtud. Despues que la hayamos cultivado en comun, entónces, si nos parece conveniente, tomaremos parte en los negocios públicos; y cualquiera que sea aquel sobre que tengamos que deliberar, deliberaremos con más acierto que podria-

mos hacerlo ahora. Porque es una vergüenza para nosotros, que en la situación, en que al parecer estamos, presumamos como si valiéramos algo, siendo así que mudamos de opinion á cada instante sobre los mismos objetos, y hasta sobre lo que hay de más importante; ¡tan profunda es nuestra ignorancia! Por lo tanto, sirvámonos de la luz que arroja esta discusion, como de un guia que nos hace ver que el mejor partido que podemos tomar es vivir y morir en la práctica de la justicia y de las demás virtudes. Marchemos por el camino que nos traza, y comprometamos á los demás á que nos imiten. No demos oidos al discurso, que te ha seducido y que me suplicabas que yo admitiese como bueno; porque no vale nada, mi querido Calicles.
